

Gustavo Federico Albornos

EL Descubrimiento





**EL
Descubrimiento**

Gustavo Federico Albornos

Albornos, Gustavo Federico

El descubrimiento. - 1a ed. - Buenos Aires : Ciervo Rojo, 2011.
216 p. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-27012-2-2

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

©2011, Albornos, Gustavo Federico
Maquetación: Ciervo Rojo Editor
Diseño de Cubierta: Ciervo Rojo Editor

©2011, **Ciervo Rojo Editor**
Vuelta de Obligado 3820 2do. «C»
(1429) Buenos Aires -Argentina-
www.editorialciervorojo.com.ar

Contacto con el Autor:
gusalbornos@gmail.com

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización escrita de los propietarios del copyright por cualquier tipo de medio o procedimiento, incluida la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

ISBN: 978-987-27012-2-2

Para Gaby
Para mi familia
Para los «checos» que siempre me alentaron

CAPITULO 1

«Un intento más»

Eran las seis de la mañana del lunes. Un haz de luz que se colaba a través de las hendiduras de la persiana iluminaba los parpados aún cerrados de Alejandro. Haciendo un esfuerzo y mientras se hacía sombra tapando la luz con una mano, comenzó lentamente a abrir los ojos. Observó su reloj y notó que faltaban veinte minutos para que el despertador le informe oficialmente que tenía que levantarse. Dudó unos momentos entre quedarse durmiendo o levantarse para ir a trabajar pero algo en esa luz que entraba le dio ánimos para arrancar, sentía que iba a ser un buen día. Se levantó, hizo la rutina de todas las mañanas, fue al baño, se cepilló los dientes algo amarillentos por el café que solía tomar. Luego de una épica batalla consiguió que su cabello castaño oscuro permaneciera tal como deseaba. Decidió que era un buen momento para afeitarse una larga barba crecida a lo largo de varios meses. Aprovechó el tiempo con el que contaba por haberse levantado antes y desayunó tranquilo, cosa que generalmente no podía hacer por el apuro. Agarró sus cosas y salió a la calle.

El sol iluminaba la ladera de los cerros en las afueras de San Carlos de Bariloche. Era un día soleado pero fresco como habitualmente sucede en esta zona. Su casa estaba próxima a las cosas que podía llegar a necesitar y lo suficientemente alejada de los contingentes de turistas y adolescentes en viajes de egresados que saturaban el centro de la ciudad. Era un lindo día, de esos que animan a sonreír sin que nada en particular haya pasado, un día para estar bien predispuesto a recibirlo. Alejandro dejó que el sol acaricie su rostro, respiró profundamente mientras

observaba el paisaje que se extendía frente a sus ojos marrones. Subió al auto, un Fiat 147 que no estaba en el mejor estado, y se dirigió hacia el Centro Atómico de Bariloche, donde trabajaba.

Llegó puntualmente como solía hacerlo. Estaba acostumbrado a respetar las reglas, incluso cuando sospechaba que no eran justas o carecían de sentido. Había sido un niño inquieto y no muy obediente pero durante la adolescencia se adaptó paulatinamente a las metódicas condiciones impuestas por su padre. Estos años fueron los que lo marcaron a fuego y lo convirtieron en lo que era hoy. Jorge, su padre, de pelo negro azabache y ojos levemente saltones era un hombre tradicional. Toda su vida la había transcurrido tal como el libro de texto de la vida social occidental lo dictaba. Había hecho la escuela primaria y no había llegado a terminar la secundaria. Era una época en que la mayoría comenzaba a trabajar de joven ya que con aprender un oficio era suficiente para subsistir dignamente. Así lo hizo Jorge. Comenzó a trabajar a los catorce años en una carpintería y había aprendido allí todo lo que necesitaba para lo que sería su trabajo el resto de su vida. Conoció a Isabel, la madre de Alejandro, en un baile en un club del barrio cuando empezaban a extinguirse los últimos destellos de luz del sol en una tarde de febrero. Ella era cuatro años menor que él. Tenía el cabello castaño oscuro y la tez blanca. Hija de uno de los más importantes comerciantes del pueblo, estaba educada en la escuela de la sumisión y el respeto al hombre. Se casaron prácticamente un año después de haberse conocido. Él comenzó su propia carpintería y se mudaron juntos a una casa no muy lejos de allí. Dos años después nació Alejandro, su primer y único hijo. Jorge trabajó toda su vida en ese lugar y hoy todavía lo hacía, aun estando en edad para jubilarse. Hijo de una doctrina que siempre sostuvo la consigna «*el trabajo es salud*», nunca había considerado otra alternativa que no siguiera la estructura: Casa-Trabajo-Casa.

El trabajo era su vida y no cuestionaba que así debiera ser. Las satisfacciones, la creatividad, el arte y la esfera de lo intelectual quedaban, a su criterio, para los vagos que no querían trabajar. Consideraba que lo importante era trabajar, ganar dinero y mantener a su familia. En este cerrado entorno creció Alejandro, y así se fue formando dentro de una estructura de reglas de las que no lograba escapar. Llevaba sobre sus hombros la carga silenciosa y frustrante de su padre. Ser soltero a su edad era un gesto de inmadurez y un fracaso en la vida a los ojos de Jorge, aunque aquel no se lo dijera directamente.

Fiel a su estilo, entró por el frente, saludó a la gente que está siempre en la puerta y se dirigió directamente al laboratorio. No era un lugar enorme, contaba con un salón/laboratorio, una cámara de monitoreo con las medidas de seguridad adecuadas para afrontar las eventualidades que pudieran acontecer a raíz de las pruebas que realizaban, y una sala adjunta donde se reunían para planificar, discutir y diagramar los procesos, metodologías y pautas generales que utilizarían para realizar las investigaciones y experimentos sobre los cuales trabajarían. Con amplia variedad de maquinas y herramientas, no era el laboratorio con la tecnología más avanzada que se pudiera disponer tomando en cuenta las cosas que existían a nivel internacional pero contaba con la infraestructura tecnológica necesaria para llevar adelante investigaciones de carácter muy específico y complejo. Y por sobre todo, contaba con un Nanotransvector Córvido, un aparato desarrollado en el centro atómico y único en su clase.

Alejandro estaba trabajando en un proyecto especial que estudiaba el comportamiento de los átomos a nivel subatómico con el objeto de buscar una forma de energía nuclear limpia y suficientemente poderosa como para abastecer a grandes cantidades de población. Intentaba lograr una fusión en frío prescindiendo de elementos como el uranio o el plutonio que generaban importantes problemas para el medio ambiente a causa de su radiactividad y sus problemas de refrigeración. Un año trabajando en una planta de energía nuclear le había bastado para saber que tal forma de producción energética, si bien lograba grandes cantidades de energía, se volvía insostenible en el tiempo y era necesario encontrar una manera de reemplazarla. Buscaban generar energía por la fusión de los núcleos de átomos de otros elementos que no produjeran estos efectos a pesar de que la probabilidad de lograrlo de acuerdo a la ciencia actual era imposible. Es por esto que hasta el momento no había tenido mucho éxito, los sucesivos intentos fallaban una y otra vez, aunque no se desanimaba, sino que a fuerza de prueba y error buscaba encontrar las respuestas a los interrogantes que le arrojaba cada intento fallido. Ese día intentó nuevamente modificando algunas variables que le habían venido a la cabeza durante la noche tales como la intensidad del laser que impactaba sobre los objetos que estudiaba, el objeto en sí, que iba variando según la prueba, la cantidad de presión aplicada, la temperatura y algunas otras a discutir con sus compañeros. Reunió a su equipo alrededor de la mesa redonda y les explicó qué era

lo que quería hacer. Las tres personas que trabajaban con él lo escucharon atentamente. Este proyecto se había convertido en un desafío personal más allá del trabajo de investigarlo. A su izquierda se encontraba sentado Juan, el más joven de ellos, estudiante avanzado de Ingeniería nuclear, de altura media, delgado y cabellos castaños que le llegaban a los hombros. Desde chico tenía una extraña obsesión por las hormigas, le fascinaban, podía pasar horas mirándolas ir y venir mientras cargaban con cosas. Sentía gran admiración por Alejandro, siempre había estado interesado en sus trabajos, y haber tenido la posibilidad de trabajar junto a él era una oportunidad por la que siempre estaba agradecido y por la cual trataba de colaborar de la mejor manera con las investigaciones, de forma de demostrarse a sí mismo que merecía estar en el lugar que estaba. Sentado en el otro extremo de la mesa se encontraba el profesor Milton, que era, junto con Alejandro, quien más experiencia tenía ya que hacía muchos años que formaba parte del Centro Atómico. Era un hombre de unos cincuenta y tantos, su barba entrecana se iba poblando cada vez más de tonalidades grises y blancas. Su cabello, o lo que quedaba de él, era enrulado y se encontraba formando una herradura que iba de sien a sien de su cabeza extendiéndose a lo largo de la nuca pero dejando intacta la parte superior de su cabeza. Llevaba una bata blanca con su correspondiente identificación y sobre su nariz se apoyaban unos anteojos redondos que le servían para ver de cerca y que iba intercambiando con otro par que colgaba de su cuello y usaba para ver a distancia. Su expresión habitualmente transmitía serenidad y sabiduría, su rostro empezaba gradualmente a dibujar más arrugas de las que quisiera tener pero sabía que el paso del tiempo le había traído más satisfacciones que amarguras haciendo un balance, y que estas marcas no dejaban de ser la prueba de los años que llevaba vivo, por lo tanto las aceptaba desde esta óptica. Era una de las personas más respetadas dentro del ambiente científico y particularmente dentro del centro atómico. Se mostraba algo descreído del proyecto luego de tantos muros contra los que habían chocado pero aun así escuchaba con interés la nueva propuesta que se estaba por exponer.

A la derecha de Alejandro se hallaba Celeste, una mujer de treinta años de edad dueña de una personalidad severa. Ella podía ser la más dulce y divertida en el contexto apropiado pero era una luchadora incansable y determinada cuando quería lograr un objetivo, nunca se

dejaba pisotear y no era muy amiga del respeto por las reglas. Con un posgrado en ingeniería nuclear, trabajaba en este proyecto porque realmente creía en él y en los beneficios sociales y ambientales que se podrían lograr en caso de alcanzar la meta que se habían propuesto. Su cabello rubio y ondulado le llegaba hasta la mitad de la espalda, aunque lo usaba recogido la mayor parte del tiempo. Llevaba un pantalón de vestir negro y un sweater azul claro. Encima de eso vestía un guardapolvo blanco con una identificación sobre el pecho al igual que sus compañeros. Sus ojos eran verdes y usualmente eran causantes de la distracción de Alejandro que, si bien lo intentaba, le costaba disimular su interés especial por ella. En más de una charla a altas horas de la madrugada, bajo efectos del alcohol, en un bar olvidado le había comentado a algún extraño ocasional cuanto le gustaba esa mujer que debía ver a diario pero que consideraba fuera de su alcance, complicado todavía más por la relación laboral que los unía. Ella era ajena a todos estos pensamientos, tal vez porque no lo notaba o quizás porque elegía hacer de cuenta que no veía los muchos y torpes intentos de Alejandro por disimular sus emociones. Hacía casi un año que había terminado una larga relación que le dejó muchas marcas y que le costaba superar. Pero era fuerte, a pesar de las malas experiencias su luz no se apagaba y resistía de pie. Con su metro sesenta, era mucho más de lo que su tamaño hacía presuponer.

Cuando los cuatro ya se encontraban acomodados y con sus respectivos cafés, Alejandro procedió a explicarles su idea.

—Bueno, vamos a arrancar todo de nuevo— les dijo sin preámbulos—. Estuve pensando mucho en esto y me parece que cometimos muchos errores. Creo que la clave está en modificar en principio la presión de los soportes, la intensidad y la frecuencia del laser y el direccionamiento de los catalizadores de luz solar.

—¡Te afeitaste por fin!— Exclamó repentinamente Juan dando un golpe en la mesa con la palma de su mano, que acababa de notar la ausencia de la barba de Alejandro.

—¿Te parece modificar los catalizadores, no los estamos llevando muy al límite?— Lo interrumpió el profesor Milton haciendo caso omiso del comentario.

—A mí en realidad me parece que lo que no habría que tocar es la frecuencia del laser, eso lo vengo siguiendo y no es lo que está fallando —comentó Celeste al tiempo que hacía anotaciones en un cuaderno

que tenía a la derecha sobre la mesa y se acomodaba el pelo detrás de una oreja para que no le moleste en la cara.

—Yo estoy de acuerdo con Ale —dijo Juan integrándose a la conversación luego de que nadie diera importancia a su comentario anterior. «Que amargos que son a la mañana» pensó—. Pero creo que aumentaría en un punto más la intensidad del laser.

—Claro, pero si hacemos eso nos arriesgamos a que pierda la estabilidad —defendió Alejandro su postura mientras escribía con un marcador unas fórmulas en una pizarra que estaba detrás de su silla.

—Bueno, pero para jugar a lo seguro ya pasamos por varias etapas —respondió Juan desafiante.

—Yo no creo que eso sea viable —comentó el profesor acomodándose los anteojos que cada tanto se deslizaban hacia el extremo de su nariz.

La dinámica del grupo hacía que de la confrontación de las diferentes posturas de cada uno de sus integrantes surgieran mejores ideas que la original, o al menos modificaciones positivas de la misma. Esta no fue la excepción, luego de al menos una hora y media de debate, lograron consensuar una posición común con la cual trabajar. Sin perder tiempo se pusieron a armar las cosas necesarias para el experimento, pusieron en marcha los complejos aparatos que utilizaban, calibraron los láser a la nueva frecuencia, modificaron la intensidad de la presión que se ejercía sobre el objeto, regularon desde la computadora la visión del microscopio electrónico con el que observaban los sucesos que ocurrirían y ajustaron los catalizadores solares. Encendieron la máquina número uno, controlaron la estabilidad del ambiente, encendieron el Nanotransvector, volvieron a controlar la estabilidad y a continuación comenzaron gradualmente a aumentar la presión sobre el objeto, en este caso una esfera de cristal maciza, y dispararon el laser. Se quedaron expectantes observando los monitores ya que en cualquier momento los resultados saltarían a la vista para bien o para mal, la ansiedad los carcomía y cada milisegundo parecía horas. Y fue entonces que notaron que algo andaba mal.

CAPITULO 2

«El Estallido»

Un estallido de luz y ruido retumbó en todo el laboratorio dejando momentáneamente ciegos y sordos a quienes participaban del experimento a pesar de las medidas de seguridad y la prudente distancia a la que se hallaban durante el desarrollo de las pruebas. Cerrando sus ojos con fuerza y apretando sus manos contra sus orejas en busca de atenuar la sensación de aturdimiento que la invadía, Celeste fue la primera en recuperarse del suceso. Con mucho esfuerzo consiguió levantarse del suelo donde había caído tras perder el equilibrio por la falta de oído y se sentó en una de las sillas de la sala de monitoreo. Vio que a sus compañeros les costaba recuperarse y se preocupó.

—¿Están bien? —preguntó algo asustada.

Quiso acercarse a ellos para comprobar que estuvieran en condiciones pero el aturdimiento aún no había pasado del todo y no poseía las fuerzas necesarias para mantenerse en pie.

—¡Creo que sí! —dijo a los gritos Juan.

Por los efectos de la sordera sus propios gritos le sonaban como un suave susurro dentro de una botella.

—¿Ustedes? —continuó mientras se tocaba el cuerpo con las manos para confirmar que seguía allí, y recuperaba lentamente la visión—
¿Profesor? ¿Ale?

—Estoy bien, aturdido pero bien —señaló Alejandro que ya había logrado sentarse en el suelo apoyado contra la pared—. ¿Milton? ¿Estás bien?

El profesor Milton no parecía haber recuperado la conciencia todavía.

Los tres se miraron entre tinieblas preocupados y simultáneamente se lanzaron hasta él acercándose como pudieron, ayudándose de las paredes o arrastrándose por el piso. Todavía veían borroso y no lograban hacer foco con sus pupilas. El zumbido en sus oídos iba disminuyendo progresivamente.

—Juan, controlale los signos vitales —le pidió Alejandro dado que era quien se hallaba a menor distancia del profesor.

—El pulso es normal y la respiración pausada, parece estar estable pero inconsciente.

—Menos mal —suspiró Celeste—. ¡Hay que llamar al doctor Suarez para que venga a verlo urgente!

—Ya estoy en eso —exclamó Alejandro mientras marcaba el interno de la enfermería.

Afortunadamente la enfermería no estaba lejos del laboratorio y el doctor pudo llegar rápido. En esos segundos de espera y con la visión un poco más definida, Celeste vio cómo la esfera de cristal había sido pulverizada por completo. Varios elementos cercanos habían sido derribados por la onda expansiva y sus restos ahora decoraban el, usualmente impecable, suelo que pisaba.

—¿Qué pasó? —preguntó el doctor Suarez entrando velozmente al laboratorio.

Ricardo Suarez era un hombre de aspecto atlético, incluso a sus cuarenta y tantos años. Además de ser médico era aficionado a la natación y solía competir de manera amateur cada vez que sus horarios y obligaciones se lo permitían. Era un poco más alto que Alejandro y llevaba el cabello largo aunque en la parte superior de su cabeza cada vez escaseaba más y su frente se expandía a pasos agigantados.

—Algo salió mal en el experimento, y hubo alguna clase de estallido de luz y ruido, nosotros estamos aturdidos, algo sordos y con dificultad para enfocar pero él no recuperó la conciencia —explicó Alejandro como pudo.

El profesor Milton seguía tendido en el suelo boca arriba mientras el doctor Suarez le tomaba el pulso y examinaba sus pupilas.

—Ok, Javier, quedate con ellos y controlá que sólo sea eso —le dijo el doctor a su ayudante al tiempo que ambos subían con cuidado a Milton a la camilla luego de haberle colocado cuidadosamente un cuello ortopédico—. Yo mientras tanto me llevo al Profesor a la enfermería para ver qué le pasó. Los mantengo al tanto.

El doctor se fue con prisa llevando al profesor Milton en una camilla mientras Javier confirmaba que los otros tres se encontrasen bien.

—Fue solamente el shock —les dijo—, quédense un rato tranquilos y se van a recuperar de a poco. Yo me voy ver si Suarez necesita ayuda.

Recogió sus elementos médicos y se retiró hacia la enfermería. Los tres se quedaron sentados, tratando de recuperarse cuanto antes pero con mucha dificultad.

Varias horas después, aún shockeados, los tres estaban nuevamente sentados en la mesa redonda mientras esperaban noticias del profesor y debatían sobre qué era lo que había fallado durante el experimento.

—No entiendo, nunca me había pasado algo así... —se lamentaba Alejandro mientras buscaba impotente en su cabeza las variables responsables del estallido.

—Lo importante es que estamos todos bien en líneas generales, si bien el profesor todavía no se recupera, los médicos son optimistas —Juan trataba de calmarlo al mismo tiempo que se cubría las orejas con ambas manos y luego las quitaba buscando encontrar la forma de destapar sus oídos.

—Sí, puede ser pero no me entra en la cabeza qué fue lo que anduvo mal... —miraba fijo a la mesa sosteniéndose la cabeza con las manos.

Celeste permanecía en silencio, casi sin escuchar lo que sus compañeros hablaban, Estaba en el mismo lugar que ellos pero al mismo tiempo se la notaba ausente.

—Qué sé yo... tantas cosas pudieron pasar, esta no es la primera vez que sale mal el experimento y sabemos que no va a ser la última —Juan entre aturdido y cansado iba perdiendo la paciencia.

—Está bien, lo que pasa es que es la primera vez que pone en riesgo la integridad del equipo... no sé... no lo puedo procesar todavía. ¿Por qué no se van yendo a descansar?, ya es tarde. En cuanto me entere de alguna novedad les aviso. Mañana será otro día y arrancaremos de nuevo.

—Sí, me parece razonable, este día fue muy largo ya.

Juan se levantó y buscó su abrigo. Las manos todavía le temblaban un poco por lo que había pasado.

—Llámenme cualquier cosa, hasta mañana —se retiró lentamente y con paso cansino.

—¡Tomate un remis! —le gritó Alejandro mientras salía por la puerta.

Alejandro se frotaba los ojos por el cansancio y la observaba a

Celeste que seguía inmóvil en su lugar haciendo caso omiso de sus palabras.

—¡Hey Celes! ¿Estás bien? —le preguntó como quien intenta sacar a alguien de un trance.

—Sí sí, ahora enseguida me voy —le respondió ella reaccionando— necesito un rato más para recuperarme mentalmente y después me voy a casa.

—Sí, a mí también me está costando.

Ambos se quedaron sentados mirando hacia la nada un rato largo, ensimismados y abstraídos de todo. Inmóviles, no se escuchaba más sonido que el de su respiración. Ya eran cerca de las diez de la noche y los dos permanecían allí.

—Sabés que pasa —rompió el silencio Alejandro. Celeste sólo varió la posición de sus ojos para mirarlo—. Cuando yo era chiquito siempre miraba series, películas y dibujos animados en los que había científicos y, en todos los casos, esos científicos eran grandes hombres que hacían descubrimientos importantes para la humanidad de una u otra manera. Eran mis héroes, ¿sabés? Y yo crecí con eso. Más adelante, ya entrando en la adolescencia me entusiasmé con novelas del mismo estilo y me pasaba noches enteras leyendo estos libros. Mi vieja me los regalaba porque prefería que leyera a que me fuera por ahí con mis amigos... aunque nunca fui ni de tener tantos amigos ni de salir a vagar. ¿Me entendés?

—Me lo puedo imaginar —contestó Celeste con una mueca de sonrisa en su rostro. Sabía que Alejandro nunca había sido un tipo demasiado sociable.

—Y cuando fue la hora de elegir yo no dudé, tomé este camino porque siempre quise ser un científico, investigar, experimentar, es algo que me apasiona... —Alejandro hizo una pausa con la mirada perdida, respiró profundo —Pero hay algo que me faltó. Desde que empecé con esto que intento descubrir algo significativo, algo distinto, importante. Y todos los días pongo la mejor actitud y toda la predisposición para intentar nuevas cosas y buscar distintas alternativas para conseguirlo. Nunca me dejo caer... sin embargo hoy... hoy me siento abatido...

Celeste lo miró tiernamente, acercó su silla un poco y le tomó la mano.

—Mirame a los ojos —le dijo ella.

Él levantó su vista hasta encontrarse con la suya mientras lo invadía esa sensación tan particular que le sucedía cada vez que Celeste le tomaba la mano por algún motivo.

—Yo confío en vos, y creo que sos un gran científico, y que vas a conseguir algo importante, así que ni se te ocurra darte por vencido, ¿está claro?—le dijo con tono firme— Además dejá de dar vueltas, siempre analizas todo demasiadas veces y te terminas mareando.

El sonrió disolviendo un poco la tensión y le apretó la mano aunque no pudo evitar que comience a sudarle. En ese momento, el ruido del teléfono sonando sobre el escritorio los sobresaltó. Celeste reaccionó primero y atendió:

—Hola. Si doctor. ¡Qué bueno! Pero... ah... ¿y por cuánto tiempo?... entiendo, bueno, me alegro que esté mejor, ahora le comento a Alejandro. Gracias doctor. Hasta luego.

—¿Qué pasó? —preguntó Alejandro intrigado.

—Parece que Milton recuperó la conciencia y que está estable pero que, por su físico, las consecuencias son un poco más complejas y le va a llevar un tiempo de recuperación y permanecer en observación.

—¿Por cuánto tiempo?

—Por lo que estima el doctor Suarez van a ser aproximadamente tres o cuatro días y a partir de ahí evaluará sus condiciones.

—Pobre Milton... —se lamentó Alejandro— él había advertido que no modifiquemos los catalizadores de esa forma y yo insistí... no deje de sentirme culpable por lo que le pasó.

—Lo importante es que está bien, va a tardar en recuperarse pero en definitiva no sufrió daños graves, además a cualquiera le pudo pasar, no te hagas cargo vos solo, los cuatro somos el equipo.

—Sí, puede ser... —balbuceó no muy convencido.

—¿Vamos yendo? —le preguntó Celeste cansada— Ya no hay mucho que podamos hacer acá y nos vendría bien descansar después de tanto ajetreo.

—Andá vos, yo me voy a quedar un poco más, quiero terminar de acomodar unas cosas y tengo ganas de estar solo un rato.

—¿Seguro? ¿Por qué no te vas a tu casa? mañana volvés y vas a estar más fresco.

—No, en serio, andá tranquila, yo me quedo un rato más y después me voy, no te preocupes.

—Bueno, como quieras, nos vemos mañana.

—Chau Celes.

Celeste se fue y Alejandro se quedó en el laboratorio sentado y todavía procesando en su cabeza lo que había pasado.

CAPITULO 3

«El Descubrimiento»

Estaba frustrado. Si bien era una persona optimista y positiva, se sentía como si hubiese caído en un pozo. El cansancio influía en su sentir pero si bien su cuerpo estaba agotado, su mente permanecía muy despierta y no le era posible conciliar el sueño. Sentado en su silla, mirando a ningún lado, inmóvil, parecía que el tiempo se hubiera congelado atrapándolo en ese instante, sin embargo, su mente trabajaba a toda velocidad. Sin proponérselo, seguía por inercia analizando lo ocurrido y cada una de las variables que habían trabajado. Como piezas de un rompecabezas, las ideas se le fueron acomodando de a poco pero en una dirección distinta a la que buscaban hasta el momento. No comprendía por qué sus razonamientos avanzaban en esa dirección, ni sabía bien hacia donde se dirigían pero no lograba detenerse. Su mente parecía tener vida propia y avanzaba a niveles muy elevados más allá de su propia voluntad. Comenzó a visualizar cada componente del laboratorio y los empezó a combinar de formas que nunca había pensado. Visualizó el microscopio electrónico y la posibilidad de aumentar su potencia para ver más de cerca los micro—sucesos. De pronto una voz conocida sonó en su cabeza, era la voz de un antiguo profesor de la escuela secundaria que una vez, luego de ver cómo se complicaba la vida dándole demasiadas vueltas en su cabeza a algunas cosas, le dijo: «A veces tenés que cerrar los ojos y hacer». Casi sin darse cuenta se encontró con que se había levantado y que estaba maniobrando diferentes secuencias de comandos en la computadora de la sala de monitoreo. «A veces tenés que cerrar los ojos y hacer...», la voz seguía

repetiendo la misma frase en su cabeza. Conectó los catalizadores de luz solar a los paneles de reservas a través de un filtro de ionización. Desarmó la estructura del laser del Nanotransvector Córvido y le hizo unas modificaciones relacionadas con la conectividad y agregándole un depurador de estática. Tomó una manzana y la colocó en el lugar del objeto de estudio. «... cerrar los ojos y hacer...» Calibró desde afuera los láser y la intensidad tanto de la presión como de la temperatura y luego volvió a la sala de monitoreo. Terminó de configurar la central de automatización de procedimientos y se sentó. Se tomó unos segundos, respiró profundamente con los ojos cerrados y luego inició la secuencia. Uno por uno, todos los componentes que había coordinado comenzaron a encenderse y a combinarse. Con espacios de noventa segundos se incorporaban uno tras otro hasta que finalmente quedó todo en su lugar y en armonía. Alejandro abrió sus ojos y observó la imagen que le mostraba la pantalla del microscopio. No entendía bien, al principio veía todo borroso pero después logró ajustar los lentes para contemplar algo que nunca había visto. Más allá de los protones y neutrones del núcleo del átomo, en los electrones que orbitaban velozmente a su alrededor veía algo extraño que llamó poderosamente su atención. Consiguió congelar algunas imágenes y observó un microscópico cuerpo que orbitaba alrededor de uno de los electrones. Sin poder creerlo capturó una serie de fotografías de lo que veía a modo de prueba. Los ojos le brillaban intensamente, el corazón le latía tan fuerte que sentía que le iba a explotar, las manos le transpiraban y la boca la sentía seca. Era algo que nadie jamás había logrado ver pero así y todo, tuvo la sensación de que este no era el único misterio relacionado con lo que estaba observando, necesitaba mirar más de cerca, necesitaba mayor potencia de aumento y sincronización digital de la imágenes para estudiar ese electrón que se movía sin parar. Con toda esta carga emocional se puso a buscar una manera de conseguir un zoom más allá de la imaginación, sentía que ese era el momento de su vida, ese que había estado esperando, y que la respuesta estaba en la superficie de ese electrón. Pasaban los segundos intentando en vano ver más de cerca eso que representaba el sentido de una vida dedicada a la ciencia, los segundos fueron minutos, los minutos horas, y Alejandro exhausto y sin conseguir lo que buscaba se quedó dormido, casi inconsciente sobre el tablero de control de la sala de monitoreo.

Un hombre se le acercaba en un auto antiguo, él estaba sentado en

un banco de plaza en el amanecer de un día otoñal. Su padre se bajaba del auto y lo invitaba a caminar, de repente él tenía nueve años de nuevo, la plaza se transformaba en una playa en un día de verano y veía cómo su padre se acerca a su madre para alcanzarle algo, se vio a sí mismo jugando con un set de ciencia en la playa. Quiso acercarse a ellos pero se tropezó y cayó en la arena, cuando se levantó vio que se encontraba en un tupido bosque con escasa luz. A lo lejos veía la figura de un átomo, representado al tamaño de un humano, brillando en un claro del bosque. Se acercó de a poco, iba a poder ver de cerca lo que estaba esperando, daba pasos que conjugaban una mezcla de ansiedad, entusiasmo y temor. Faltaban un par de árboles para llegar, eufórico, continuó avanzando. Sólo unos pasos más...Alejandro (su nombre resonaba en su cabeza)...Ale (giró la cabeza hacia atrás buscando el origen de la voz).

—¡Alejandro! —Celeste lo sacudía fuertemente intentando despertarlo— Despertate, ¿estás bien? ¿Te quedaste acá toda la noche?

Él abrió lentamente los ojos para verla de pie junto a la silla en que se encontraba sentado.

—Me quedé dormido —le contestó mientras su mente volvía a la realidad.

Se sentía extraño, aquello que había soñado le resultaba muy real. Recordó lo ocurrido la noche anterior pero no supo con certeza si realmente sucedió o si solamente fue parte de ese vívido sueño que acababa de tener producto del cansancio, el estrés y el agotamiento del día anterior. Dudó en comentarle a Celeste sobre esto. Prefirió esperar a confirmar cuánto había de real en sus recuerdos.

—Tomá, te traje un café —le ofreció Celeste.

—Gracias, me viene bien. Tuve una noche muy rara —le decía mientras se frotaba los ojos para despabilarse.

—¿Qué pasó, no era que te ibas a ir a tu casa?

—Sí, pero me quedé abstraído en mí mismo y después no me acuerdo bien qué pasó... tuve un sueño muy raro...

—Ya está olvidate, ahora ya estás de vuelta en la realidad.

—Ese es el tema, me cuesta distinguir qué fue parte de ese sueño y qué fue realidad... —se agarraba la cabeza con ambas manos como si esto le ayudara a recordar más nítidamente.

—Me estás preocupando un poco... ¿Ya no distinguís la realidad de los sueños? ¿Qué pasó? ¿Qué es lo que te acordás?

—Ok, yo te cuento pero ayudame a entender antes de tratarme de loco...

—Bueno pero decime de una vez y deja de dar vueltas...

—Anoche —comenzó a explicarle Alejandro— soñé que yo estaba con la cabeza a diez mil revoluciones por segundo, o al menos eso es lo que me acuerdo, y en un momento hice unos ajustes y unos cambios en el Nanotransvector y cuando miré en el monitor vi...

—¡Buenas! —Juan acababa de entrar en el laboratorio. Alejandro hizo gestos a Celeste de que después le contaba.

—¿Cómo andás Juan? —saludaron los dos casi sincronizados.

—Bien —contestó Juan algo extrañado por el saludo en conjunto.

—¿Ustedes? ¿Pudieron descansar? A mí me costó, me dormí rápido pero me despertaba a cada rato y el cuerpo me molestaba en general.

—Sí, bien, descansé bien —contestó Alejandro cortante.

—A mí me costó un poco también. ¿Por eso llegaste tarde? —Preguntó Celeste tratando de romper un poco el hielo mientras miraba enojada a Alejandro.

—No, ni siquiera —contestó Juan—. Venía para acá y en la parada del colectivo me puse a mirar unas hormigas que cargaban cosas en fila desde y hacia el hormiguero, son increíbles, y cuando levanté la vista vi cómo se iba el colectivo... Lo peor es que no es la primera vez que me pasa— contaba entre entusiasmado y avergonzado.

Celeste y Alejandro se miraron extrañados y prefirieron volver a cambiar el tema.

—¿Preparamos unos mates? —preguntó Alejandro como si no lo hubiera escuchado.

—Dale, yo lo preparo —dijo Celeste mientras se iba a buscar agua.

—¡Ale! —Juan lo llamaba desde el sector de las máquinas.

—¿Qué pasa? —preguntó con la cabeza en otro lado.

—Vení un segundo, acá hay algo raro —respondió Juan con tono serio.

Alejandro se acercó hasta Juan que estaba de pie junto al Nanotransvector.

—Acá alguien estuvo metiendo la mano —sentenció Juan—. ¿Quién estuvo toqueteando esto?

—¡No sé, qué raro! —Alejandro se hacía el distraído pero sabía que había sido él quien manipuló la máquina.

—A... ahora vemos si el... digo la... esteeee.... la...cánula, si seeee....

em... desvió y alguien de mantenimiento vino a ver... y ... —Alejandro trataba de disimular pero le resultaba muy difícil, se sentía transpirar, y sus vagas palabras no convencían a nadie. No podía buscar una excusa porque acababa de entender que todo lo que creía haber soñado había pasado en la realidad, y necesitaba retomararlo y hablarlo a solas con Celeste.

—Puede ser... —contestó Juan que ya estaba pensando en cualquier cosa.

Tuvo suerte de que Juan no estuviera en uno de sus días más lúcidos, se lo veía especialmente disperso y en su propio mundo.

—Escuchame —retomó Alejandro con más confianza notando que no se había dado cuenta de nada—. ¿Por qué no vas y te quedás con el profesor ahora que está recuperándose? Viste que no le gusta mucho estar solo y la verdad que acá hay más cosas que acomodar y rearmar que trabajo para hacer. Andá a verlo y quedate con él, ¿te parece?

—Sí, es verdad, además hoy estoy con la cabeza en cualquier lado. Tenés razón, mejor le voy a hacer compañía —aceptó la propuesta Juan que no tenía muchas ganas de trabajar ese día.

—Dale, andá y cualquier cosa llamame.

Juan se fue nuevamente y Alejandro se quedó esperando que vuelva Celeste. Cuando la vio entrar le dijo.

—Deja todo lo que tengas en la mano y vení.

—¿Qué pasó?

—Pasó que todo ese sueño que tuve anoche no fue un sueño, ¡Fue verdad!

—Pero al final no llegaste a contarme nada.

—Vení, mirá lo que tengo acá —le decía mientras se metía en la sala de monitoreo—. ¿Ves?

Le mostraba las imágenes que había capturado de ese electrón y el pequeño objeto que orbitaba a su alrededor. Celeste se acercó incrédula y mirándolo como si estuviese loco. Tomó la imagen impresa en sus manos y la miró con desconfianza.

—No... No puede ser... ¿esto es lo que yo creo que es? —le preguntó en voz apenas audible.

Alejandro se limitó a hacer un gesto afirmativo con su cabeza y se sentó en una silla sintiéndose más tranquilo al poder recordar bien todo lo que había hecho comprobando que no estaba loco y, al mismo tiempo, le renacía la ansiedad por lograr acercarse más a eso que estaban mirando.

—¡Esto hay que verlo ya! —exclamó entusiasmada Celeste.

—Sí, ya mismo y, es más, mientras vos mirabas esa imagen a mí se me fue aclarando la cabeza y mirá, anoche antes de quedarme dormido dejé corriendo este proceso en la computadora. Todavía no se qué resultados tiene.

—¡Y dale! ¡Vamos a verlo ya! ¡Cortala con el suspenso!

Los dos se acercaron a la pantalla sin saber que lo que estaban a punto de ver cambiaría para siempre la concepción del mundo tal como lo conocían. El proceso ejecutado por Alejandro durante la noche había logrado alcanzar un nivel de zoom inigualable y nunca antes alcanzado por nadie. Se veía ese electrón con una nitidez única. Podían observar la superficie con toda perfección, aquel nivel de nitidez, a esa escala, era un avance sin precedentes en la historia de la ciencia, lo suficiente para poner el nombre de Alejandro en los libros de texto científicos. Era un momento cumbre, sus ojos eran los primeros en contemplar algo de esa magnitud, eran privilegiados. Era un momento de autosatisfacción muy intenso y, aun así, no repararon en detenerse en ese detalle, porque no fue eso lo que cambió para siempre sus vidas, sino que sobre la superficie de esa ínfima partícula observaron algo que los dejó perplejos. Se tomaron involuntariamente de la mano sin despegar la mirada de la imagen que los hipnotizaba, no podían creer lo que veían, montañas, valles y, por sobre todas las cosas, esa ciudad...

CAPITULO 4

«La Grabación»

Grandes mares ocupaban amplias partes de la superficie. El agua reflejaba un color rojizo. Montañas se elevaban como cordilleras, extensos bosques con diferentes tonalidades y colores rodeaban construcciones de diferentes tamaños que se apreciaban en distintos sectores de ese electrón... ¿planeta? Alejandro y Celeste se habían quedado mudos. Ambos venían de recorrer años de ciencia, ciencia que desde hace mucho tiempo buscaba otras civilizaciones con otras formas de vida, siempre esperando encontrarlos en otros planetas, en otras galaxias. Sin embargo lo que estaban viendo demostraba que esas civilizaciones existen pero que se las había estado buscando en el lugar equivocado. No estaban allá afuera las respuestas tan largamente buscadas, sino adentro, en la partícula elemental que forma todas las cosas que conocemos, era ahí, en el lugar que nunca se imaginaron, donde habitaba la vida inteligente.

Necesitaban acercarse más, querían ver qué tipo de criaturas vivían allí, quiénes habían construido todo eso... las manos les temblaban y todavía no lograban articular palabra alguna. Alejandro hizo un leve intento de moverse para recalcular la graduación de la imagen cuando la pantalla comenzó a verse distorsionada, una lluvia empezó a cubrirla como si fuera una interferencia. En ese momento quisieron reaccionar para no perder lo que estaban viendo pero la interferencia cubrió completamente la pantalla y perdieron la señal. Intentaron desesperadamente restablecerla pero no hubo manera. De una u otra forma aparecía esa interferencia que no permitía ver nada. Maniobraron

y reiniciaron cada uno de los equipos hasta que finalmente, sin conseguir el éxito, se dieron por vencidos. Se sentaron nuevamente fastidiosos por no conseguirlo y se quedaron frente a frente.

—Por favor, vamos a hablar de esto a otro lado, no me siento cómodo acá —sugirió Alejandro.

—Dale, vamos al bar que está cerca de mi casa que nunca hay nadie y es un lugar bastante reservado. Además así aprovechamos el viaje para acomodar las ideas —completó Celeste.

—¡Vamos!

Viajaron en silencio hasta llegar al bar, se sentaron en una mesa que se encontraba en un rincón y se miraron fijamente a los ojos, como si pudieran leer lo que el otro estaba pensando reflejado en el brillo de sus miradas. Alejandro no podía quitar los ojos de los de Celeste que ya de por sí lo fascinaban y, en este caso, estaban llenos de entendimiento.

—Buen día, ¿Qué se van a servir? —les preguntó el mozo interrumpiendo la conexión.

—Eeeeh..... Traeme un cortado a mí, y... ¿Vos? —tartamudeó Alejandro.

—También.

—Dos cortados entonces, gracias.

El mozo se alejó y el silencio volvió.

—¿Qué vamos a hacer con esto? Algo tenemos que hacer —Celeste rompió el hielo sacándolo del trance.

—Sí, ya sé, es que no puedo creer todavía lo que vimos, ¿Te das cuenta que es el descubrimiento del siglo? ¿Viste las montañas, viste los mares?

—Eso no es nada, ¿Viste las ciudades? No puedo dejar de pensar qué clase de seres vivirán ahí..

—Yo tengo tanta información en la cabeza que no sé ya ni qué estoy pensando, tenemos que encontrar una manera de restituir la conexión y conocer a estos seres, tenemos que encontrar la manera de contactarlos.

—Me cuesta pensar racionalmente en este estado.

—¿A quién le vamos a decir? —pensó Alejandro en voz alta.

—No sé, no estoy segura todavía... me parece que nos convendría por ahora no darlo a publicidad.

—Está bien. ¿Vos que sugerís, que nos lo guardemos para nosotros y no le digamos a nadie? ¿Ni siquiera a nuestros compañeros del

laboratorio? Vos sabes que las reglas del instituto son muy claras en lo que hace a descubrimientos. Tenemos que comunicárselo a las autoridades y presentar un detalle de lo que encontramos. No nos podemos quedar con esto. Nos pueden llegar a echar cuando se enteren —Alejandro era un tipo bastante estructurado en lo que a normas se refería. Le costaba desprenderse de ellas.

—Por lo menos por ahora sí. Esperemos a ver qué pasa, a ver si podemos reproducir lo que conseguimos hoy temprano, sino van a pensar que estamos locos. Dejá las reglas de lado por un rato y analicemos esto juntos más allá de lo que se supone que hagamos. No hay reglas para una cosa así. A veces hay que improvisar también —Celeste tenía una visión más amplia de las cosas, no respetaba las reglas si estas eran injustas o no se aplicaban, o si iban en contra del sentido común.

—Mirá, yo entiendo lo que vos decís pero tampoco podemos cargar con esto nosotros solos... hagamos una cosa, digámosle a Milton, el tiene mucha experiencia, y no nos va a considerar locos porque nos conoce.

—Mmmmmmmmm... ¿Te parece? Mirá que Milton está todavía débil y haciendo reposo, ¿Vos decís que estará como para afrontar una noticia semejante?

—Lo único que sé es que si alguien puede llegar a entendernos en este momento es él, yo tomaría el riesgo e iría a verlo, si vemos que está muy mal no le decimos nada. Evaluémoslo en el momento —sugirió Alejandro.

—Bueno, ok, terminemos el café y vayamos. Igualmente yo me refería a mantenerlo reservado de las autoridades, no tanto de Juan y Milton, en ellos podemos confiar —aclaró Celeste.

No mucho después llegaron a la sala en la que estaba recuperándose el profesor Milton. La habitación era bastante luminosa, de paredes blancas y amplias ventanas sobre uno de los lados. En ella había dos camas de aspecto antiguo, la primera y más cercana a la puerta se encontraba desocupada. El profesor se ubicaba en la segunda cama, la más cercana a la ventana y todavía tenía conectado el catéter a través del cual le aplicaban suero. Allí se encontraron con Juan, que a esta altura hacía ya varias horas que le estaba haciendo compañía y ya ambos estaban cansados de verse las caras por tanto tiempo. La televisión ya

se encontraba apagada luego de haber conseguido demostrar consistentemente que la cantidad de incoherencias superficiales que se pueden transmitir en algunos programas no tiene límites, así que la llegada de Alejandro y Celeste fue la excusa perfecta para poder salir de ahí. Ellos, viendo la expresión en su rostro y después de saludarlos a ambos, le dijeron que ellos le hacían el relevo en la guardia y que fuera tranquilo. Esto, a decir verdad, les venía muy bien para hablar de lo que querían a solas con Milton. Una vez retirado Juan, las expresiones en sus rostros se transformaron.

—¿Qué pasa? —preguntó Milton asustado—. ¿Saben algo que yo no? ¿Me tienen que operar? ¿Voy a tener una recaída?

—Tranquilo Milton —lo calmó con tono serio Alejandro—. No tiene nada que ver con tu estado de salud.

—Tiene que ver con algo que descubrimos, bah, que descubrió él —se corrigió Celeste.

—No, somos un equipo, a esto llegamos por una suma de cosas que aportamos todos —dijo Alejandro aún con tono serio.

—¿De qué están hablando? ¿A qué se debe tanto misterio?

Tras cruzar sus miradas una vez más, los dos le explicaron qué era lo que había pasado con lujo de detalles. La expresión de Milton fue cambiando desde desconfiada, pasando por incredulidad, temor por la salud mental de sus compañeros, y llegando finalmente al entendimiento de que lo que le decían iba en serio y que los hechos que le relataban realmente habían sucedido.

—Mmmm... complejo... —Milton comentaba mientras su cerebro procesaba la información.

—¿Vos que pensás? —Preguntó Celeste pasados unos minutos.

Alejandro la miró como diciéndole «Te dije que no era buena idea venir a decirle a él que está todavía débil.»

—¡Qué complejo! —Repetía Milton mientras se rascaba el mentón.

—Bueno —dijo Celeste bajo la mirada acusadora de Alejandro—. Te lo queríamos comentar, cualquier cosa que pienses después decinos, ahora nos vamos a ir a ver cómo sigue esto.

—Sí, me parece bien —asintió Alejandro mientras comenzaban a avanzar hacia la puerta—. Después nos vemos.

—Esperen un segundo —dijo Milton como despertando de un sueño profundo—. Hay algo que me deja pensando y es lo que no vieron... porque el hecho de que pudieran ver hasta cierto punto, y que luego

esa interferencia ganara la pantalla no me parece casual.

—¿Qué querés decir con eso? —preguntó Celeste soltando el picaporte de la puerta.

—Lo que quiero decir es que ustedes no eran los únicos que estaban mirando. Algo o alguien del otro lado también era consciente del encuentro y bloqueó la señal para que no pudieran continuar.

—Eso es verdad —dijo Alejandro como si abriera los ojos de repente.

Con toda la vorágine en la que se habían visto envueltos, no habían reparado en este detalle.

—Eso significa que hay una civilización más avanzada que esta... y que eran perfectamente conscientes de lo que estaba pasando.

—¡Tenemos que volver ya al laboratorio! —exclamó Celeste—. Puede que haya cosas que no vimos dentro de lo que vimos.

—Vayan, a mi me encantaría acompañarlos pero lamentablemente todavía no estoy en condiciones —se lamentó Milton—. Por favor manténganme al tanto de todo.

—No te preocupes, tenemos línea directa —bromeó Alejandro haciendo un gesto que indicaba una supuesta conexión telepática entre ellos y descomprimió un poco la situación.

—Dale, vayan, dejen de dar vueltas —les dijo Milton ahora con una sonrisa en la cara.

Mientras avanzaban camino al laboratorio, Alejandro no podía dejar de pensar, los largos pasillos que separaban la enfermería del laboratorio parecían interminables como una pesadilla en la cual quería correr pero se daba cuenta que no lograba avanzar, como si no tuviese la suficiente fuerza para llegar al destino deseado. Caminaban y se dirigían miradas cada tanto en señal de ansiedad, doblaron a la derecha, atravesaron una puerta esquivando a dos personas que salían de ese sector. Las luces blancas fluorescentes ya se tornaban irritantes en las pupilas aceleradas de Alejandro. Doblaron a la izquierda, y luego de unos metros llegaron a la puerta del laboratorio. Ingresaron cuidadosamente intentando disminuir la velocidad con la que venían ya que esta los hacía torpes y atropellados. Encendieron todas las luces y se miraron.

—¿Y ahora qué? —preguntó Celeste mientras suspiraba intentando recuperar el aire.

—Y ahora no sé —respondió Alejandro en similares condiciones—. Ahora a mirar qué detalle nos perdimos. Empezá por la sala de

monitoreo, yo voy a ver el Nanotransvector.

Se separaron para intentar encontrar cualquier pequeño e insignificante detalle que les diera alguna pista o alguna clave de cómo continuar. Alejandro miraba las calibraciones de los aparatos buscando variaciones que no hubiera visto o cualquier cambio que indicara la influencia del evento. Observaba todo pero nada encontraba

—¡Ale! —lo llamó Celeste impaciente— ¡Vení rápido por favor!

Alejandro dejó todo lo que estaba haciendo y llevándose un mueble por delante, aunque sin lastimarse, corrió apresuradamente a la sala de monitoreo.

—Mirá... —le dijo en un susurro— o mejor dicho, escuchá...

Celeste comenzó a reproducir la grabación de una onda de radio que la computadora había captado en su ausencia. El sonido que se escuchaba por los parlantes estaba lleno de estática, era confuso pero aún así se podía oír, por sobre el ruido, una serie de sonidos estructurados con una métrica particular y que parecía repetirse secuencialmente una y otra vez con intervalos de unos treinta segundos.

—Eso es alguien o algo hablando —dijo Celeste luego de escuchar la secuencia varias veces—. Fijate la manera en que se combinan los sonidos, esto es alguna clase de idioma.

—Es cierto —dijo Alejandro mirándola fijo—. Esto significa que Milton tenía razón, la señal fue interrumpida a propósito pero se quedó corto, no sólo fueron conscientes de que los estábamos mirando, sino que nos enviaron un mensaje.

CAPITULO 5

«Rocklenmbrekstorf»

El sonido de un camión golpeándose contra las ramas de los arboles al pasar frente a su casa despertó a Juan antes de que el despertador llegara a sonar. Era lo suficientemente temprano como para no levantarse todavía pero demasiado tarde ya para poder volver a dormir profundamente. Sabiendo que corría el riesgo de quedarse dormido hasta el mediodía si se acomodaba de la manera en que su cuerpo se lo pedía, prefirió levantarse. Vivía en un pequeño departamento en una zona residencial. Era bastante básico pero era lo que podía costear trabajando de auxiliar en el centro atómico. Era bastante ordenado dentro de su desorden. A la vista de cualquiera solamente vería montones de ropa apilados en diferentes partes del departamento, sin embargo, cada pila tenía su clasificación y él sabía exactamente dónde buscar cada cosa que necesitaba. Con veintitrés años, hacía varios años que se había marchado de la casa de sus padres. Esto fue a partir del momento que decidió estudiar en Bariloche, su casa natal estaba en Santa Rosa, La Pampa, y se vio obligado a irse tempranamente de ella para pasar a vivir en una pensión y luego de un tiempo, ya más asentado y con trabajo, instalarse en ese lugar que esta mañana lo encontraba desperezándose y frotándose los ojos tratando de despabilarse. Tenía la costumbre de poner música ni bien se levantaba, lo ayudaba a arrancar el día de mejor humor. Prendió el equipo de audio (no muy fuerte para no molestar a los vecinos) y se dispuso a prepararse el desayuno. En el camino se detuvo a observar uno de sus tesoros. Tenía una pequeña colonia de hormigas dentro de una pecera bastante grande y disfrutaba

observarlas. Se acercó a ver cómo se desarrollaban, les tiró un par de hojas a modo de alimento, sonrió y se puso a desayunar. Mientras comía miraba la pecera y los movimientos que dentro de ella ocurrían. Tan atento estaba que se le pasó el horario sin darse cuenta y nuevamente estaba llegando tarde. Apuró la taza de leche que estaba tomando, agarró su mochila, un abrigo y salió corriendo para el laboratorio. Una hora, cuatro embotellamientos, seis semáforos y varias cuadras después llegó finalmente a su destino. Cuando entró se encontró con Alejandro y Celeste que estaban trabajando con lo que parecían unas pistas de audio. Se acercó a preguntar qué estaban haciendo. En un primer momento no tuvo respuesta ya que ambos estaban demasiado concentrados en lo que hacían. Luego, cuando preguntó nuevamente, Alejandro lo miró y lo invitó a sentarse en la otra sala para explicarle lo que venía sucediendo, ya que, a esta altura, necesitaban de todos los integrantes del equipo para tratar de comprender la situación. Mientras Alejandro hablaba con Juan, Celeste se quedó tratando de descifrar los sonidos que tenían grabados. No lograban descifrar qué era lo que estaban oyendo, los patrones que tenían las ondas sonoras eran imposibles de relacionar u ordenar de manera que sean coherentemente entendibles para un ser humano. Sin más paciencia para seguir con eso por sus propios medios, se levantó y fue a buscar a Alejandro.

—Basta —le dijo— llevémosle esto a Román, él nos va a poder ayudar

—¿A Román? —contestó con cara de asco Alejandro—. ¿Román Corlutti?

—Sí —le respondió ella impaciente—. Ya sé que no es una persona de tu agrado pero si queremos entender lo que pasa tenemos que dejar el orgullo de lado.

—¿Por qué no investigamos un poco más nosotros? No es necesario ir a preguntarle a él.

—No podemos estar evitando siempre a este tipo por los problemas que tuvieron.

—Está bien pero probemos un par de cosas más antes, si no lo solucionamos vamos y le preguntamos. ¿Puede ser?

—...ok, dale... dale antes que me arrepienta.

—Vení, vamos que tengo una idea para buscar respuestas.

Salieron del laboratorio rápidamente, Juan se quedó solo tratando de entender toda la información que Alejandro acababa de transmitirle.

Estaba bastante confundido, los conceptos se encimaban dentro de su cabeza mientras intentaban pasar por una pequeña ventana hacia la comprensión. Decidió entonces, aunque sin lograr dejar de pensar, continuar con el trabajo que había dejado Celeste y seguir tratando de decodificar el mensaje de la grabación. Estaba inmerso en lo que oía, con los ojos cerrados, concentrado y tratando de encontrarle algún sentido cuando, a través de sus parpados, noto una fluctuación de la luz. Abrió los ojos y miró hacia sus lados y hacia arriba queriendo identificar si algo estaba funcionando mal pero nada parecía extraño. Volvió a cerrarlos para proseguir con su tarea y luego de unos segundos percibió nuevamente esta variación en la intensidad lumínica de la habitación. Abrió los ojos nuevamente y esta vez se levantó. Comenzó a recorrer lentamente el laboratorio buscando anomalías pero no veía nada raro. La luz volvió a fluctuar, como si algo estuviera consumiendo la energía que abastecía la red eléctrica. La luz parpadó unos momentos y volvió a la normalidad pero sólo por un instante, luego volvió a titilar, y luego otra vez, cada vez con mayor frecuencia hasta que finalmente la luz se apagó por completo. Juan tropezó con una banqueta que había delante de él y cayó al piso. Se incorporó mientras se tomaba la rodilla que acababa de golpearse y a oscuras buscó el interruptor principal de energía para ver si conseguía restituir la corriente eléctrica. Avanzó apenas unos pasos cuando súbitamente la luz volvió. Miró a un lado y a otro, revisó su rodilla para ver si le sangraba, había sido un golpe leve. Sin embargo algo no era normal, sentía una vibración extraña en el ambiente que generaba un débil zumbido. Se escuchaba como la turbina de un avión acelerando a una distancia considerable. Giró sobre sí mismo para volver a la sala de monitoreo y lo vio. Apenas unos cinco metros frente a él se encontraba parado un hombre con pelo corto, de estatura media, vestido con un traje marrón oscuro, una corbata bordó, sombrero y un bastón. Parecía sacado de una película de los años cincuenta. Permanecía inmóvil mirando a Juan a los ojos, tenía bigotes cuidadosamente recortados y su figura despedía un brillo muy particular, como si tuviera luz propia.

—Hola —saludó el extraño hombre con tono amigable al tiempo que se quitaba el sombrero—. ¿Cómo estás?

—Ho...hola —respondió Juan tartamudeando y levantando una mano tímidamente.

—Extraño lugar este —comentó el hombre observando a su

alrededor—. Es rústico y primitivo. Me recuerda a la antigua Anterfia, antes de la segunda insurrección.

—Disculpe —lo interrumpió Juan tomando coraje—. ¿Usted quién es?

El hombre se tomó un segundo, parecía estar tratando de acomodar sus ideas para poder expresarlas de manera entendible.

—Es verdad, no me presenté, ofrezco mis disculpas —señaló finalmente—. Mi nombre es Rocklenmbrekstorf, mi hogar se llama Akfundria. El lugar que estuvieron observando según pudimos notar.

—Pero... ¿Pero cómo es posible? ese lugar es tan... tan... y usted es... ¿cómo...? ¿Cómo puede ser? —Juan miraba a un lado y al otro como buscando ayuda, esperando que mágicamente Alejandro y Celeste regresaran y no encontrarse solo en esa situación.

—Tranquilo —lo calmaba Rocklenmbrekstorf con tono paciente—. Te explicaré. Yo no estoy realmente aquí. Lo que ves es un holograma proyectado de mí. Bah, en realidad ni siquiera de mí. Lo que ves es una forma que escogimos para presentarnos dado que no queríamos causar rechazo ni temor en ustedes, a sabiendas de que son una sociedad agresiva con lo desconocido. Mi verdadera forma es bastante distinta de esto. Este es el resultado de investigaciones que realizamos desde hace tiempo de su civilización. Hace mucho que somos conscientes de su existencia y de cómo está configurado el universo. Les venimos enviando mensajes a través de ondas de radio amplificadas pero hasta ahora con resultados nulos. Así que mientras esperábamos que ustedes alcancen el nivel de raciocinio e inteligencia necesarios para comprender nuestro mundo, aprendimos sus lenguajes y formas de manera que cuando llegase el momento poder presentarnos como lo estoy haciendo ahora. Este primer contacto es breve, así permitimos que su cerebro asimile la experiencia y pueda en una próxima que, según los cálculos que trazamos de paralelismos proporcionales entre su medida del tiempo y la nuestra, será aproximadamente mañana a esta misma hora. Hasta entonces.

El extraño hombre se desvaneció inmediatamente después de terminar la frase. Juan sentía que el cerebro le estaba por explotar. Entre todo lo que había cambiado en su mente a partir de lo que Alejandro le había contado temprano y la experiencia que acababa de tener, ese día había transcurrido pasando de una mañana normal y rutinaria a un día que jamás en su vida se hubiera imaginado vivir. Se

sentó en el piso en el mismo lugar donde estaba parado, se balanceó unos segundos y luego se acostó completamente en el frío suelo del laboratorio. Sentía que la cabeza le daba vueltas, como si le estuviera bajando la presión. El techo se veía borroso y los oídos se le tapaban.

Cuando unas horas más tarde regresaron Alejandro y Celeste, lo encontraron todavía tirado en el piso. Se apresuraron hacia él e intentaron despertarlo. Juan abrió los ojos volviendo en sí y se incorporó con ayuda de Alejandro que lo sostenía de un brazo.

—¿Estás bien?— le preguntaron casi al unísono.

—La verdad que sería difícil de decir —contestó Juan.

—¿Qué decís? ¿Qué pasó? —preguntó Celeste mientras corría la banqueta que todavía estaba en medio del camino.

Juan se tomó la cabeza por un momento, luego se sentó en una silla, suspiró, sonrió, los miró a ambos y les dijo:

—Ni se imaginan lo que pasó.

CAPITULO 6

«La dama»

Al otro día el amanecer los encontró llenos de entusiasmo, alterados y nerviosos. Habían llegado más temprano que lo usual. Desparrramados por el laboratorio no paraban de discutir respecto a lo que había pasado y lo que pasaría

—Yo insisto con que deberíamos seguir el procedimiento e informar a las autoridades del instituto, esto ya se nos está yendo de las manos —Alejandro sentía culpa por desobedecer las reglas.

—Cortala con eso, ya lo hablamos, si informamos a las autoridades perdemos todo derecho a ver esto con nuestros propios ojos. Ahí se nos iría de las manos la situación —Celeste defendía su postura y Alejandro intentaba hacerle frente pero tenía debilidad por ella y eso le jugaba en contra.

—Puede ser... pero tenés que estar de acuerdo conmigo en que esto es mucho más grande que nosotros

—No necesariamente. ¿Quienes más capacitados para esta situación que nosotros que formamos parte del proyecto que lo detonó? —Celeste bajaba el ímpetu al ver que Alejandro entraba en razón.

—Tenía una corbata bordó... —Juan en su propio universo y ajeno a la discusión de sus compañeros recordaba el atuendo del hombre que había visto aparecer.

—Bueno —dijo Alejandro ignorando el comentario de Juan— entonces no nos queda más que esperar a ver si este ser cumple su palabra y aparece nuevamente.

Un rato después los tubos de ensayo usualmente ordenados en un

sector, habían cambiado de lugar alrededor de quince veces durante la última hora. El incesante clic de una birome combinado con el ruido de pasos que iban y venían una y otra vez reflejaban el ambiente de ansiedad y nerviosismo que reinaba en el laboratorio. Los tres estaban conmocionados y expectantes por lo que había ocurrido y lo que ocurriría. Si bien era media mañana, los minutos parecían horas en la espera por la nueva aparición de Rocklenmbrekstorf, o Roque, como lo había bautizado Juan mientras les relataba la experiencia del encuentro el día anterior. Se miraban al pasar, hacían comentarios intrascendentes sobre el clima o el partido del domingo pero no duraban demasiado. Celeste estaba sentada sobre un costado con la mirada perdida y haciendo bucles en su cabello con su dedo de forma un tanto histérica. Los otros dos preferían no hablarle por miedo a que los agreda. Juan trazaba un surco en el frío piso al trasladarse continuamente de un punto al otro. Parecían un grupo de gente que se encontraba prisionero en una habitación y que no sabía cómo hacer para pasar el tiempo. Luego de unas interminables horas, el momento se acercaba. Faltaban veinticinco minutos para que llegara la misma hora en que el día anterior había aparecido Roque.

—¡No puedo más, me mata la espera! —soltó Alejandro con un tono desesperado.

No llegaron a responderle cuando sintieron un súbito bajón de tensión y un lejano zumbido que iba en aumento. En apenas un segundo, una mujer de unos cuarenta años con un vestido turquesa se hallaba de pie frente a ellos. Tenía el cabello castaño oscuro, ojos color miel y una pequeña nariz que parecía tallada a mano. Su aspecto era el de una mujer de principios del siglo XIX. Llevaba el pelo recogido en un antiguo peinado y de su brazo colgaba un pequeño bolso del mismo color que el vestido. Los miró uno por uno y luego con una delicada sonrisa los saludó:

—Buenos días —les dijo con un dulce tono maternal en su voz.

Alejandro y Celeste estaban descolocados y maravillados, ya que por un lado no habían presenciado nunca algo semejante pero por otro no era lo que esperaban. Juan les había descrito a un hombre de mediados del siglo XX y lo que tenían enfrente difería significativamente de eso.

—Buenos días —respondió Juan que era el único que conservaba un mínimo de reflejos en una situación así—. Disculpame la falta de

reacción, es que esperábamos a Rockfer...Rocklen...Ronskie... ¡A Roque!, y me desorientó tu aparición. ¿Cómo es tu nombre?

—Mi nombre es Rocklenmbrekstorf, y estuve aquí ayer hablando con vos —respondió la mujer serena—. Mi apariencia como te expliqué es relativa, lo que ven es sólo la forma que asumo para presentarme ante ustedes sin generar un rechazo por parte de su especie. Las personificaciones que tomo son aleatorias.

—Hola, mi nombre es Alejandro, es un honor para mí formar parte de este encuentro —dijo en tono formal cuando recuperó el aliento— Hay tanto que quiero saber... ¿Por qué se manifestaron de esta manera frente a nosotros? ¿Cómo es su verdadera forma? ¿Cómo viven? ¿Cómo es su planeta... o lo que sea? ¿Cómo funciona su organismo? ¿Cómo es su civilización?...no sé por dónde empezar.

—No te preocupes —contestó Roque con el mismo tono maternal que antes—. Empecemos por el principio. Como le dije ayer a Juan, nosotros investigamos su cultura desde hace tiempo, son ustedes los que desconocían nuestra existencia hasta ahora. Es por eso que al tomar conciencia de ello a través de su «descubrimiento» de nosotros, podemos comenzar a comunicarnos, dado que la existencia de uno está ligada a la existencia del otro en un delicado equilibrio. Estoy aquí porque durante años he sido entrenado para transmitirles, cuando llegase el momento, toda la información que sea relativa a la coexistencia de nuestros mundos y universos. Así que no se desesperen que la información es mucha y la misión de intercambio de realidades lleva tiempo. Si quieren podemos empezar ahora mismo.

Las palabras de Roque no dejaban margen para ninguna acotación por parte de ninguno de los tres, apenas atinaron a invitarla a sentarse y ubicarse cada uno en una silla como chicos que esperan que su abuelo les cuente un cuento.

Nuestra historia diferente a la suya, no solamente por los hechos que acontecieron sino porque la concepción misma del tiempo es otra. Si trazamos un paralelo con las medidas de ustedes, proporcionalmente un año nuestro equivaldría a ciento cincuenta y dos años suyos. Esto significa que cuando para ustedes pasaron cinco años, para nosotros fueron cinco mil. La diferencia es que la duración de nuestra existencia es proporcional también, por tanto yo les digo que mi edad actual es de cinco mil trescientos veinte años de Akfundria. Esta característica de longevidad llevó a nuestra civilización a importantes grados de

desarrollo y evolución en todo sentido. Esto no significa que haya habido épocas oscuras ni que no las haya aún hoy en día, aunque causada por motivos ajenos a nosotros.

—¿Qué quiere decir con que es ajeno a ustedes? —Interrumpió Celeste— ¿Es por una cuestión política, de intereses? ¿Quiénes serían «ustedes» y quienes los ajenos?

—Luego de atravesar períodos muy dolorosos, nuestra civilización entera aprendió que de nada sirve la violencia, ni la competencia sistemática. Nos dimos cuenta que si nos ayudábamos en lugar de enfrentarnos como rivales podíamos construir muchísimo más y mejor sin ponernos en riesgo a nosotros mismos.

—¿Pero entonces quienes son los «ajenos» a los que se refiere? —volvió a interrumpir Celeste.

—Ya habrá tiempo para explicarles acerca de los «ajenos». Hay otras cosas que tienen que entender primero si vamos a ir a Akfundria.

—¿Perdón?—Comentó Alejandro—¿Dijiste «ir a Akfundria»? ¿Qué significa ir a Akfundria?

—Akfundria es mi hogar, es el lugar de donde vengo. Del cual les he estado contando, y al que iremos dentro de poco

—¿Vamos a ir?—interrumpió Juan exaltado—¿Cómo que vamos a ir? ¿Cómo se supone que iríamos?

—De la misma manera que yo estoy proyectado en este lugar, tenemos los medios para que proyecciones de ustedes tres se trasladen hasta allá. Si es que están dispuestos a hacerlo. ¿Lo están?

La pregunta los tomó por sorpresa. De por si no se esperaban hace sólo dos días un descubrimiento tal, ni hace un día esperaban tener la posibilidad de un encuentro semejante, y mucho menos hasta hacía unos segundos se les había cruzado por la cabeza la posibilidad de efectivamente «ir» hasta ese lugar. El natural temor a lo desconocido los aferraba a quedarse donde estaban sin que nada cambie pero la curiosidad y el anhelo de conocimiento propios de los científicos los impulsaban a aceptar este singular viaje que este misterioso ser les estaba proponiendo.

—Sí, estamos dispuestos—habló Celeste en nombre del grupo y sin esperar un acuerdo.

—Bueno, yo no diría eso con tanta seguridad —Alejandro la contradujo sutilmente—. Es algo demasiado abrupto, por ahí deberíamos charlarlo y pensarlo mejor...

—Pero vos... a ver, pensaste que.. —Celeste indignada por lo que interpretaba como una indecisión exasperante se empezaba a molestar pero se contuvo—. ¿Podrás darnos unos segundos para hablar a solas?

Roque asintió con la cabeza. Celeste le hizo señas a Alejandro para que la siga hacia un costado al mismo tiempo que arrastraba de un brazo a Juan que seguía mirando a la dama antigua sin emitir opinión.

—¿Vos estás loco? ¿No te das cuenta de la oportunidad que tenemos? No te pongas en esa actitud estructurada de siempre. Es un momento para jugarse, no para analizar tanto—Celeste sabía con quién estaba hablando.

—Pero Celes, fijate que no sabemos nada de esto, es muy arriesgado, además no informamos nada, el procedimiento...

—No me vengas con el procedimiento ahora, no hay procedimientos para esto. Haceme caso, no dejemos pasar esto.

Alejandro sabía que todo su costado racional le decía que no era algo apropiado y que no tenía la suficiente información como para sentirse seguro de algo así. Sin embargo las palabras de Celeste lo tocaban más allá de las palabras mismas. El brillo de sus ojos lo convencían más que las razones que pudiera exponerle. No la podía privar de esto. Dudó unos segundos mientras juntaba algo de fuerzas hasta que finalmente aceptó.

—Está bien —le dijo— espero que no te equivoques. ¿Vos Juan qué pensas?

—Me parece bien, ya llegamos hasta acá, ¿no? No nos vamos a echar atrás.

—Ok entonces, está decidido. ¡Vamos a ir! —sentenció Alejandro dándose vuelta hacia la dama.

—¡Excelente! —exclamó Roque—. Entonces prosigo con lo que les estaba relatando. Cooperando y sumando las diferentes visiones, construimos una sociedad que aprovecha los recursos que dispone para el bien común, poniendo la vida y el desarrollo de todos los habitantes por sobre cualquier beneficio personal. Al dejar la codicia de lado entendimos que lo que había disponible era suficiente para todos.

—Me cuesta imaginarme algo más —reflexionó Juan en voz alta— Es demasiado ideal para ser real.

—Es cierto —acotó Celeste—. Parece sacado de una de esas novelas de cuarta de ciencia ficción que lees vos —comentó dirigiéndose a Juan.

—Creo que más fácil que contarles es mostrarles. Así que les propongo seguir contándoles directamente en mi hogar si están de acuerdo. Pero debo advertirles, una vez allá verán nuestra verdadera forma, y puede que les resulte difícil de asimilar. ¿Están preparados para algo así? es muy importante que estén listos y que su voluntad sea consciente.

—Me parece bien —soltó Alejandro que ya se sentía con más confianza y más animado—. ¿Cómo sería todo esto?

—Pues bien entonces —dijo Roque—, les voy a pedir que se acerquen a mí y que formen una ronda a mi alrededor tomados de las manos. Ahora cierren sus ojos y relájense. Para que la proyección sea consistente deben estar con la mente relajada y el cuerpo también. Teniendo en cuenta que nosotros conocemos su cultura y sus formas físicas, no habrá necesidad de que ustedes tomen la forma de uno de nosotros, sus proyecciones serán tal cual son ustedes en realidad pero proporcionalmente en tamaño a lo que somos nosotros. Yo por otro lado tendré mi forma real.

Los tres volvieron a cruzar miradas con un dejo de duda de último momento pero Roque los apresuró:

—¿Listos?

CAPITULO 7

«Akfundria»

Se acercaron tímidamente y formaron la ronda. A pesar de la conmoción del momento y la vorágine de las cosas, al tomar la mano de Celeste, Alejandro no podía dejar de sentir un cosquilleo que se extendía por su cuerpo y que lo distraía automáticamente de lo que estuviera haciendo. Apretó su mano y la miró a los ojos pero sólo una fracción de segundo hasta que Juan le gritó que tenían que cerrarlos para que funcionase lo que estaban haciendo. Un torbellino de luz que los encandilaba a pesar de sus parpados cerrados, unido a una intensa vibración los envolvió como si estuvieran atrapados en un tornado. Sintieron como si arrancaran sus conciencias de sus cuerpos. Por un instante, Alejandro logró verse a sí mismo desde afuera, tomado de las manos con sus compañeros. Inmediatamente después sintió una fuerza descomunal que giraba en sentido contrario al torbellino original como si tratara de frenarlo y estabilizarlo, no tenía noción de donde era arriba o abajo, todo era muy confuso. Le recordaba a aquella vez que tuvo un accidente en la ruta y su auto se disparó igual que un trompo dando vueltas una y otra vez sin llegar, afortunadamente para él, a chocar contra ningún otro vehículo. Esa sensación de desesperación y completa separación de su voluntad respecto de la realidad que había vivido se asemejaba bastante a lo que experimentaba en este momento. Finalmente el torbellino se detuvo. Sus ojos permanecían cerrados, apretaba los parpados con fuerza por el temor a lo desconocido. Luego de unos segundos de calma y quietud se atrevió a abrirlos. Un resplandor rojizo dominaba el ambiente, en un primer momento se sintió encandilado

pero fue más a nivel psicológico que físico, dado que lo que se encontraba allí no era más que una representación holográfica de sí mismo que no podía sufrir las adversidades propias del entorno. Se hallaban en una zona que parecía deshabitada. Frente a ellos una gran masa de líquido similar al agua pero con el mismo tono rojizo que teñía cada cosa sobre la superficie, se extendía hasta donde la vista alcanzaba. A lo lejos se veía unas extrañas criaturas cuya forma no llegaba a distinguir pero que, a esa distancia, parecían presentar la silueta de un búmeran saliendo y entrando del agua velozmente. Detrás de ellos unas formaciones rocosas presentaban un profundo hundimiento seguido de una elevación enorme que parecía tomar la forma de una ola gigante que se estuviera por romper justo encima de ellos. Dentro del valle que precedía a la ola había una densa vegetación que combinaba colores turquesa, bordó, y celeste. Sobre el otro costado, a unos doscientos metros, se veía una especie de puente que unía la costa donde estaban ellos con la base de la ola de roca pasando por encima del valle multicolor. El cielo estaba cubierto en su mayor parte por un enorme sol formado por varias esferas agrupadas en un punto. Ocupaba al menos un cuarto del cielo visible desde ese lugar. Alejandro observaba maravillado sin percatarse que seguía sosteniendo de la mano a Celeste cuando ya no era necesario. Inconscientemente se sentía cómodo de esa manera y, en las circunstancias que vivían, encontraba en eso una cuota de paz. A ella por su lado no parecía molestarle, o no era consciente tampoco dentro del contexto en que se encontraban. Al darse cuenta de esto, Alejandro la soltó disimuladamente sintiéndose algo avergonzado y temiendo que ella lo hubiera tomado a mal. Esta sensación ya repetida en otros momentos, en este caso, duró sólo unos segundos y fue hasta que, luego de ver a Celeste y a Juan, reparó en la extraña criatura que estaba con ellos. Roque había abandonado la forma de aquella antigua mujer y en su lugar mostraba su apariencia original. Alejandro, tratando de no mostrarse horrorizado lo observó detenidamente mientras le hacía sutiles gestos a sus compañeros para que lo notaran. Roque tenía tres piernas que se asemejaban a las de un avestruz, las piernas no eran lineales sino que tomaban la apariencia de un trípode. Sobre las piernas se apoyaba lo que podría haber sido equivalente a un torso con gran cantidad de pelo, aunque bastante corto, y la particularidad de que en esta parte se encontraban tres ojos distribuidos simétricamente alrededor del mismo. Esto le permitía poder

ver en todas las direcciones al mismo tiempo. Uno de ellos era ligeramente más grande y se encontraba en el frente. Los otros dos se separaban de manera proporcional del primero manteniendo la misma distancia con este que entre sí. Dos largos brazos se extendían partiendo del torso pero a diferencia de éste, no eran peludos sino que eran delgados y flexibles como las patas de una hormiga. Un poco más arriba se hallaba la cabeza, cuyo tamaño era pequeño en relación al torso. Esta tenía un orificio que Alejandro asumió como la boca y sobre esta una trompa parecida a la de un elefante pero de textura menos rugosa. Era más bien como una manguera que iba de más grueso el comenzar a más fino hacia la punta.

Juan cayó en la cuenta de que lo que estaban viviendo iba a cambiar su vida para siempre. Miró nuevamente alrededor y para romper el silencio dijo:

—Ahora sí, por fin tengo algo para contarle a mis descendientes que no tiene que ver con hormigas —comentó en tono que pretendía ser gracioso.

Sin embargo lo que más llamó la atención no fue el comentario en sí, sino que sus palabras se oían como extraños sonidos inexplicablemente pronunciados y aun así entendibles a los oídos del resto. Alejandro lo miró extrañado.

—Qué le pasó a tu voz —le dijo, y su voz salió como una sucesión de sonidos similares a los de Juan.

—Que le pasó a nuestras voces —preguntó celeste mirando de reojo a Roque y presentando las mismas características vocales de sus compañeros.

—Tranquilos —respondió Roque con paciencia—. A efectos de agilizar la comunicación y evitar problemas de entendimiento, le aplicamos a su proyección las características sonoras del idioma akfundriano. De esta manera ustedes piensan una idea en su cabeza, la expresan en su idioma pero cuando la exteriorizan sale codificada de manera entendible para los habitantes de este lugar. A ustedes no les será un inconveniente ya que también les permite entender el idioma y lo que los demás les estén diciendo, como sucede con lo que les estoy explicando ahora. Si no lo hubiéramos hecho, no hubieran podido relacionarse y esta visita hubiera carecido de sentido. Vengan, acompáñenme que les voy a mostrar de qué se trata esto.

Sin decir palabra por sentirse un poco incómodos por la forma en

que sonaban, los tres siguieron a Roque con su peculiar andar provocado por sus tres patas. Este los guió hasta el puente que cruzaba el valle al pie de la montaña con forma de ola. Al llegar a la base de la montaña encontraron una compuerta con un dispositivo sobre uno de los costados. Roque apoyó la punta de su trompa sobre el lector que encabezaba el dispositivo y la compuerta se abrió. Al atravesarla, un imponente bosque los esperaba a escasos pasos de la entrada. La extensa vegetación presentaba una gama de colores similar a los que habían visto en el valle al otro lado de la montaña. Los troncos de los árboles estaban constituidos de un material distinto al habitual para un ser humano. Si bien tenían la apariencia de alguna clase de madera un poco más oscura, a medida que se adentraban en el bosque no pudieron evitar tocarlos y, al hacerlo, notaron que la consistencia era arcillosa. Su textura era fácilmente maleable y se podía separar sin problemas un pedazo de tronco del resto. Celeste tomó en sus manos un pequeño trozo que había tomado de un árbol pero Roque se detuvo automáticamente.

—¿Quién mutiló un Kruenz?—Preguntó con tono serio en su idioma.

Los tres se miraron sorprendidos por el repentino cambio de actitud de su anfitrión.

—Fui yo —reconoció Celeste dando un paso al frente—, fue sin darme cuenta. ¿Puedo hacer algo para remediarlo?

—Por favor volvé a ponerlo en su lugar, estos árboles representan la esencia misma de la vida en este lugar, no son objeto de juego —señaló en tono de reproche.

Celeste retrocedió y se acercó cuidadosamente al Kruenz del cual había tomado una parte y delicadamente unió lo que había tomado con el tronco del árbol que recuperó su vigor al completarse nuevamente. Se sintió reconfortada por haber podido resolver aquel problema en circunstancias tan extrañas. Sin embargo, al mismo tiempo, se le despertó una duda y, fiel a su estilo, no fue capaz de contenerla por mucho tiempo y al volver junto a sus compañeros increpó a Roque:

—Disculpame —le dijo con voz firme y exigente—, todo muy lindo pero vos nos dijiste que lo que se trasladaría hasta aquí no era más que una proyección a escala de nosotros mismos, ¿estamos de acuerdo?

—Sí, es verdad —asintió mientras sus patas/brazos describían un movimiento pendular a los lados de su cuerpo que ellos interpretaban como ansiedad.

—Ok, entonces ¿Podrías explicarme por favor, cómo es que puedo tocar, levantar y trasladar objetos si soy únicamente una imagen holográfica?

Alejandro y Juan se miraron reconociendo que no se habían percatado de ese pequeño gran detalle

—La diferencia radica —explicó Roque retomando el tono sereno— en que no es la misma tecnología la necesaria para proyectarlos a ustedes aquí que para proyectar a uno de nosotros allá. Nosotros disponemos de las herramientas para generar proyecciones sólidas de seres humanos acá, aunque es necesaria, como les dije, la voluntad y el enfoque completo de quienes vayan a ser proyectados para que sea firme y concreta como en el caso de ustedes. Sin embargo no hemos descubierto aún la manera de hacer ese proceso a la inversa. Existen una serie de variables que no podemos terminar de definir para lograr el mismo efecto en su hábitat.

—Está bien—acotó Juan mientras retomaban la marcha a través del bosque—¿Pero en qué condiciones están nuestros cuerpos reales mientras estamos acá?

—Están un lo que ustedes llamarían estado de animación suspendida. Es como si su cuerpo fuera un envase vacío en estado de reposo—explicó al mismo tiempo que su trompa acariciaba la vegetación color turquesa de la copa del árbol debajo del cual pasaban.

—Es como un viaje astral—bromeó Juan.

—¿Pero qué pasaría si alguien interfiere con nuestros cuerpos en reposo, es decir, si alguien entrara al laboratorio y nos empujase o moviese?—Alejandro se empezaba a dar cuenta que no habían pensado lo suficiente toda aquella aventura.

—Si eso pasara se interrumpiría la conexión entre sus cuerpos y sus mentes y teóricamente se corre el riesgo de que no puedan volver nunca a su estado original. Tampoco se quedarían aquí. En realidad esto es la primera vez que se hace y existen algunos detalles de los cuales no tenemos certeza de lo que ocurriría.

—¿Algunos detalles?—Gritó Celeste—¿Te parecen detalles esos? Podrías habernos avisado de esos «detalles» antes de venir. Me quiero volver, esto ya no me gusta.

—Tranquila, si querés nos volvemos—Trataba de calmarla Alejandro mientras de fondo Juan se tocaba las manos para ver si seguían siendo corpóreas o empezaban a desaparecer.

—Lamentablemente eso no va a poder ser, al menos por ahora —interrumpió Roque terminante—. Para revertir el proceso hay que esperar al menos una semana (según el calendario de aquí). Así que yo les sugiero que se calmen y me acompañen. Hemos venido hasta aquí para aprender uno del otro. No desaprovechemos esa oportunidad. Además, acabamos de llegar al primer lugar del recorrido.

Caminaron unos pocos metros más, Celeste podía sentir en su nuca la mirada acusadora de Alejandro que a pesar de tratar de calmarla, no podía esconder su malestar con ella por haberlo convencido de ir tan rápidamente y sin haberlo analizado como él hubiera querido. No obstante, sabía que en definitiva había sido decisión suya por dejarse convencer.

Al pasar los últimos árboles se abría un claro seguido de una barranca desde la cual se podía observar una inmensa ciudad extendiéndose debajo de ellos.

CAPITULO 8

«La bienvenida»

—Por aquí —los invitó Roque paciente mientras les señalaba el camino.

Rodearon el claro bordeando la barranca que desembocaba en un precipicio de unos cien metros de profundidad. Desde allí, mientras avanzaban detrás de su anfitrión, podían contemplar las formas, colores y movimientos de aquella ciudad desde una perspectiva privilegiada. En la parte central de la ciudad se erguía una construcción similar a un edificio pero presentando la forma de alguna especie de animal que no llegaban a distinguir. El resto de las construcciones tomaba formas armónicas con el entorno. Por momentos los edificios y casas se confundían con el ambiente natural del lugar. Si bien se distinguía el centro urbano, no desentonaba ni era hostil con el ambiente que lo rodeaba, sino que más bien se adaptaba al mismo. A lo lejos, en el otro extremo de la ciudad se podía ver una enorme aglomeración de edificios que se iban acercando hasta lo que ellos suponían era algún tipo de recinto abierto comparable a un estadio, si bien a la distancia les era difícil asegurarlo. A medida que caminaban cerca del borde de esa barranca, que no era apta para aquellos que sufren de vértigo, murmuraban entre ellos comentarios acerca de lo que veían. El paisaje era imponente. Al pasar la línea que dibujaba el contorno de una de las montañas que rodeaban la ciudad, apareció ante sus ojos una enorme construcción, bastante más grande que el resto aunque no llegaban a verla en su totalidad. Tenía forma circular hasta donde podían ver parecía contar con varios pisos. A su lado, otro edificio pero mucho más

pequeño y con forma de varios bloques cuadrados de diferentes tamaños unidos, se levantaba a una corta distancia del anterior.

Anduvieron un largo rato, se sentían cansados a pesar de que se suponía que físicamente no podían sentir fatiga alguna dado que sus cuerpos, si bien tangibles, no eran reales. Asumieron que era la sola idea de haber andado tanto que les causaba la sensación de cansancio como sucede cuando uno sueña que está corriendo y se despierta agitado.

Luego de casi dos horas de interminable caminata, amenizada únicamente por el ocasional cruce a través del cielo de unas criaturas alargadas que pasaban volando a pesar de que no parecían tener alas, llegaron a una plataforma emplazada dentro de una de las enormes rocas que formaban parte del paisaje. Desde allí partían una serie de toboganes en diferentes direcciones. Roque comenzó a configurar los controles que se encontraban en un tablero en el centro de la plataforma. Juan se acercó tímidamente y le preguntó:

—¿Qué es todo esto?—Denotaba en la voz un cierto temor a que reaccionara como lo había hecho con el episodio del árbol.

—Esto es uno de nuestros sistemas de transporte de altura. Aprovechamos la gravedad para impulsarnos sin necesidad de energía extra

—¿Y cómo funciona?—Se incorporó Alejandro a la conversación viendo que los ánimos estaban calmados.

—Este es un sistema que conecta este lugar con casi cualquier punto de la ciudad. Está compuesto por una combinación de toboganes recubiertos con un material especial que evita la fricción en la mayor parte del recorrido y la aumenta gradualmente a medida que se acerca el destino permitiendo el frenado del viajante.

—Pero ¿Cómo logran que lleguen a tantos lugares?—preguntó Celeste que ya estaba intrigada con el sistema a pesar de que no olvidaba la manera en que le había hablado hacía tan sólo un rato.

—Lo importante es la combinación. Desde aquí se configura la ruta al destino esperado y en base a eso se activan los mecanismos que seleccionan y ensamblan las distintas combinaciones de toboganes necesarias para llegar a ese lugar.

—Impresionante—comentó Alejandro sinceramente sorprendido por el sistema—sin embargo vos dijiste que no utilizaban energía extra, cómo activan los mecanismos y los comandos de configuración.

—A través de la energía provista por el núcleo externo. La captamos

por medio de catalizadores y la aplicamos a esto. Es energía que de una forma u otra cae sobre nosotros. Acérquense al borde del tobogán número tres por favor—Roque cortó la conversación y los animó a acercarse al borde del tobogán que se encontraba a su derecha.

Con desconfianza se acercaron pausadamente y mirando para todos lados como si algo los fuera a empujar o a atacar de improvisto. Al llegar al borde vieron en detalle la estructura del tobogán. Tenía la forma de un tubo cortado a la mitad, era bastante profundo y el material que lo recubría era blanco y parecía suave y confortable.

—Ya llegamos hasta acá, no me voy a quedar mirando —diciendo esto Celeste saltó en el tobogán mientras los otros dos nadaban en un océano de dudas.

Como quien asume lo inevitable y con gesto de resignación Juan se lanzó también por el tubo seguido luego de unos segundos por Alejandro. El tobogán resultaba cómodo a pesar de la velocidad que llevaban. La textura de sus paredes brindaba un apropiado material para el traslado y al mismo tiempo generaba una sensación de seguridad que evitaba que entraran en pánico. A medida que los segundos pasaban la velocidad iba en aumento y todo se volvía más confuso. Alejandro cerró sus ojos porque las imágenes pasaban tan rápido que lo único que se distinguía eran rayas multicolores que dibujaban diferentes tonalidades a través del viaje. Podía escuchar a lo lejos una serie de ruidos mecánicos que asumía se debían al proceso de coordinación de los toboganes, como las vías de un tren que cambia de recorrido. Ya casi ni recordaba lo que había sucedido un par de días antes. Los eventos recientes del estallido y el descubrimiento de aquel electrón parecían haber pasado hacía años. La adrenalina que sentía le hacía olvidar el hecho de que de vuelta en el laboratorio su cuerpo real se mantenía en un estado de suspensión temporal, como si le hubieran puesto una pausa a su vida. Se sentía afortunado de estar compartiendo esta experiencia con Celeste. El tobogán dio un brusco giro a la derecha. Pensaba que tal vez en ese contexto se generara una conexión excepcional entre ellos. El tobogán dio una vuelta como un rulo y giró hacia la izquierda. A través de sus párpados comenzó a notar cómo aumentaba la intensidad lumínica. Todo era más claro y más brillante. Al mismo tiempo la textura de las paredes iba cambiando progresivamente hacia un material distinto y pudo sentir cómo la velocidad iba reduciéndose gradualmente. Finalmente, luego de un

nuevo giro a la izquierda, su cuerpo se detuvo. Esperó unos segundos antes de abrir los ojos. Cuando lo hizo se levantó y se paró sobre la rojiza superficie a un lado de sus compañeros. Detrás de él llegó Roque mucho más habituado a este tipo de viajes. Satisfecho por la experiencia, Alejandro sonrió a Juan y a Celeste con gesto triunfal. Alzó la vista hacia el frente y vio alrededor de cincuenta seres como Roque parados delante de ellos y mirándolos fijo. Les sonrió a ellos también y quiso acercarse a ellos dando un paso al frente. Al hacerlo los cincuenta akfundrianos dieron un paso atrás y levantaron con sus patas de hormiga unos extraños dispositivos alargados y puntiagudos como lanzas pero con la estructura de una especie de rifle. No podían estar muy seguros de que se trataba pero claramente los estaban apuntando en gesto amenazador. Alejandro retrocedió inmediatamente. Su sonrisa desapareció automáticamente de su rostro y en su lugar apareció un gesto serio y preocupado. Los cincuenta seres rodearon sin perder de vista a los tres visitantes que se juntaron atemorizados en medio de la ronda.

—¿Qué está pasando? —preguntó Alejandro mientras miraba para todos lados sin entender por qué estaban reaccionando así.

Roque se acercó y les colocó unos aparatos que les inmovilizaban las manos, como si fueran esposas mientras les decía:

—Perdonen pero es imprescindible esto.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué es imprescindible? —Alejandro le hablaba directamente a Roque que no le respondía—. ¡Te estoy hablando! ¡Suéltennos!

Alejandro se sacudía con fuerza pero no lograba desprenderse de sus ataduras. Roque por su parte y sin emitir comentario alguno, giró, y con un gesto de su trompa hizo señales de que ya estaban listos. Otro de ellos les hizo señas de que avancen en dirección al centro de la ciudad. El grupo de akfundrianos los escoltaban de cerca guiándolos a través de la ciudad. Las construcciones que se levantaban a ambos lados del camino no estaban hechas como tradicionalmente construyen los humanos, sino que estaban talladas sobre las rocas ya existentes en el lugar. Tratando de mantener la estética natural del medio habían adaptado los recursos existentes a sus necesidades. Como una hormiga traza su sendero debajo de la tierra para construir el hormiguero, estos seres habían adecuado las rocas como lugares habitables y confortables.

El camino no era recto, sino que se iba curvando a medida que las

formaciones rocosas delimitaban el terreno. Alejandro caminaba con la cabeza gacha con mucha bronca contenida y apretando los puños, con los ojos fijos en el piso y sin poder creer lo imprudente que había sido para llegar hasta ahí. Celeste por su parte caminaba erguida y con la cabeza en alto. Si bien estaba atemorizada, no lo exteriorizaba en su rostro ni en sus gestos que permanecían inmutables, sabía lo que debía estar pensando Alejandro pero no se arrepentía de haberlo incitado a tomar esta decisión. Si bien las cosas no estaban saliendo bien, era consciente que si se repitiera la misma situación tomaría la misma decisión. Juan a su vez caminaba tranquilo, el comportamiento de los akfundrianos no lo afectaba en lo más mínimo. Avanzaba como si estuviera paseando por un parque de diversiones, observando las construcciones y los caminos, fascinado con cada detalle de aquel lugar. Tanto es así que en un momento se detuvo a contemplar un extraño grabado que se encontraba tallado en una de las rocas ante lo cual los guardias se acercaron enseguida a ponerlo nuevamente en camino. Alejandro levantó la vista y retrocedió rápidamente a buscarlo para evitar que le hagan algo y lanzándoles una mirada cargada de rencor a sus hostiles anfitriones.

El camino describió una serie de curvas hacia un lado y hacia el otro desembocando en un llano donde una multitud contenida por una especie de vallas parecía estar aguardándolos a la entrada de esa construcción enorme similar a un estadio que habían visto mientras se acercaban a la ciudad. El imponente cuadro que se presentaba ante ellos los sacudió y el temor se incrementó rápidamente. Involuntariamente se fueron acercando unos a otros buscando protegerse sólo por la cercanía. El camino que se abría ante ellos se dirigía directamente hacia una importante apertura en la roca que parecía ser la entrada principal al lugar. Atravesaron la multitud en medio de un importante bullicio generado por el murmullo constante de los presentes hasta que llegaron a la entrada. Cuando comenzaron a adentrarse de repente se hizo un profundo y aterrador silencio.

CAPITULO 9

«Seprexión»

Las gruesas paredes de roca formaban un bloque aislante mientras recorrían un túnel con apariencia de caverna. Estaban nerviosos y alterados. A los pocos pasos de haber ingresado el griterío había dejado de escucharse y eso no les hacía presuponer nada agradable. Al fondo del túnel se observaba una brillante luz que iba ganando en intensidad a medida que se acercaban.

—Tenemos que hacer algo —le susurraba Celeste a Alejandro— no nos podemos quedar así...

Alejandro con la cabeza todavía gacha, ahora mezclando rabia con miedo, levantó la vista hacia ella; la miró a los ojos y le dijo:

—Vamos a salir de esta, esto todavía no terminó.

Ella lo miró y le creyó, aunque no supiera todavía qué era lo que iba a pasar, las palabras de Alejandro la habían tranquilizado un poco. El final del túnel se acercaba, la luz era cada vez más intensa, levemente apareció en el aire un murmullo que iba creciendo a cada paso que daban y ya a las puertas del final se convirtió en una explosión de gritos ensordecedores que los aturdían mientras eran llevados hacia un destino incierto. Unos segundos después, cuando sus ojos y oídos se acostumbraron a los niveles de exigencia, vieron que se encontraban efectivamente en alguna clase de estadio, con una multitud ubicada en gradas alrededor de ellos y con una tarima en el centro del campo donde los esperaban cuatro akfundrianos de pie. Dos tenían armas regulares como los que los escoltaban, y los otros dos tenían unas armas diferentes, visiblemente más poderosas, con las cuales jugaban

tiro al blanco contra unos objetos que estaban a lo lejos y que explotaban brutalmente ante el impacto de los disparos. Casi como una bazuca pero con un resultado diez veces mayor. Junto a estos cuatro se encontraba un aparato similar a una cama rígida de metal con sujetadores a los lados y un brazo que se extendía hacia arriba en cuyo extremo se ubicaba un cuadrado vidrioso pero de un color que ellos suponían verdoso a pesar del tono rojizo que invadía la escena. Los subieron uno a uno a esa tarima, como si fuese un escenario, y los ubicaron uno al lado del otro mirando hacia la parte principal de las gradas. Uno de los akfundrianos que era un poco más grande que el resto caminó frente a ellos de un lado al otro, luego se detuvo frente a un dispositivo instalado en el piso del escenario justo en el centro. Colocó una de sus extremidades inferiores sobre él y comenzó a hablar:

—¡Akfundrianos!

Su voz grave resonaba por cada rincón del estadio. El dispositivo en el piso parecía funcionar de amplificador

—Akfundrianos ¿Me escuchan?

Un estallido de gritos aun más poderoso, si es que eso era posible, retumbó en los oídos de ellos tres, inmóviles y atados

—Hoy, es un día histórico... ¡Hoy la historia se revierte!

A cada frase que pronunciaba le seguía un griterío horrible de aprobación.

—Como ya todos sabemos, ¡He aquí a los asesinos! ¡He aquí a los destructores!

Las palabras de este ser no podían ser más preocupantes para los prisioneros que desconocían el motivo de las acusaciones. Intercambiaban miradas y se preguntaban unos a otros si entendían de qué estaba hablando pero sabían que el uno estaba tan desorientado como el otro.

—Ahora—continuó con su discurso—. ¡Es momento de que paguen! ¡Que paguen por tanto sufrimiento que les han generado a tantos pueblos hermanos! Los sentencio... ¡a la Seprexión!

Los akfundrianos estallaban en gritos enloquecidos. Dos de los que estaban sobre el escenario tomaron un muñeco con forma tentativamente humana hecho de algún material similar a la madera y lo colocaron sobre aquella cama de metal que se encontraba a unos pasos de ellos, lo sujetaron firmemente y le colocaron el cuadrado verde encima a unos dos metros de distancia. El dispositivo comenzó a emitir

una luz verdosa sobre el cuerpo del muñeco. Parecía tener el mismo efecto que una lupa proyectando la luz del sol con intensidad sobre algún insecto. El muñeco comenzó a echar humo por unos segundos pero inmediatamente después colapsó en un ruido sordo y se desintegró completamente. Alejandro no podía creer lo que veía. La multitud festejaba lo que sucedía en ese circo romano subatómico. Los mismos dos akfundrianos dejaron sus «bazucas» sobre un costado y se acercaron a Juan mientras los otros dos montaban guardia. Lo tomaron por los brazos envolviéndolos con sus patas y lo arrastraron hasta la cama de Seprexión. Lo ataron de pies y manos. Alejandro y Celeste estaban desesperados y a los gritos intentando convencerlos de que no le hagan nada sabiendo que, si bien sus cuerpos reales no estaban allí, si morían jamás regresarían a ellos. Alejandro forcejeaba tratando de liberarse de sus ataduras, se movía de una y otra forma tratando de aflojarlas hasta que sintió cómo disminuía la presión que generaba el inmovilizador sobre sus extremidades. Se quedó quieto un momento mientras tomaba conciencia de que se había liberado. Inmediatamente miró a su alrededor y ubicó las armas que habían dejado los dos guardias y que estaban apoyadas a dos pasos de él. Logrando soltarse rodó sobre su cuerpo y consiguió apoderarse de una de las armas apuntando inmediatamente hacia el ser que hablaba al público.

—Suéltelo —le dijo apuntándole.

Quedándose quieto y con un movimiento de la trompa hizo gestos para que suelten a Juan. Los dos akfundrianos lo soltaron sin cuestionar el pedido y dieron un paso al costado alejándose. Juan se acercó a Alejandro, tomó la otra arma y comenzó a apuntar a los demás a su alrededor.

Todos se quedaron inmóviles, sabían que con un disparo de una de esas armas podían destruir a cientos de ellos.

—Vamos... hacé lo que tengas que hacer —el akfundriano que dirigía intimidaba a Alejandro a accionar su arma—. Sabés que no se van a escapar de otra forma. ¿Qué estás esperando?

Alejandro estaba tentado de empezar a disparar y poder escaparse de ese lugar. Al mismo tiempo sentía remordimientos porque sabía que mataría a muchos de estos seres. Sin embargo ellos los habían forzado hasta allí y pretendían desintegrarlos... estaba justificado si lo hacía...pero ¿por qué no lograba entonces estar seguro de hacerlo? Cerró apenas un segundo los ojos. Durante ese segundo, un millón de

pensamientos cruzaron por su cabeza. Se recordó a sí mismo de niño, como si estuviera observando los acontecimientos desde afuera con esa óptica infantil. Se preguntó qué harían los héroes de su infancia si estuvieran en una situación como esa. Se preguntó incluso qué era lo científica y profesionalmente ético. Durante ese eterno segundo, mientras la multitud de akfundrianos se mantenía expectante, todo parecía transcurrir en cámara lenta. Alejandro no podía detener sus pensamientos que lo llevaban a través de un huracán de eventos recorriendo la historia de la humanidad y le enseñaba que los conflictos se resolvían siempre por medio de la violencia y que, a cada hecho violento, le correspondía una respuesta igualmente violenta. La historia del hombre era la historia de las guerras y combates, midiendo ganadores y perdedores a través de la fuerza. Incluso muchos de los descubrimientos científicos se habían hecho a partir de instancias bélicas. Toda una historia y miles de años apoyaban la idea de que debía usar aquella arma para responder violentamente a los ataques que estaba recibiendo. Sin embargo él sabía que a fin de cuentas la violencia que le habían enseñado nunca había logrado resolver realmente nada sino generar mayor sufrimiento y dolor. El hecho de que el ser humano siempre se hubiera manejado de esa manera, salvo contados casos, no implicaba que él tuviera que obrar de la misma forma, y mucho menos que, en esta etapa de interacción con un cultura y forma de vida hasta ahora desconocida, hubiera que repetir los mismos errores que habían llevado al hombre a tanto sufrir. Estaba en un punto de inflexión. En sus manos se encontraba la decisión de cómo se escribiría la historia a partir de allí. Respiró profundamente y luego abrió sus ojos nuevamente. Miró a Celeste y volvió nuevamente la mirada a su hostil anfitrión.

—No—dijo sereno—. No somos asesinos, y no somos destructores. No entiendo por qué nos acusan de esto pero no vinimos a lastimar a nadie ni a destruir nada, vinimos a conocerlos y a aprender de su cultura. Si tienen el grado de evolución como para desarrollar la tecnología que los llevó hasta el laboratorio, espero que también tengan el desarrollo mental para ser tolerantes y entender de qué se trata todo esto. Me niego a combatir su violencia con más violencia. Si quieren matarme háganlo pero por favor, déjenlos ir a ellos.

—Eso es todo lo que necesitaba escuchar —dijo el akfundriano con un tono mucho más amable ante la mirada completamente desconcertada de Juan y Celeste.

Automáticamente se desvaneció la multitud de las gradas junto con el griterío y sólo quedaron quienes estaban sobre el escenario. Los guardias arrojaron sus armas y liberaron a Celeste que seguía inmovilizada. Alejandro, desconcertado también, arrojó el arma al suelo. Juan por su lado no estaba tan convencido como él de lo que estaba haciendo y se resistía a desprenderse de su arma.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó nervioso a Alejandro—. ¿Justo que estamos por escaparnos te das por vencido?

—Yo no me estoy dando por vencido —respondió sereno—, pero no hay manera de que resolvamos esto por la fuerza. Ellos nos consideran asesinos y destructores por alguna razón —decía mientras señalaba a los akfundrianos ubicados a su alrededor—. Si vamos a salir de esta no va ser con violencia. Nuestro planeta está al borde del colapso por usar la lógica de que la violencia es la solución a los problemas. ¡Ya basta de eso!

Alejandro no sabía por qué creía cada palabra que decía, sabía que era ilógico en aquella situación reaccionar de esa manera pero aun así, estaba convencido de lo que decía. Juan no lo estaba tanto pero confió en que Alejandro supiera lo que hacía. Celeste corrió a abrazarlo fuerte y sentidamente en cuanto logró reaccionar y asumir que ya no era prisionera. A pesar de su fuerte carácter necesitaba sentirse protegida. Luego lo soltó con cierta vergüenza ya que había sido completamente impulsiva, cosa que raramente era en lo que hacía a demostraciones de afecto, y ahora no sabía cómo disimular su actuar.

En ese momento vieron a Roque acercándose a pie hasta el escenario, aunque no lo distinguieron de los demás akfundrianos hasta que se acercó a ellos y les dijo:

—Les dije que era imprescindible, teníamos que asegurarnos qué clase de humanos eran. No podíamos arriesgarnos. Ahora tranquilos, síganme, salgamos de este lugar.

Todavía confundidos y desconfiados por el súbito cambio de actitud de los akfundrianos pero aliviados al menos por haberse librado de la cama de Seprexión caminaron detrás de Roque ya sin armas apuntándoles.

—¿A dónde vamos? —preguntó Alejandro que seguía siendo el más sereno de los tres.

—Pronto se van a enterar —respondió Roque misteriosamente, lo cual no agradó mucho a ninguno.

—Pero no se preocupen —continuó—, esta etapa ya pasó, ya no es necesaria esta farsa de la violencia.

Sin mucha certeza pero manteniéndose fiel a sus convicciones, Alejandro instó a sus compañeros a seguir a su, ahora nuevamente, amable guía.

Descendieron del escenario y los condujeron a través del campo hacia una salida diferente a la que habían recorrido al ingresar. Esta conducía a una escalera hacia abajo que derivaba en un túnel. Era un recorrido rocoso y escasamente iluminado. Al final de la caminata de unos diez minutos arribaron a una nueva escalera que iba hacia arriba. Ingresaron en lo que parecía la parte trasera de una de las construcciones que habían observado al caminar por la ciudad anteriormente. Era un patio en cuyo centro se ubicaba una escultura del mismo material que las rocas en la cual se distinguía la figura de tres akfundrianos levantando entre todos un asta con una bandera en su extremo. Entraron en la construcción principal a paso lento y silencioso. A lo largo del pasillo de acceso había diferentes entradas a los lados, cada una tallada con una inscripción distinta acompañada por imágenes que parecían complementarlas. Al final del pasillo se desembocaba en un enorme hall circular con una imponente escalera sobre la derecha saliendo del corredor. Los guiaron en el ascenso por la escalera que era ancha y recta al principio pero que, luego de un descanso, comenzaba a ser circular en forma de caracol hacia la izquierda. El final del recorrido los llevó a un corto pasillo más pequeño que el otro con una puerta cerrada.

—Es aquí —les dijo Roque finalmente.

—¿Qué hay acá? —preguntó Alejandro.

En ese momento la puerta se abrió y un akfundriano se asomó y les dijo:

—Pasen, el Norventork los está esperando.

CAPITULO 10

«El Norventork»

Cruzaron el umbral de la puerta entre gestos de desconfianza, particularmente de parte de Juan, que no compartía la decisión que habían tomado aunque por respeto y confianza hacia Alejandro la había aceptado. La puerta se cerró detrás de ellos con un sonido seco y contundente que los sobresaltó. La habitación a la que entraban era dominada por un importante caudal de luz que provenía de grandes ventanas con forma ovalada que cruzaban verticalmente las altas paredes que delimitaban la forma rectangular del recinto. Del techo colgaba una extraña lámpara con forma de rueda acostada que disparaba pequeños haces de luz desde diferentes puntos, distribuidos a lo largo de su circunferencia, hacia un punto central a unos treinta centímetros por debajo de la misma. Desde ahí, los delgados rayos se concentraban en un punto lumínico que no parecía iluminar demasiado en comparación con la intensa luz del exterior. En el centro del salón se ubicaba una mesa redonda rodeada por seis asientos diferenciados. Tres akfundrianos se encontraban sentados en tres sillones que se hallaban en la parte más alejada de la mesa. Sus sillones eran altos e imponentes. Estaban diseñados para contener la contextura física de los seres que allí habitaban. Poseían lugar para descansar la tercera pierna, ya que no podían flexionarla al mismo tiempo que las otras. El respaldo se suspendía a cuarenta centímetros de la base para dar lugar a la visión periférica de sus ojos laterales y, desde este, se desprendían dos largas extensiones que subían y bajaban acompañando la forma de las patas superiores a modo de apoyabrazos.

Uno de los akfundrianos, el que se encontraba en medio de los otros dos, bebió un líquido de una especie de taza cuyos orificios laterales permitían que los tomaran cómodamente con sus patas, lo apoyó sobre la mesa y mirándolos dijo:

—Nosotros somos el Norventork. Por favor, tomen asiento.

Alejandro, Celeste y Juan se sentaron en las restantes tres sillas, que estaban preparadas para cuerpos de la talla humana.

—Supongo que no deben comprender los eventos recientes —continuó—. Como ya les habrá contado Rocklenmbrekstorf, hace mucho tiempo que conocemos su existencia y estudiamos sus culturas preparándonos para cuando éste momento llegase. Lamentablemente, durante los siglos de estudio que tenemos de ustedes, siempre predominan la violencia y la muerte como características de comportamiento a gran escala. No solamente buscan dirimir sus conflictos por este medio sino que también lo utilizan para relacionarse con las otras especies, con su propio medio ambiente y, fundamentalmente, con otras culturas. Presuponen que lo desconocido es agresivo como ustedes y buscan la forma de destruirlo antes que descubrirlo. Sólo un puñado de humanos son capaces de evitar los medios violentos aun en momentos adversos. Es por eso que preparamos toda esta puesta en escena por medio de hologramas y efectos visuales. Necesitábamos comprobar si respondían a la regla general o si pertenecían al reducido grupo de lo que nosotros llamamos «Conectores», que son las personas con la capacidad necesaria para servir de nexo entre nuestros mundos y para lo que viene a partir de aquí.

—¿Y qué hubiera pasado si disparábamos? —interrumpió Juan aún desconfiando.

—Nada realmente. Las armas no disparaban nada. Lo que ustedes veían eran solamente efectos proyectados sobre hologramas que explotaban. Si disparaban hubieran accionado un mecanismo que los habría dejado inconscientes y los habría devuelto a sus cuerpos sin recuerdos de lo sucedido.

—Pero sin embargo a Juan lo estaban colocando en el aparato ese horrible de... ¿Seprexión era? ¿Cómo sabían que Alejandro iba a tomar el arma? —Insistió Celeste en busca de respuestas.

—Las armas fueron dejadas a su alcance a propósito. Era importante saber qué harían en el caso en que la situación estuviese bajo su control.

La cama de Seprexión se dejó de usar hace muchísimo tiempo, la trajimos de uno de nuestros museos y ya no está en funcionamiento. Su único objeto era empujarlos hasta el límite para conocer la verdadera naturaleza de sus espíritus.

—¿Y todo fue un teatro? —preguntó Alejandro—. Quiero decir, ¿Todo lo que dijeron fue para presionarnos o algo de eso era real? Me refiero particularmente a la parte en que nos llamaban «los asesinos y los destructores»

—Lamentablemente eso no era del todo falso —respondió el akfundriano de la izquierda con una voz más profunda y gutural que los demás—. Hasta hace muy poco tiempo su mundo desconocía el nuestro y, en su afán evolutivo hacia el desarrollo tecnológico ligado estrechamente a la carrera armamentista, encontraron una forma de generar energía para múltiples propósitos a partir de la ruptura y división de lo que ustedes denominan «átomo». Este hecho, para ustedes trivial y ordinario, significa la instantánea destrucción de mundos hermanos como el nuestro y la extinción total de millones de especies. Es por eso que se los conoce como «los destructores».

Alejandro se quedó mudo, le costaba creer que, con toda la experiencia y años de preparación, nunca se le hubiera cruzado por la cabeza la posibilidad de estar destruyendo civilizaciones enteras sin siquiera imaginarlo. Con tono preocupado y culpable preguntó:

—¿En todos los átomos hay electrones con formas de vida como la de ustedes?

—No —respondió sumándose a la conversación el akfundriano de la derecha, que tenía una trompa bastante más larga que los otros dos y las patas un tanto más cortas—. Sólo se desarrollan en los sistemas Ixtronpes y Aktronpes o, según su entendimiento, átomos de uranio y plutonio por un lado (los Ixtronpes) y átomos de hidrógeno por otro (los Aktronpes) Nosotros formamos parte de la familia de los Aktronpes, de ahí la denominación de Akfundria, y nos encontramos orbitando alrededor del núcleo de un átomo de hidrógeno

Apenas uno cada ciento sesenta mil millones de átomos de estas características poseen un sistema apto para el desarrollo como el nuestro. Y casi únicamente se da en los átomos pertenecientes a otras formas de vida. Así se puede encontrar el «Wirk 4», que es el elemento distintivo para reconocer los mundos con formas de vida existentes en cada conjunto de «átomos», como ustedes los llaman, en cualquier tipo de

material orgánico. Las únicas excepciones a esta regla se dan en elementos muy particulares como el Plutonio y Uranio que poseen el «Wirk 5» que les permite desarrollarse en ese tipo de ambientes.

—A ver si entendí bien —interrumpió Juan un poco abrumado— ¿Esto significaría entonces que se puede encontrar civilizaciones como la suya en los átomos pertenecientes a animales, vegetales e insectos pero no así en rocas, metales o plásticos?

—Exactamente —respondió el akfundriano del medio—. Salvo por el Uranio y el Plutonio donde se han desarrollado civilizaciones distintas a la nuestra, otra raza, los «Ixtrones».

Alejandro de pronto recordó que en el experimento que lo había llevado a «descubrir» esta civilización entera, había utilizado una manzana en lugar de los objetos inorgánicos que solían utilizar.

—A mi igual no me convence mucho su historia —acotó Celeste que no solía callar lo que pensaba—. Nos obligaron a pasar por momentos horribles y desesperantes y ahora pretenden conformarnos con una breve explicación de una historia muchísimo más larga. Yo no me olvido de que, con o sin amenazas, seguimos estancados acá hasta que ustedes decidan. De alguna manera nos siguen teniendo de prisioneros. Es más, ni siquiera nos dijeron sus nombres ¿Y esperan que confiemos en ustedes? ¿Quiénes son? ¿Por qué estamos acá?

Celeste iba subiendo el tono a medida que hablaba sin importarle el respeto que parecían tenerle los otros akfundrianos a estos tres, ni la autoridad que aparentaban tener. Alejandro se sintió orgulloso de que ella estuviera allí ya que siempre veía y encaraba las cosas de una manera que él nunca había logrado manejar.

—¡Es cierto! —apoyó Juan las preguntas de Celeste.

—Entendemos su ansiedad —habló el akfundriano del medio—. Pero deben comprender que la información es mucha y, si se las dijéramos toda junta, sería imposible de asimilar para ustedes. Deben tener paciencia y la información les será suministrada de a poco.

—Lo mismo dijeron la última vez y terminamos prisioneros en un escenario —comentó Juan por lo bajo mientras miraba por una de las ventanas.

—Nosotros, como ya les dijimos, somos el Norventork. Somos los líderes de las tres tribus akfundrianas. Él es Insterlock, de la tribu Eprensel —dijo el akfundriano del medio señalando al que se encontraba a la derecha—. Él es Lebercont, de la tribu Déstirlart

—continuó señalando al de la izquierda—. Y yo soy Imbronteck, de la tribu Kuarenstolt. Hace muchísimo tiempo nuestros pueblos combatían entre ellos en feroces batallas sin principio ni fin. Hasta que hubo un punto de inflexión donde nos dimos cuenta de que enfrentarnos entre nosotros sólo nos perjudicaba y nos generaba dolor, y que nuestras similitudes eran muchas más que nuestras diferencias. Fue entonces que se formó el Norventork, que es el organismo tripartito que se encarga de resolver los problemas que puedan surgir. Desde ese momento coexistimos en armonía y nos desarrollamos mucho más de lo que podríamos haber hecho por separado.

—Eso responde solamente una parte —Celeste ya mucho más serena y segura seguía cuestionando—. Todavía falta que nos expliquen por qué nos trajeron ante ustedes.

—Todo a su tiempo —respondió Lebercont con su voz profunda — Ahora necesitan distenderse, dado que si bien sus cuerpos reales no están aquí, sus mentes procesan sus necesidades como si estuvieran.

—Es cierto lo que dice Lebercont —comentó Imbronteck—. Deben distenderse y descansar. Hemos preparado un agasajo para ustedes a modo de pedido de disculpas por el mal rato. Mañana continuaremos con nuestra charla.

Luego de decir esto, Imbronteck, Lebercont e Insterlock emitieron un peculiar sonido estridente al mismo tiempo y las puertas se abrieron. Roque ingresó en la sala y se acercó hasta un costado de la mesa.

—Acompañenlo —indicó Insterlock—. Él los guiará hasta la recámara de esparcimiento.

Conociendo un poco más las costumbres akfundrianas, tanto Juan como Alejandro como Celeste sabían que no iban a conseguir más respuestas aunque siguieran preguntando todo el día. Así que, tras una mirada de asentimiento entre los tres, siguieron a Roque a través del edificio. Atravesaron nuevos pasillos similares a los que habían transitado al ingresar y luego llegaron a una enorme puerta tras la cual se escuchaba un murmullo intenso.

—Es aquí —les avisó Roque mientras abría la puerta invitándolos a pasar.

Tras esa entrada los esperaba un enorme salón circular con altas paredes y columnas rocosas pero vistosas. Una centena de akfundrianos los recibía alegremente ofreciéndoles un gran banquete de comidas autóctonas para degustar. Hacia el centro del salón se encontraba un

pequeño escenario con lo que parecía ser un grupo musical. Estaba compuesto por dos akfundrianos que tocaban unos instrumentos que se veían como un conjunto de rocas pequeñas unidas por haces de luz multicolores, otro emitía melodías directamente con su trompa, y los otros dos entonaban un dúo vocal bastante peculiar.

Luego de un rato de escuchar a la banda tocar y de probar varios de los extraños platos que le ofrecían, Alejandro estaba saturado del festejo. Recorrió con su mirada el salón en busca de Celeste hasta que la encontró asomada en el balcón de uno de los tantos ventanales distribuidos alrededor del lugar. En su camino hacia ella debió esquivar al menos a cuatro akfundrianos (o akfundrianas, no lograba distinguirlos aún) que le ofrecían comida y bebida. Al pasar por el costado de una de las columnas pudo ver a Juan conversando animadamente con Roque, sus diferencias parecían haber quedado a un lado por un rato al menos. Llegó finalmente al balcón donde Celeste se encontraba mirando fijamente al paisaje, absorta en sus pensamientos.

—¡Qué día! ¿No? — Alejandro se acercó tímidamente.

Celeste tardó unos segundos en percatarse de que le estaban hablando.

—¡Ah! Si... discúlpame, no me di cuenta que habías venido —dijo con un matiz de vergüenza mientras se acomodaba el pelo con sus manos.

El día complicado le había dejado un gesto importante de cansancio marcas rojizas en la ropa por lo ocurrido en el estadio, sin embargo Alejandro la veía hermosa. Ella llevaba el pelo atado pero un par de mechones caían a ambos lados de su rostro, proporcionándole un marco que, según la opinión de Alejandro, rozaba la perfección.

—Ya no me da la cabeza para seguir pensando en todo esto —retomó ella la conversación.

—Sí, me cuesta reconocerlo después de la manera en que nos trataron pero tenían razón con el hecho de que necesitábamos descansar — Alejandro llenaba el vacío con palabras pero en su mente eran otras las que quería pronunciar.

—¿Viste que noche más rara? —comentó Celeste señalando el cielo que, a pesar de ser de noche, debido al intenso brillo del núcleo no llegaba a estar completamente oscuro sino que alcanzaba apenas una penumbra que permitía la visión del entorno sin problemas.

—Hay algo que quería decirte —dijo él tragando saliva y sintiendo cómo su corazón se aceleraba.

—Yo...

Sentía las manos sudadas por los nervios

—Yo me siento orgulloso de que estés acá conmigo, quiero decir, me alegra que tengamos la oportunidad de compartir semejante suceso —dijo finalmente.

Sin decir mucho, sentía al menos como si se liberara un poco de la presión que llevaba acumulada en el pecho.

Ella lo miró tratando de interpretar su tartamudeo y, como si pudiera leer en sus ojos, cambió el gesto y se acercó un poco más cerca de él.

—Yo también estoy contenta de que estemos los dos acá después de tanto tiempo trabajando juntos —le dijo ella.

—¿Eso era todo lo que me querías decir? —continuó y se acercó un poco más a él.

Alejandro se sintió sorprendido por la pregunta y su corazón comenzó a latir cada vez más de prisa al tiempo que sus manos transpiraban sin control

—Yo...eh...no...—empezó a tartamudear de nuevo—. En realidad hay algo más que quiero decirte...

La garganta se le hacía un nudo mientras tomaba coraje para decirle lo que sentía

—¿Y qué es eso que me quieres decir? —lo apuró ella al ver su indecisión.

—Yo te quería decir que...

—Vengan que nos llaman —los interrumpió Juan—, están cerrando la fiesta y nos van a llevar a nuestras habitaciones.

Alejandro sintió cómo el momento se derrumbaba y le dio bronca la interrupción aunque se sintió un poco aliviado por haberse librado de la situación de tensión que lo hubiera dejado completamente expuesto y listo para el rechazo. Celeste a pesar del llamado de Juan se quedó parada donde estaba sin dar señales de querer irse y mirándolo fijo. El sin embargo tomó la opción cobarde y decidió evitar la situación haciéndole caso a Juan.

—Vamos que nos están llamando —le dijo a ella que lo miró con un gesto que mezclaba impaciencia y decepción.

Los tres se unieron al resto de la multitud que luego de algunos saludos se dispersó. Roque los guió hacia tres habitaciones distintas preparadas para alojar a casa (cada) uno de ellos. Se despidieron como cada día en el laboratorio y se introdujeron uno a uno en sus lugares.

Alejandro cerró la puerta y se sentó sobre la cama tomándose la cabeza y preguntándose una y otra vez por qué había dejado pasar aquel momento.

CAPITULO 11

«El Corredor»

El zumbido de un insecto revoloteando cerca de su oído despertó a Alejandro. Se había quedado dormido sobre aquella mullida cama que era demasiado grande para una persona. Se hacía evidente que habían improvisado el lugar de descanso para un ser humano sin experiencia previa. La habitación tenía grandes ventanales como casi todas las otras habitaciones que había visto en ese lugar. La situación de la noche anterior lo había sacado completamente de contexto, no conseguía dejar de pensar en eso y de sentirse un cobarde por haber escogido la salida más fácil en lugar de decir lo que hacía tanto tiempo llevaba guardado. Sabía que habiendo dejado pasar aquella oportunidad, probablemente, no volviera a presentársele otra tan propicia. Además a esta altura Celeste debía estar pensando que él era un idiota y ya se habría arrepentido de lo que fuera que hubiese llegado a considerar respecto a él. Si bien se sentía entusiasmado por haber sentido una conexión con ella que nunca antes había aflorado, al menos de parte de Celeste, la vergüenza que le había causado su torpe accionar hacía que se boicoteara a sí mismo convenciéndose de que ya no tenía oportunidad y que el momento ya había pasado.

Un fuerte ruido como un chillido lo sobresaltó y lo trajo nuevamente a la realidad. Levantándose, miró por la ventana y vio un animal volador que planeaba suavemente por el cielo akfundriano. Quiso ver más detenidamente a aquel extraño ejemplar pero éste se alejó velozmente hacia las alturas hasta convertirse progresivamente en un lejano punto en el firmamento. Alejandro pensó que era un buen momento para

salir de su habitación e investigar qué ocurría en ese lugar. Salió sigilosamente intentando no llamar la atención. El pasillo estaba desierto. Observó hacia ambos lados, escuchó un ruido de movimiento a lo lejos hacia la derecha y decidió ir hacia la izquierda. El final del pasillo era dominado por un cuadro en relieve donde se dibujaba la figura de una de las criaturas con forma de búmeran que había visto entrando y saliendo del rojizo mar en la costa donde llegaron. El pasillo continuaba hacia la derecha, unos pasos más allá, un pequeño hall precedía el comienzo de un corredor curvo que partía en diagonal hacia la izquierda. Alejandro comenzó a recorrerlo sin saber exactamente donde se dirigía. De repente comenzó a escuchar voces, aminoró el paso y siguió avanzando cuidadosamente. El corredor era blanco, tanto las paredes como el piso. Todo parecía estar cubierto de una gruesa capa de mármol o algún material similar y prácticamente no presentaba ninguna decoración. A medida que los cuidadosos pasos de Alejandro avanzaban, las voces comenzaban a tomar un leve matiz de claridad, como una radio desintonizada que poco a poco comienza a encontrar la frecuencia adecuada. Concentrado en identificar lo que escuchaba, no se percató de que el piso tenía un pequeño desnivel en forma de escalón a sólo dos pasos de donde se encontraba. El prácticamente invisible escalón hacia abajo lo hizo tropezar generando un fuerte ruido que, muy a su pesar, delataba su posición. Las voces cesaron automáticamente luego del estruendo. Alejandro se quedó paralizado y tratando de mimetizarse con el blanco del corredor, aunque sin conseguirlo. Unos segundos después, las voces retomaron su nivel anterior. Pudo sentir cómo el alma le volvía al cuerpo y dando un suspiro profundo continuó con su sigiloso andar. La situación no dejaba de recordarle a sus épocas de niño cuando jugaba a los detectives con su primo Javier. Una vez, fuera de la vista de sus padres, se habían colado por la ventana rota de una fábrica abandonada para investigar los misterios que encerraba la conocida como «La Fábrica embrujada», nombre que los chicos del barrio le habían asignado debido a un sinnúmero de historias y leyendas que se contaban respecto al misterioso y oscuro edificio. La fábrica de los hermanos Ramírez había sido una vez una importante productora de hornos y cocinas. Había dado trabajo en su momento a más de trescientos empleados hasta que una de las tantas crisis económicas que atravesó el país la llevó a la banca rota. Con mucho dolor los Ramírez, endeudados hasta la eternidad y sin más recursos para hacerle

frente a sus obligaciones, vieron cómo el banco les arrebató la fábrica dejando en la calle a todos y cada uno de los trabajadores. Luego de varias acciones legales de los hermanos intentando retener el edificio, la causa había ido a derivar en un interminable y agotador juicio cuyo inexistente desenlace había convertido a la fábrica en el edificio abandonado hacía casi diez años que era en ese momento ya que, ni el banco ni sus antiguos dueños, habían logrado ganar la batalla por los derechos sobre el mismo.

Alejandro y su primo se habían lanzado en esa expedición por iniciativa de este último. Javier era un año mayor que él y usualmente lo convencía de hacer ciertas cosas que, por su forma de ser, hubiera dudado mucho en hacer. Este era uno de esos casos. Alejandro, dubitativo pero curioso, no hacía mucho esfuerzo en contradecir las iniciativas de Javier. Se metieron por la ventana con cuidado para no cortarse con los filosos vidrios rotos que decoraban el borde del marco como estalactitas. Saltaron desde allí cayendo los casi dos metros de altura que había hasta el piso. Previamente habían divisado unos cajones y mesas de trabajo dispersas por el interior que les servirían luego para escalar hacia el exterior nuevamente. El ruido de sus zapatillas al golpear el polvoriento suelo de la fábrica disparó un profundo eco a lo largo del salón. Alejandro resbaló al caer y se raspó levemente una de sus rodillas.

—¿Estás bien? —le había preguntado Javier que a pesar de su escasa diferencia de edad se sentía el mayor y por tanto responsable del bienestar de su primo.

—Sí, sí, no pasó nada —respondió el pequeño Alejandro demostrando menos dolor del que en realidad sentía para hacerse el fuerte frente a Javier.

Alejandro tomó la mano de Javier que lo ayudó a incorporarse, comenzaron a recorrer el lugar con una mezcla de temor y curiosidad. Las paredes eran frías e inexpresivas. Los rincones cubiertos de telas de araña le daban un marco inquietante. Lo primero que hicieron antes de adentrarse más fue preparar la improvisada escalera apilando los cajones para poder escapar en caso de cualquier eventualidad. Javier sacó de su bolsillo una pequeña linterna que había tomado de la caja de herramientas de su padre, la encendió y tomó la delantera haciendo señas a Alejandro para que lo siguiera. El lugar estaba lleno de antiguas maquinarias que, con el paso de los años, habían ido siendo desarmadas

por las diferentes personas que lograban introducirse dentro de la vieja construcción. Retazos de metal cubiertos de polvo dormían sobre el suelo y algunas mesas. Una primitiva máquina de fichar se mantenía impassible contra el lado derecho de la entrada principal. Alejandro estaba inquieto. Cada dos pasos se detenía y miraba hacia atrás para controlar que ninguna persona o monstruo lo estuviera asechando.

—Es por acá —le dijo Javier señalándole con la luz de la linterna una escalera que conducía a un entrepiso con una oscura oficina.

Alejandro dudó un momento y luego avanzó detrás de su primo. Una de las historias que se contaban decía que en aquel lugar habitaba un duende que, si se lo visitaba con cuidado y respetuosamente, era capaz de conceder tres deseos. Pero si, por el contrario, se lo sobresaltaba o asustaba con algún ruido, convertía a la persona en piedra dejándola allí para siempre. Ellos iban decididos a investigar y a develar el misterio. Subieron cautelosamente por la escalera metálica procurando hacer la menor cantidad de ruido posible. Abrieron la puerta que se encontraba sin llave y se asomaron. La oficina se encontraba completamente a oscuras. Javier alumbró con su linterna hacia el fondo de la habitación descuidando por un segundo el camino, esto provocó que Alejandro tropezara con un pequeño desnivel del piso provocando un estruendo. Ambos niños entraron en pánico por el temor al ataque del duende. Apresuradamente quisieron salir y se chocaron entre ellos. La linterna fue a dar al piso rebotando e iluminando el techo por un instante. Un murciélago que dormía colgando de un caño cercano al cielo raso salió volando hacia ellos provocándoles el susto más grande de sus cortas vidas. Salieron torpemente de la oficina bajando a los tropiezos por la escalera. Por medio de una pirueta que su agilidad de niño le permitió, logró evitar darse un gran golpe contra la baranda. Corrieron despavoridos y treparon hacia la ventana para luego correr hasta cansarse a unas dos cuerdas de allí. Con el tiempo la anécdota había ido pasando reunión tras reunión y siempre reían al recordarla.

Alejandro sonrió melancólicamente al recordarla nuevamente. Esta situación no era tan parecida después de todo, pensó.

El blanco corredor parecía no tener fin. Continuó avanzando unos pasos más procurando no volver a tropezar y atento a la superficie sobre la cual caminaba.

—¿Qué haces Ale? Veo que ya te levantaste —la entusiasta voz de Juan que le hablaba mientras le ponía la mano en el hombro había

tomado por sorpresa a Alejandro que, dando un respingo, se volteó rápidamente hacia él sobresaltado.

—¿Qué haces? ¿Me querés matar de un susto? —lo increpó al tiempo que intentaba recuperar la compostura.

—¿Qué te pasa? ¿Te levantaste de mal humor? —Juan le hablaba como si estuvieran de vacaciones hospedándose en algún hotel.

Alejandro miró a un lado y al otro cautelosamente antes de responderle. No quería levantar la voz ni llamar la atención.

—Estaba yendo por acá porque escuché unas voces —le explicó en un susurro.

—Sí, claro —le respondió Juan como si fuera lo más natural del mundo—. Allá estamos desayunando, yo recién estuve ahí. Vení, vamos que Celeste ya está allá.

El nombre de Celeste disparó nuevamente los pensamientos que lo habían atormentado toda la noche, ahora sumados a la sensación de haber quedado en ridículo ya que había imaginado una gran teoría conspirativa que en realidad sólo era un salón de desayuno. Afortunadamente Juan no parecía haberse percatado de eso.

—¿Y? ¿Venís? —le insistió desde unos pasos más allá, donde se había detenido a esperarlo.

—Sí, vamos —dijo finalmente y avanzó a la par de Juan hacia el final del corredor.

El final del camino desembocaba en una pequeña recámara que tenía salida a un amplio balcón donde se encontraba una mesa redonda. La luz del exterior ya no era rojiza sino blanca con un leve tono azulado. Esto se debía, como se enteraría más tarde, a la cara del núcleo que ocupaba con mayor preponderancia el cielo akfundriano.

Sentados a la mesa conversaban amigablemente Roque y Celeste, cada uno en una silla apropiada para sus fisonomías.

—Buen día, vengan, siéntense por favor.

Roque saludó amablemente y los invitó a sentarse con un ademán de sus patas superiores, acompañado de un movimiento de la trompa que les señalaba sus asientos. Alejandro continuó acercándose hacia la mesa manteniendo tímidamente la mirada en el piso. Intentaba por todos los medios evitar el contacto visual con Celeste.

—Buen día. ¿Cómo están? —respondió con la mirada apuntando a ningún lugar en particular.

—Bien, fue una noche tranquila —Celeste contestaba clavándole

los ojos a Alejandro, conociéndolo y sabiendo que la estaba evitando.

Alejandro hizo de cuenta que nada pasaba y se dedicó a mirar el paisaje de la ciudad que desde ese balcón tenía una vista privilegiada. Roque se excusó un momento y se retiró hacia el interior del edificio, se hizo un silencio incómodo.

—¿Saben qué me gustaría construir algún día? —comentó Juan notando lo tenso del ambiente y tratando de remar a través de la incomodidad hacia un puerto más agradable.

—¿Qué? —contestó Alejandro que sentía como si le hubieran arrojado un salvavidas para salir de aquella situación.

—Una «Helicasa» —con sus manos hizo un gesto como si desplegara un cartel delante de sus ojos y pudiera ver lo que estaba nombrando.

—¿Una heli qué? —Celeste tenía la sensación de que Juan estaba hablando en broma como muchas veces hacía pero al ver su gesto serio se dio cuenta de que no era un chiste y reformuló con tono más amable—. ¿Qué sería eso?

—La misma palabra te lo dice —explicó Juan con entusiasmo y poniéndose de pie como quien va a exponer un importante trabajo—. Vieron que hay gente que viaja y modifica sus vehículos para hacerlos habitables, como camionetas, o arrastra complementos como casas rodantes, ¿No?

Los dos asintieron con la cabeza intentando ver hacia donde iba con eso.

—Y vieron que hay gente que navega y luego amarra en el puerto y vive en sus barcos, ¿Es verdad?

Volvieron a asentir ya viendo a dónde apuntaba.

—Bueno, lo que yo quiero construir es una «Helicasa», es decir, un helicóptero-casa — Juan dejó un segundo de silencio para que los demás se maravillasen con su idea y luego continuó—. ¿Lo imaginan? De esa manera uno podría viajar sin problemas prácticamente a cualquier destino, sin preocuparse por las condiciones del camino o lo inaccesible que parezca. Simplemente volaría hasta el primer claro que encuentre y estacionaría allí mi Helicasa quedándome a pasar tanto tiempo como quiera. Montañas, lagos, playas, ríos, todo al alcance de la mano. Solamente habría que equiparse bien hasta lograr reabastecerse en algún lado.

Alejandro esbozó una sonrisa mientras pensaba que no era tan mala idea después de todo, al menos era interesante de imaginar.

—¿Y con el combustible cómo harías? —Preguntó Celeste pensando en voz alta mientras se ataba el pelo con un gancho.

—Bueno, esa es la parte más difícil —reconoció Juan disminuyendo un poco su entusiasmo inicial—. Mi idea es diseñar un sistema de generación de energía que sea limpio y que me permita tener autonomía ilimitada. Tal vez si algún día tenemos éxito con el proyecto que estamos trabajando lo pueda aplicar a esto también —bromeó entre risas.

Este comentario sin embargo no pudo dejar de traer a la mente de los tres el hecho de que sus cuerpos reales seguían en el laboratorio y que cualquier cambio en las condiciones los podía llegar a afectar para siempre. No lo comentaron pero los tres tuvieron una amarga sensación en la boca del estómago al pensar en ello. Se quedaron unos segundos en silencio hasta que Roque apareció nuevamente. Si bien ya habían visto una importante cantidad de akfundrianos en el tiempo que llevaban allí, aún les costaba acostumbrarse a la, para ellos, extraña apariencia de estos seres.

No había llegado a la mesa todavía, cuando Celeste lo enfrentó sin rodeos.

—¿Qué pasa con nuestros cuerpos, los que siguen en el laboratorio? —lo interrogó—. ¿Cómo sabemos que están bien?

La pregunta tomó a Roque por sorpresa debido a lo repentino de la misma.

—Sus cuerpos están bien —respondió con tono serio mientras se acomodaba en su asiento—. Los estamos controlando mediante aparatos de monitoreo especializados. Pero deben comer. A pesar de que sólo sean proyecciones corpóreas es necesario, a fin de mantener firme y saludable la conexión con sus cuerpos reales, que satisfagan todas las necesidades físicas que sus mentes les indican. Esto se debe a que aunque realmente en su mundo no haya pasado mucho tiempo, para ustedes ha pasado más de un día y si no estimulan a su mente a comportarse como ella procesa, podrían crear un conflicto en sus relojes biológicos que podría poner en riesgo la conexión principal. Así es que, coman por favor, es por su bien.

Las palabras de Roque no los dejaban mucho más tranquilos pero los hacía tomar conciencia de los cuidados que debían tener. Continuaron bebiendo de unas grandes tazas que tenían enfrente un líquido que los akfundrianos habían desarrollado en sus laboratorios y que pretendía imitar el sabor y la consistencia de un café con leche.

Acompañando esto había en el centro de la mesa una gran bandeja con tostadas hechas a partir de pan amasado con un similar a la harina de trigo, aunque su resultado final era bastante diferente de lo que querían lograr. Por último, unos recipientes con dulces rodeaban la bandeja central con las tostadas.

Comieron sin mucho entusiasmo mientras observaban la ciudad. La nueva tonalidad en la luz emanada por el núcleo le daba un brillo completamente diferente a las construcciones del lugar.

—¿Cómo se llama esta ciudad? —preguntó Juan al darse cuenta de que nadie se los había dicho.

—Merclomp —respondió Roque—. Es una de las ciudades más antiguas de la nueva Akfundria.

—¿Qué quiere decir eso?

—Antiguamente nos organizábamos en ciudades como ustedes sin tener consideración por el entorno. Pero luego del comienzo de la nueva era, comenzamos a asentarnos en locaciones donde afectemos al ecosistema lo menos posible. Ya que disponíamos de la tecnología para subsistir, no era necesario irrumpir y desplazar a las otras especies sino que podíamos coexistir en armonía con ellas.

Alejandro lo escuchaba con atención, no podía dejar de recordar al oír eso un cuento que había encontrado una vez en la casa de su primo. Alguien le había regalado a Joaquín, su sobrino, un pequeño libro de cuentos ilustrado en el que el protagonista era una topadora. La topadora abría caminos a través del bosque tirando los árboles y destruyendo todo a su paso. Los animales del bosque, según el libro, festejaban contentos el paso de la topadora y la saludaban alegremente mientras esta aplastaba sin dudar todo el ecosistema que los albergaba y que, hasta ese momento, funcionaba perfectamente para todos. Alejandro recordaba lo indignado que se había sentido al leer eso y cómo había ido a mostrárselo a Javier cuestionándole cómo podía dejar que su hijo crezca aprendiendo esas cosas como verdades y asumiéndolo como algo natural y normal. Javier no había dado mayor importancia al contenido del cuento y no lo hizo tampoco después del comentario de su primo. Se excusó diciendo que con el trabajo y las obligaciones no había demasiado tiempo para prestar atención a esas cosas y lo instó a que se ocupe él de revisarlo si quería.

Alejandro se sintió triste al notar lo lejos que estábamos de aquel entendimiento akfundriano. Bebió el último sorbo del intento de café

con leche que le quedaba y miró a sus compañeros que ya habían terminado.

—¿Y ahora qué hacemos? —dijo aprovechando que el momento de mayor incomodidad con Celeste había pasado y tratando de mantenerse lo más lejos posible de ese tema.

—Si ya todos terminaron vamos a proceder a hacer un recorrido por la ciudad —afirmó Roque esperando confirmación de los demás.

—Pues bien entonces —continuó luego del silencio de los demás indicando que habían terminado—, partiremos enseguida.

Colocó el extremo de una de sus patas de hormiga en un pequeño orificio en la mesa que había pasado desapercibido.

—Cuidado —advirtió—. No toquen la mesa por un momento.

La superficie de la mesa pasó de su estado sólido a una consistencia gelatinosa que hizo que todo lo que se encontraba apoyado sobre ella se hundiera hasta desaparecer y luego volvió a tomar la dureza y solidez que tenía originalmente. Los tres se quedaron perplejos.

—Listo, ¡vamos! —los invitó Roque levantándose de su asiento.

—Pero... ¿Qué...? —intentó preguntar Juan pero Roque adivinando la pregunta y siendo una explicación muy extensa lo interrumpió.

—Después les explico cómo funciona esto, ahora vamos que nos están esperando.

CAPITULO 12

«Milton»

La almohada había variado de posición incontables veces, las sabanas cada vez se sentían más ásperas, como una lija sobre la piel. El pequeño televisor que se sostenía sobre un estante amurado a lo alto de la pared repetía una y otra vez lo mismo. En tan sólo dos días de reposo en la habitación contigua a la enfermería, el profesor Milton había aprendido todos los chismes del espectáculo, sabía quien estaba peleando con quién, qué vedette intentaba robarle cartel a su compañera de elenco, cuáles eran las separaciones más escandalosas y todas las novedades de Reality Show de moda. Conocía todos los resultados deportivos y todos los hechos de violencia mezclados con banalidades que le ofrecían los canales de noticias. Para un hombre de ciencia como él, esas altas dosis televisivas se convertían en dardos envenenados amenazando con atrofiar sus neuronas. A pesar de que el Dr. Suarez insistía en que por precaución se quedara en observación entre uno y dos días más, Milton se sentía bien, ya los síntomas de aturdimiento e inestabilidad que había tenido en un principio se habían ido. Se sentía molesto y fastidioso, quería regresar a su casa y ver nuevamente a su mujer luego de dos semanas. Norma era profesora de secundario había aprovechado parte de sus vacaciones de verano que tenía pendientes para ir unos días a visitar a sus hijos, Andrés y Pablo, que vivían en Buenos Aires. Milton había decidido no contarle lo sucedido para no arruinarle el tiempo que le quedaba para pasar con ellos. Sabía además que Norma estaba volviendo esa misma tarde a las dieciocho treinta en el vuelo 775 de Aerolíneas Argentinas. Especulaba con recuperarse lo suficientemente

rápido como para poder ir a buscarla al aeropuerto y no hacerla preocupar. El día anterior, en cuanto se había sentido mejor, la había llamado para hablar un poco con ella y con sus hijos y de paso evitar que sea ella quien llame a la casa y no lo encuentre. El Dr. Suarez le había dicho que al mediodía le haría una chequeo para ver en qué condiciones estaba pero que no se entusiasme porque en realidad debería quedarse. Milton no concordaba con la opinión del médico en este caso y esperaba la primera oportunidad para poder salir de allí. Él y Norma habían pasado momentos complicados en su relación como pareja hacía algún tiempo, habían estado incluso al borde del divorcio pero llegado el momento decisivo ninguno pudo hacerlo. En el fondo sus semejanzas eran mucho más poderosas que sus diferencias, estas eran superficiales y poco trascendentes. El problema era que, a través de los años, todas esas pequeñeces los habían ido saturando hasta llegar al punto de hartazgo.

—¡Ya no te soporto más!—Había llegado a decirle ella a los gritos cuando por decimo novena vez en el mes él había dejado tirado un pantalón sobre una de las sillas del living.

—Mirá Norma, la verdad es que estoy harto de que me grites todo el tiempo. Trabajo todo el día y cuando vuelvo a casa lo único que me encuentro son tus gritos.

Las palabras de Milton iban dibujando un gesto furioso en el rostro de Norma que apretaba los dientes indignada.

—¿Me estás cargando?! — Su voz casi temblaba de la ira — ¡Yo también me la paso trabajando y encima después tengo que venir acá a acomodar todo lo que vos dejás tirado! ¿Y vos pretendés ponerte en el lugar de víctima porque te pido una y otra vez que no dejes todo por cualquier lado? Por favor... ahora resulta que pedirte un poco de colaboración es demasiado para un científico, ¿No?

Milton apretaba los puños con fuerza e intentaba contar hasta diez para aguantar la bronca que tenía. El ceño fruncido y los ojos penetrantes inyectados en sangre le daban un aspecto que sus compañeros de trabajo nunca habían visto.

—Ya te dije mil veces que si dejas las cosas tiradas es porque vos ocupás todo el placar con tu ropa y tengo que estar quince minutos buscando una percha para poder colgar mi camisa, así que no me queda más remedio que dejarla sobre la silla o sobre el mueble. Si me escucharas cada tanto en vez de gritarme automáticamente por ahí nos evitarías un disgusto.

—Claaaaro... ahora resulta que es culpa mía. Como siempre, en vez de hacerte cargo de las idioteces que hacés, te desligás del tema y me tirás con la culpa a mí. Así es fácil... pero cuando yo te digo que compres más perchas para poder colgar todo no lo hacés, siempre tengo que ir yo. Y si yo no voy no movés un dedo. Me parece que sos vos el que no me escucha...

—¡Yo te escucho pero lo único que oigo son gritos, gritos por una cosa, gritos por la otra, todo es una queja para vos!

—¿Para mí? Para vos todo es una queja, no se te puede decir nada que ya reaccionas con mal humor y fastidio.

—¡Yo con mal humor! ¡Vos me ponés de mal humor!

—¿Ves? Otra vez echándome la culpa. ¡Por qué no te vas a la mierda!

—¿Sabés qué? Te voy a hacer caso ¡Me voy a la mierda! ¿Contenta?

Milton había agarrado su abrigo, su billetera y las llaves de su auto y había salido dando un portazo que hizo temblar los portarretratos de sus hijos de pequeños que reposaban sobre un mueble al lado de la puerta. Norma se quedó de pie unos minutos con la mirada clavada en la puerta masticando rabia e impotencia hasta que de pronto rompió en llanto desconsolada y cayó de rodillas sobre la alfombra del living.

Milton pasó la noche en un hotel del centro de Bariloche. El lugar estaba lleno de turistas entusiastas festejando sus vacaciones alegremente. Él pasó entre medio de todos ellos haciendo un gran esfuerzo por no volcar su bronca con cualquier extraño que se le cruzara.

—Dame una habitación simple por favor — Había pedido en la recepción.

—¿Por cuántos días se va a alojar? — Le preguntó la recepcionista.

—No lo sé, empecemos por una noche — Le dijo sin saber cuánto se extendería su estadía allí o qué pasaría en adelante.

Fueron cuatro días que Milton estuvo en aquel hotel, cuatro días incomunicados con Norma. Durante ese tiempo fue a trabajar con la misma ropa todos los días pero al llevar encima el guardapolvo nadie lo había notado. Únicamente Juan le había preguntado si le pasaba algo por su extraño estado de ánimo pero al ver la cara amenazadora de Milton supo que no era un tema que quisiera conversar con él así que lo dejó pasar y no volvió a preguntarle.

Por las noches se recostaba en la cama y hacía zapping hasta altas horas de la noche recorriendo una y otra vez la grilla completa de canales. Al mismo tiempo que su pulgar presionaba compulsivamente

los botones del control remoto, su cabeza estaba muy lejos de prestar atención a la televisión o al hotel en el que se hallaba. Estaba enojado y resentido por la discusión que habían tenido. El sólo hecho de recordar algunos pasajes de la pelea le hacía crecer la bronca y presionar con más fuerza los botones, como si en ellos pudiera descargar su angustia. Con el correr de los días la bronca fue pasando y dio lugar a una sensación de vacío y tristeza. No entendía cómo habían llegado a eso, ¿Qué había sido de aquella joven pareja llena de proyectos que una vez habían sido? Fue en ese momento cuando comenzó a recordar, a través de un recorrido de sus años juntos, qué era lo que los unía, qué era lo que lo hacía elegirla a ella una y otra vez. Y recordó las veces que ella lo había apoyado en importantes proyectos en los que él creía aun cuando la mayoría le daban la espalda o lo trataban de persuadir de lo contrario. Recordó también pequeños momentos en que respuestas o actitudes de ella ante situaciones de la vida cotidiana o, a veces, en situaciones más serias, lo habían deslumbrado y generado admiración. A su mente venían conversaciones filosóficas que habían tenido y que nunca había logrado tener con nadie más que con ella, al menos a ese nivel de entendimiento. Su cabeza comenzaba a plagarse de recuerdos que, a través de los años, habían construido una pareja sólida y unida. La misma pareja que hoy se veía amenazada por problemas de perchas y orden doméstico. «No puede ser...» pensó Milton suspirando

Luego de esos interminables días, una noche, Milton volvió a su casa. Norma estaba sentada a la mesa tomando un té con los ojos rojos y grandes ojeras que denotaban que había estado llorando bastante últimamente.

—Tenemos que hablar — Le dijo él con tono calmo y conciliador.

—Sentate — Le dijo ella corriendo una de la silla para que se sentase.

Fue recién al llegar a ese punto, hacía apenas unos cuantos de meses, cuando se habían redescubierto y habían comenzado una nueva etapa como pareja con mayor madurez y disfrutando más de su vida juntos.

Milton contaba los minutos y miraba cómo avanzaban lentamente los segundos en su reloj. Faltaban diez minutos para las once de la mañana y estaba impaciente. Esperaba que cuando el Dr. Suarez le había dicho que iba a ir a verlo al mediodía se refiriera a no más de las doce del mediodía. Ya le había pasado de arreglar con un colega un encuentro para almorzar al mediodía, presentarse a las doce, y que su colega no llegara hasta la una porque para él ese era el mediodía.

Quería que llegara la hora de una vez, convencerlo de que le de el alta y poder salir a tiempo para pasar por el laboratorio primero, para ver qué más habían descubierto sus compañeros, y luego llegar a buscar a Norma al aeropuerto. Lo que le habían contado Alejandro y Celeste le rondaba por la cabeza una y otra vez. Cansado hasta el hastío había apagado la televisión y se había sentado en la cama de cara hacia la ventana con la mirada perdida. Sintió una pequeña vibración en la habitación que lo hizo desconcentrar de lo que estaba pensando. Se levantó de la cama y se acercó a la ventana para ver cuál era el camión que se había estacionado frente a la ventana y que hacía vibrar todo, ya estaba preparado para gritarle algo al camionero para que se fuera a otro lado o detuviera el motor al menos, su paciencia era muy escasa en ese momento. Sin embargo al asomarse a la ventana no vio ningún camión, en realidad, no vio nada extraño en los alrededores que pudiera provocar eso. Los pocos autos del estacionamiento estaban parados y no había nadie en ellos. Supuso entonces que lo que estuviera generando aquella vibración debía de estar del otro lado del edificio, tal vez alguna clase de maquinaria vial. Tomó el teléfono que había junto a la cama para llamar a la recepción y preguntar qué era aquello y si podían pedirles que se detengan pero al levantar el tubo sólo escuchó un extraño sonido parecido a canto de una ballena. Colgó el teléfono furioso asumiendo que las obras habrían interferido con la conexión telefónica. Se levantó nuevamente, decidido a salir de allí e investigar él mismo qué era lo que sucedía y, cuando se disponía hacia la puerta, tuvo una sensación muy extraña. Sintió como si de repente hubiera bajado varios kilos de peso. Se detuvo inmediatamente y se observó las manos y el cuerpo en busca de alguna explicación. En ese momento la vibración empezó a tornarse más fuerte, la cama empezaba a temblar, las ventanas golpeaban contra sus guías, la lámpara oscilaba como un péndulo colgando el techo. Luego se tornó aún más fuerte con características de un terremoto. Las paredes comenzaron a resquebrajarse, la habitación era una trampa mortal amenazando con desplomarse sobre Milton que ahora se encontraba realmente asustado. El velador de la mesa de luz cayó al piso rompiéndose, la estructura de hierro que sostenía el televisor se comenzó a desprender de la pared mientras Milton se corría de su camino para que no cayera sobre su cabeza. Al moverse sintió incluso con mayor intensidad esa sensación de liviandad en su cuerpo, le costó desplazarse unos metros pero en ese momento únicamente le importaba

el temblor que no paraba de sacudir todo. Llegó a correrse justo a tiempo cuando la estructura de hierro cedió y el televisor comenzó su caída hacia el suelo. Milton miró para el otro lado y cerró los ojos para que el estallido de la pantalla no hiciera que pequeños trozos de ella se incrustaran en sus pupilas. Cubrió su cabeza con sus brazos para mayor seguridad mientras intentaba mantenerse en pie pero el golpe nunca llegó. Esperó unos segundos y aun así, no había golpe. De pronto el temblor cesó. Desconfiado corrió sus brazos de su cara para ver que el televisor, en vez de haber impactado contra el piso, se encontraba flotando a medio metro de él. Y esa no fue su mayor sorpresa, él mismo se encontraba a medio metro del suelo, y también todas y cada una de las cosas que había en la habitación. Todo se encontraba suspendido en el aire como si la gravedad ya no tuviera efectos sobre ellos. Asustado y maravillado miró por la ventana y vio que los autos también estaban en el aire. Durante unos segundos se mantuvieron suspendidos hasta que, sin poder evitarlo, comenzaron a ascender más, un metro, dos metros, Milton y el resto de las cosas que había a su alrededor se encontraban al borde del techo. Aterrado intentó aferrarse al cielo raso como si pudiera protegerse con él pero luego de unos segundos la gravedad regresó y todo aquello recuperó su peso y cayó golpeando duramente contra la tierra y provocando un estruendo ensordecedor. Los autos quedaron aplastados por su propio peso cayendo sobre ellos y con todos los vidrios rotos y las alarmas sonando. El televisor finalmente terminó su recorrido y se estrelló contra las cerámicas del piso disparando fragmentos de pantalla en todas direcciones. La cama cayó violentamente dejando una rajadura en el vidrio de la ventana por un golpe con una de sus patas en su camino hacia abajo. Milton tuvo el reflejo de estirar la mano y agarrarse de la lámpara que volvía a colgar del techo en cuanto sintió la fuerza gravitatoria tirándolo hacia abajo. Se sujetó como pudo pero su peso era demasiado y arrancó la lámpara de los tornillos que la sostenían. El balanceo que le proveyó la variación en el impulso fue apenas suficiente para cambiar unos centímetros su trayectoria y evitar que su cabeza golpee directamente contra el suelo. Cayó perpendicularmente a la cama impactando con su torso sobre el colchón y sus piernas contra el suelo una fracción de segundo después. Sus rodillas se golpearon fuertemente contra el costado de la cama. Dolorido y descolocado permaneció unos segundos tal y como cayó, un poco por el dolor, y otro poco a la espera de comprobar que todo

hubiera vuelto a la normalidad y no hubiera más temblores ni variaciones de gravedad. Luego de unos momentos se levantó con dificultad y se sentó en la cama tomándose la rodilla y contemplando el panorama. Todo a su alrededor parecía haberse roto o golpeado muy duramente, aquello no tenía sentido. Su cerebro científico buscaba explicaciones racionales y no las encontraba. Se frotó los ojos y suspiró.

—¿Pero qué mierda?

CAPITULO 13

«Los Ixtrones»

Alejandro, Celeste y Juan seguían a Roque por un sendero que rodeaba el lugar como una costanera y ofrecía una vista increíble propiciada por la altura del Palacio Norventork respecto de grandes partes de la ciudad. Anduvieron apenas unos metros hasta llegar a una entrada similar a la vista al llegar a Akfundria. Juan lo reconoció inmediatamente pero no lo entusiasmó demasiado lo que venía a continuación.

—¡No! — Exclamó con tono casi caprichoso—¿Otra vez toboganes?

La puerta se abrió y detrás de ella se vislumbró un dispositivo de dimensiones un tanto más pequeñas que el visto anteriormente y más allá dos conductos de toboganes, uno de llegada y uno de salida.

—¡Dale! Dejá de llorar y entrá — Lo increpó Celeste con tono burlón.

Alejandro lo empujó suavemente para que entre mientras sonreía ante el comentario de Celeste. Juan sabía que no tenía opción así que avanzó sin resistirse.

—Bueno, ya saben cómo funciona esto ¿No? —dijo Roque al tiempo que comenzaba a configurar los detalles del viaje en la consola—. Recuerden dejarse llevar que al momento de llegar irán frenando automáticamente. ¿Listos?

Alejandro se alistó primero para saltar, un poco porque ya sabía de qué se trataba y otro tanto debido a la vergüenza que sentía al ver que Celeste siempre demostraba mayor decisión en esas situaciones. No era mucho pero quería quedar bien en su presencia.

—Ahora —indicó Roque una vez terminada la configuración.

Alejandro se lanzó por el tobogán sin pensarlo dos veces. Detrás suyo fue Juan intimidado por Celeste que saltó apenas unos pasos después de él. Por último Roque los siguió. El viaje fue más corto esta vez y más agradable también por el hecho de conocer cómo funcionaba aquello. Luego de algunas vueltas y curvas fueron llegando uno a uno hasta el lugar de destino. Un grupo de akfundrianos los esperaban a la salida del sistema de toboganes pero esta vez no estaban armados ni eran hostiles, sino que los recibían con ánimos festivos. Un poco más allá, otro grupo de akfundrianos los observaba desde lejos con cierta desconfianza pero con respeto.

—Vengan por aquí — Los guió hacia una enorme roca con muchos agujeros que parecía un enorme rallador de queso — Este es el museo general de Akfundria, aquí se encuentra una gran parte de nuestra historia y nuestros conocimientos.

Ingresaron por una grieta en la roca donde se encontraba una puerta con un dispositivo lector de impresiones de trompa. Roque puso la suya en él y la puerta se abrió automáticamente hacia arriba dejándoles el paso libre. El hall principal estaba iluminado por la luz del exterior que atravesaba los agujeros en la roca que conformaban un sistema de ventanales estratégicamente colocados para garantizar la óptima visibilidad en el interior y la integridad de la roca en la cual estaban tallados. A cada lado del hall había una abertura que conducía a un salón distinto. El de la izquierda tenía una gama de colores rojizos mientras que el de la derecha presentaba tonalidades verdesas.

—Sígueme por aquí — Señaló Roque indicando el salón de la izquierda — Comenzaremos el recorrido por este sector.

Todos emprendieron ese camino excepto Juan que se retrasó un segundo mirando hacia el otro lado.

—¡Juan! — Lo llamó Alejandro al ver que no caminaba junto a ellos — Dale, vení que te vas a perder sino.

Alejandro bromeaba acerca de la fama de despistado de Juan que se rió irónicamente de la broma.

—Esperá que me llama la atención éste lugar más que aquel —le retrucó.

—Después lo vemos —lo apuró Alejandro—. Ahora tenemos que ir hacia allá, ya lo escuchaste a Roque.

—Y vos siempre haciendo todo lo que te dicen, por qué no sos

espontáneo por una vez —dijo Celeste mientras pasaba a su lado en dirección a Juan que fortalecía su posición—. Además a mi también me llama la atención este sector más que el otro. ¿Qué hay de este lado?

Alejandro avergonzado se mantuvo en silencio y mirando hacia el suelo, sabía que las palabras de Celeste encerraban un doble sentido por su forma de ser habitual, y por su cobardía de la noche anterior.

—No les recomiendo ese sector — Confesó Roque con tono apesadumbrado.

—¿Por qué? ¿Qué hay de ese lado? — Preguntó Celeste nuevamente.

—Ese es el sector de los Ixtrones—Explicó — Específicamente a un pueblo Ixtrón que tuvo mucho contacto con nosotros durante un largo período y que fue brutalmente destruido por los humanos en uno de sus experimentos nucleares. No creo que les guste conocer en detalle su historia.

Todos guardaron silencio durante un extenso momento que se tornó incómodo.

—Es verdad —sentenció Alejandro.

—Bueno, justamente por eso les decía que vengan por este lado — prosiguió Roque.

—Aun así...—lo interrumpió Alejandro—. Necesitamos saberlo...

Tanto Celeste como Juan se sorprendieron gratamente por su actitud.

—Pues bien, vengan por aquí entonces, les voy a mostrar la historia de los Ixtrones

Al comenzar a caminar por el sector Ixtrón del museo akfundriano sintieron un escalofrío recorriéndoles el cuerpo. Sabían antes de comenzar que aquella historia no terminaba bien y que era exclusivamente a causa de la raza humana. Roque los guió entre medio de una serie de objetos pertenecientes a esta cultura hasta una pared de roca sobre la cual no había nada.

—Siéntense donde puedan —les dijo mientras se acercaba a la pared y les explicaba—. Este sector no está suficientemente preparado para presencia humana, es más, de alguna forma la presencia de ustedes es una deshonra para la memoria de todos los caídos. Sólo se los permitimos porque han demostrado en situaciones extremas que no portan el carácter violento y destructivo que caracteriza a gran parte de su especie.

Alejandro miraba hacia el suelo. Había pasado aquella prueba y no

era un hombre violento pero era ingeniero nuclear, si bien buscaba una manera distinta de generar energía, había partido los núcleos de infinidad de átomos en su carrera. Esto lo hacía sentir muy culpable dadas las consecuencias de aquello y a partir de la conciencia adquirida al respecto desde hacía poco. Con el correr de los segundos, la idea de que Roque tenía razón y esta historia era algo que tal vez prefiriera no saber iba ganando fuerza en su mente. Pero ya era tarde, alzó la vista y vio cómo su anfitrión apoyaba la trompa en una ranura de la roca, y aquella enorme pared vacía se transformaba en una pantalla tridimensional que poco a poco se iba expandiendo por el resto de las paredes hasta convertir el recinto en un salón holográfico que representaba la superficie Ixtronia en cuatro dimensiones. Era como estar allí.

—Ahora les voy a hacer un recorrido a través de los últimos tiempos de los Ixtrones. Síguenme.

Las paredes del recinto parecían haber desaparecido, avanzaban hacia ella esperando que la pared sobre la cual estaba proyectada la imagen los detuviera pero no fue así. Podían incluso sentir el viento que empezaba a golpear sobre sus rostros.

—Hola, mi nombre es Caltrec y hoy voy a ser su guía.

Un hombre de mediana edad vestido de traje y con aspecto muy formal se acababa de materializar frente a ellos. Llevaba pantalón de vestir y saco negros, una camisa blanca cuidadosamente planchada, una corbata color lila y un par de zapatos negros. Su cabello lacio y oscuro estaba prolijamente peinado y sus modos eran muy cordiales.

—Es el guía automático — Explicó Roque antes que le pregunten — Están configurados para hacer el recorrido y presentarse en la forma de aquellos que estén recorriendo, en este caso es humano al igual que ustedes, si fuera de otra especie se mostraría con otro aspecto. Lo hicimos para hacer más amena la visita al museo.

La vista de Juan había ido desde Caltrec a Roque y vuelto a Caltrec que continuaba hablando sin registrar el hecho de que lo escucharan o no.

—¿Se le puede hacer preguntas? —Juan le hablaba al akfundriano sin dejar de mirar a su alrededor.

—Todavía no, estamos trabajando en mejorarlo, esta es una actualización muy reciente y no llegamos a configurarlo aún. Sin embargo una vez terminado el recorrido me pueden preguntar a mí las dudas que tengan y yo se las puedo responder sin problemas. Ahora

sigámoslo porque de otra manera no van a entender la historia.

Tuvieron que trotar un poco para alcanzar a Caltrec que ya había avanzado unos cien metros.

—...y de esa forma cultivaban el alimento que era la base de su subsistencia — Caltrec iba explicando el modo en que vivían los Ixtrones — Eran un pueblo pacífico, principalmente dedicado a las artes y a la investigación. Desarrollaron una cultura muy fuerte y muy avanzada que se basaba en potenciar las habilidades creativas individuales brindándole un sustento a cada habitante para que pueda desarrollarse libremente en el campo que quisiera.

Juan codeaba a Celeste y le mostraba a su izquierda donde se veía cómo los Ixtrones desarrollaban actividades en conjunto e individualmente. Los Ixtrones eran criaturas altas y largas con forma mucho más humanoide en comparación con los akfundrianos. Tenían dos delgadas piernas y cuatro brazos, los dos superiores más cortos, para maniobras que implicaban mayor complejidad, y los dos inferiores más largos, que utilizaban para tareas complementarias o de largo alcance. Sus manos tenían cuatro dedos en los brazos inferiores y seis en los superiores. Su cabeza se encontraba pegada al torso, al parecer sin cuello, aunque luego vieron que cuando lo necesitaban podían desplegar uno que llevaban replegado en su cuerpo y que una vez extendido llegaba a alcanzar el largo de sus brazos inferiores. Dos bocas se observaban en su rostro, una al lado de la otra. Por lo que podían ver una le servía para comer y otra para respirar, hablar y comunicarse. Arriba de estas y justo en el medio de la cara se encontraba uno de sus pequeños ojos, el otro se encontraba en el extremo exactamente opuesto de la cabeza, en lo que sería la nuca de un Ixtrón. Su piel era escamosa e irradiaba un sutil brillo verdoso que combinaba con el entorno de su lugar de origen.

—Fueron ellos quienes por medio de su desarrollo científico y tecnológico llegaron a Akfundria e hicieron contacto con nosotros —continuaba diciendo Caltrec señalando el momento en el que hacían contacto los Ixtrones y los akfundrianos—. Ellos nos enseñaron muchas de las cosas que hoy sabemos y compartieron sus descubrimientos y su tecnología desinteresadamente. A partir de ahí fue que conocimos los viajes a través de túneles magnéticos y la transportación holográfica. Síganme por aquí por favor.

Caltrec continuó avanzando por el virtual suelo Ixtrón mientras los demás lo seguían de cerca.

—¿Qué es un túnel magnético? — Preguntó Alejandro en un susurro como si quisiera evitar que Caltrec lo escuchara y creyera que no le estaban prestando atención.

—Un túnel magnético es una forma de viajar de un punto a otro utilizando la atracción magnética como base de propulsión. Esa fue la forma en que ellos llegaron a Akfundria, una vez descubierto y reconocido el punto en el espacio, se ingresan las coordenadas y se genera una polaridad específica con ese punto que hace que su centro de gravedad atraiga al viajero casi instantáneamente hacia él. De esta manera, con la fricción del viajero en el espacio se genera el túnel. Esta es la única forma de trasladarse de un punto a otro con tanta distancia de por medio. Es uno de los grandes legados que nos dejó la cultura Ixtronia antes de desaparecer.

Un tono melancólico teñía el relato de Roque. Al parecer guardaba un gran afecto hacia los Ixtrones.

—...y eso generaba mayor y mejor calidad de vida para todos — La presentación de Caltrec continuaba más allá de lo que pasara a su alrededor — Su civilización era la más próspera del universo conocido, y esto fue así hasta que llegó el oscuro momento de la catástrofe. Un día como cualquier otro, mientras realizaban sus actividades cotidianas en perfecto equilibrio y armonía, comenzaron a sentir una fluctuación en los niveles magnéticos del núcleo del sistema y en Ixtronia misma. Esto se tradujo en repentinamente disminuciones de la gravedad que sacudían a todos y cada uno de ellos junto con todas las cosas que había sobre la superficie. Luego de esto su propio organismo comenzó a descompensarse y muchos murieron por no resistir la incesante consecución de variaciones gravitatorias. No mucho después comenzaron a experimentar distorsiones en la integridad de la materia misma, logrando atravesar materiales sólidos como si fueran aire. Asustados y desorientados veían cómo cada uno de ellos corría y atravesaba a los otros como si fueran fantasmas. Algunos Ixtrones quedaron incluso atrapados dentro de enormes rocas que se habían vuelto inestables y luego se habían solidificado nuevamente dejándolos sin posibilidad de escapar. Intentaron en vano investigar de qué se trataba aquello para tratar de encontrar alguna solución que detuviera la inevitable catástrofe, las distorsiones en la integridad de la materia se hacían cada vez más frecuentes y prolongadas, lo cual no les daba la posibilidad de defenderse o de siquiera entender lo que ocurría. Aquellos

pocos sobrevivientes a esta altura sólo vivieron lo suficiente para ver al núcleo colapsar, primero en destellos eléctricos que azotaban la superficie calcinando todo a su alrededor, luego con ruidos sordos que detonaban pulsaciones que llegaban a Ixtronia como una onda expansiva que devastaba todo a su paso. Esto provocó que aquellos pocos que todavía resistían debieran refugiarse en cavernas y en refugios subterráneos para escapar de la agónica decadencia de un núcleo que finalmente colapsó en una enorme explosión que desintegró completamente lo que quedaba de la civilización Ixtronia. Los únicos elementos que se conservan de aquello son los que fueron trayendo en sus viajes previos a la extinción, y que se encuentran en este mismo museo. Los Ixtrones nunca supieron qué fue lo que les ocurrió pero con sus conocimientos los científicos akfundrianos finalmente descubrieron el misterio. Fueron los humanos, en un rutinario experimento nuclear y sin conciencia de ello, quienes destruyeron una de las más grandes civilizaciones que hayan existido. Y así como esta probablemente muchas otras más.

Roque detuvo en ese momento el programa de guía del ala Ixtronia del museo de Akfundria.

—Con eso ya es suficiente — Les dijo solemne.

Mientras Juan se mantenía de pie con la cabeza gacha, los ojos de Celeste no lograban contener las lágrimas que brotaban lentamente hasta romper en un llanto desconsolado. Alejandro, aun muy golpeado por lo que acababan de ver, no dudó en abrazarla. Ella apoyó su cabeza en el hombro de él y lo abrazó fuerte mientras su llanto se iba calmando lentamente. Él la sostenía y trataba de mantenerse firme aunque no pudo evitar que alguna lágrima se le escapara a pesar de su esfuerzo. La historia de los Ixtrones era muy triste y tomar real conciencia de que muchos de sus experimentos podían haber generado cosas semejantes les hacía un nudo en el pecho que no sabían cómo manejar.

—Los voy a dejar solos un momento—les dijo y salió al hall principal donde dos akfundrianos lo esperaban.

—Por hoy me parece que va a ser mejor suspender el resto de las actividades—. Les dijo a sus compañeros.

Los dos akfundrianos se retiraron del museo en diferentes direcciones y Roque se quedó solo. Caminó hasta la puerta de entrada, miró alrededor, dio un par de vueltas en círculo, y cuando lo creyó oportuno emprendió el regreso al lugar donde se encontraban Alejandro,

Juan y Celeste. No llegó a hacer ni cinco metros cuando escuchó un grito de horror. Se apresuró para llegar al sector Ixtrón a ver qué sucedía y se encontró con un escenario imprevisto.

—¿Qué nos pasa? — Le preguntaba a los gritos Alejandro claramente asustado y fuera de sus cabales — ¿Dónde está Juan?

La presencia de Alejandro se volvía intermitente al igual que la de Celeste. Sus imágenes se veían como una señal de televisión mal sintonizada y que iba perdiendo la nitidez segundo tras segundo.

—No entiendo...—. Balbuceó Roque.

—¡Juan acaba de desaparecer delante nuestro! ¡Nosotros estamos desvaneciéndonos!

Celeste intentaba agarrarse de Alejandro como si esto le diera mayor seguridad pero no lo hacía. Sus imágenes eran cada vez más difusas.

—No se preocupen —les gritó Roque tan alterado como ellos—. Ya mismo voy a llamar a...

Pero no hizo a tiempo a terminar la frase cuando Celeste y Alejandro se desvanecieron completamente dejándolo en medio del vacío museo y completamente perplejo.

CAPITULO 14

«El C.I.D.»

El instante de desorientación le duró a Rocklenmbrekstorf apenas unos momentos. Casi inmediatamente después de la desaparición comenzó a recibir alertas al respecto:

—Perdimos contacto con los visitantes, no recibimos lecturas de signos vitales ni ubicación, presentarse cuanto antes en el Centro de Investigación y Desarrollo.

Los avisos llegaban en forma de ondas radiales que eran decodificadas por la mente del receptor específico al que estaban dirigidas. En este caso lo alertaban de problemas con el monitoreo que realizaban de los visitantes.

El Centro de Investigación y Desarrollo (C.I.D.) era el organismo akfundriano que mayor importancia había cobrado desde la creación del Norventork. En él se agrupaban no solamente científicos sino también artistas de diferentes ramas y de estilos diversos. Con el final de las antiguas guerras internas había llegado una nueva era en la que se había comenzado a desarrollar una cultura mucho más enfocada en la investigación, el desarrollo y el apoyo de cualquier tipo de expresión, potenciado marcadamente por la influencia Ixtronia.

El C.I.D. ocupaba un amplio espacio en el centro de la ciudad y diariamente lo frecuentaban miles de akfundrianos. Esto se debía no sólo a que disponían del lugar y los medios sino que también contaban con el tiempo para hacerlo. La sociedad akfundriana estaba estructurada de manera que cada habitante debiera prestar su colaboración al bien común durante lo que sería el equivalente a tres horas diarias. Esta era

su jornada laboral, su forma de participar entre todos para el bienestar general y el funcionamiento de los servicios y actividades rutinarias. El resto del tiempo podían utilizarlo de la mejor manera que les pareciera. Era aquí donde el C.I.D. ocupaba un lugar primordial en la vida cotidiana akfundriana. Allí cada uno podía dar rienda suelta a su imaginación y a su curiosidad, dedicarse a lo que realmente les interesaba más allá de su «trabajo» en sí. Esta distribución del tiempo que priorizaba el descubrimiento y estimulaba las pasiones de cada uno en lugar de enjaularlos en trabajos rutinarios durante la mayor parte de sus días había generado beneficios inimaginables en la calidad de vida de los akfundrianos. No se regían por parámetros de dinero sino que basaban su distribución de recursos en la satisfacción de las necesidades de la población. El edificio del C.I.D. tenía una forma que podría haber llegado a confundirse con una extraña mezcla entre una nave espacial extraterrestre típica de alguna película de ciencia ficción y una torta de casamiento. El cuerpo principal era circular y achatado como un disco. Se sostenía sobre diez bases que a su vez funcionaban como diferentes accesos al centro. Sobre el cuerpo principal se levantaba un piso más también de forma circular pero bastante más alto que el primero y, sobre este, un tercer piso rectangular que terminaba con un pequeño cuarto que servía de mirador para contemplar la ciudad y sus alrededores. El centro contaba también con una serie de anexos distribuidos en distintas partes de la ciudad y del «planeta». El museo akfundriano era uno de los anexos que más cerca se encontraba del C.I.D..

Roque se apresuró hacia la entrada del centro que se encontraba apenas a unos metros de la del museo. Subió hacia el cuerpo principal y se acercó a uno de los ascensores. El sector de seguimiento y monitoreo de humanos se encontraba en el segundo nivel y cercano al acceso del lado opuesto del que él había ingresado. Debido al gran tamaño de la construcción, ésta contaba con un sistema de ascensores que circulaban por dentro de las gruesas y huecas paredes y del techo sin una guía fija con lo cual, uno al subirse, podía dirigirse al lugar que necesitase dentro del edificio que el ascensor lo llevaría allí. Cada ascensor era un cubículo en el que entraban hasta seis ocupantes que flotaba en una espesa sustancia que llenaba el interior de las paredes y que les servía para desplazarse logrando que los ascensores se evitaran unos a otros en sus respectivos trayectos y no colisionasen entre sí. A la entrada del ascensor lo esperaba otro akfundriano, más alto que él y con los ojos un tanto más pequeños.

—¡Bronebalk! — Lo saludó Roque en cuanto lo vio de pie junto al ascensor — ¿Qué pasó? Los estaba mirando en un momento y al siguiente ¡Se desvanecieron!

—No lo sabemos todavía, estamos investigándolo — Le respondió Bronebalk mientras se apresuraban ingresando al ascensor.

—Un segundo los descuidé, salí para dejarlos un instante y cuando quise volver solo llegué para verlos gritar por última vez y desaparecer.

La puerta se cerró automáticamente y de manera instantánea el ascensor salió disparado hacia su destino sin que nadie se lo indicara, como si hubiera sido una orden mental implícita que describía la ruta a seguir.

—No te preocupes, está Onderselt y todo el equipo trabajando en esto, en cualquier momento los tenemos de vuelta.

Bronebalk trataba de calmar a su compañero durante los escasos momentos que duró el trayecto hasta sector indicado. Bajaron de prisa ingresando en un enorme salón donde decenas de akfundrianos iban de un lado a otro trasladando cosas en torno a una pequeña máquina del tamaño de una mesa que se encontraba en el centro. La máquina tenía la forma de una pecera, era de cristal transparente y en el centro se observaba alguna clase de turbina que generaba un tenue zumbido al funcionar. Sobre uno de los lados había una serie de cubículos con diferentes tipos de materiales. En unos destellaban un conjunto de cristales azules con forma cónica, en otros una viscosa pasta rosada y en otros una mezcla de hierbas disecadas. Junto a esto se multiplicaban a ambos lados una consecución de mangueras extensibles que intermitentemente iban siendo acercadas a la máquina central. Sobre la pared del otro lado del salón se concentraban unos treinta akfundrianos alrededor de un complejo sistema de pantallas virtuales proyectadas con indicadores, gráficos e imágenes que iban cambiando de una pantalla a otra mientras que éstas se movían de un lado a otro. Era prácticamente imposible seguir las sin la disposición ocular de la fisonomía akfundriana.

Roque y Bronebalk se dirigieron hacia el sector de pantallas y se acercaron a un akfundriano más bajo que el promedio que estaba sentado en un pequeño sillón mientras muchos otros le consultaban y explicaban cosas.

—¡Onderselt! ¿Qué paso?—Le preguntó Rocklenmbrekstorf escabulléndose entre los demás.

Onderselt se levantó corriendo a sus colaboradores con sus patas y

su trompa hacia los lados y se acercó a Roque, a quien ya conocía desde hacía mucho tiempo.

—No sabemos todavía, estamos analizando muchísimos factores y recopilando información. Lo que puedo decirte es lo que vi: en un momento todos sus signos vitales y todos los mecanismos de proyección estaban perfectos y, al siguiente, habían desaparecido de repente sin mediar explicación alguna.

—¡Onderselt! — Uno de sus colaboradores se acercó a preguntarle algo — Los niveles de respitcina están por debajo de ocho Hílderes. ¿Seguimos o cambiamos la nivelación?

—Sigán hasta que lleguen a seis Hílderes pero no más, si eso no funciona pónganle cuatro Derplerks y fíjense de nuevo.

—Perfecto. ¡Hasta seis Hílderes!

El colaborador se alejó gritando las indicaciones a sus compañeros. Roque estaba nervioso porque las cosas se habían desviado del plan original y empezaron a complicarse pero sabía que si alguien allí era capaz de solucionarlo era justamente quien estaba ocupándose del tema. Onderselt había vivido en Ixtronia durante un largo período, se había mudado allí luego de uno de sus viajes de investigación a través del túnel magnético. Durante su estadía se dedicó a estudiar en profundidad su cultura y a formarse científicamente como muy pocos hubieran sido capaces. En la actualidad, era una de las figuras más reconocidas de la comunidad científica akfundriana.

—Hay un nenter en dieciséis — Otro colaborador se había acercado a comunicarle esto.

—Excelente — Respondió Onderselt — al menos es un principio. Vengan, acompañenme por aquí.

Roque y Bronebalk siguieron a Onderselt hacia una serie de pantallas donde se congregaban la mayoría de los colaboradores.

—Tenemos una pista — Les dijo — Ahora estamos haciendo las pruebas de re conexión para ver si logramos restablecer el vínculo. En unos momentos estarán los resultados.

Roque se impacientaba, sentía que de alguna forma había sido responsabilidad suya ya que él era el encargado de asistirlos.

—No puedo creer que haya pasado algo así — Se movía de un lado a otro mientras les hablaba a Bronebalk y Onderselt que se mantenían mucho más serenos—Con la cantidad de años que hace que nos estamos preparando para este momento, la cantidad de estudio y planificación,

¿Cómo es que se nos escapó esta posibilidad? Muchos de nosotros incluso hemos conocido lo que teníamos que hacer en este momento prácticamente desde pequeños, sin embargo, de un momento para otro todo se vino abajo, no me lo explico...

Sus compañeros nunca habían visto a Roque de esa manera, él era un ser muy centrado y cordial, parecía como que aquello lo había desbordado.

—No seas tan duro con vos mismo — Bronebalk intentaba calmarlo — Esto estaba fuera de tu alcance, fijate que...

—Es verdad — interrumpió Onderselt que no estaba prestándole mucha atención a las palabras de Roque y miraba las pantallas en permanente movimiento — Esto no tuvo nada que ver con vos. Es más, no tuvo nada que ver con ninguno de nosotros.

—¿Qué querés decir? ¿Cómo sabes?

—Todas las conexiones de sus cuerpos con la imagen proyectada eran perfectamente estables. Todos sus signos vitales también lo eran. Cada pequeño detalle que tuviera que ver con la fortaleza del enlace y el espectro de cronilapción holográfica y corpórea estaba estudiado y monitoreado perfectamente. No hay chance de que eso haya fallado.

Onderselt parecía abstraído en sus pensamientos deductivos, si bien les hablaba a ellos, parecía estar en realidad hablándose a sí mismo.

—La única opción que queda — Continuó Onderselt—es que haya pasado...

—Algo en la Tierra....

Roque completó la frase dándose cuenta de lo obvio, él sabía que si le pasaba algo a los cuerpos reales en la Tierra, las consecuencias eran prácticamente desconocidas. Pero entonces ¿qué habría pasado? El tiempo real transcurrido en la Tierra era ínfimo comparado con el transcurrido en Akfundria. Las probabilidades de que alguien hubiera entrado en el laboratorio e interrumpido la conexión eran casi inexistentes. Al menos, pensó, no había sido responsabilidad de él. Este pensamiento lo calmó pero al mismo tiempo le molestó por resultarle una actitud egoísta más típica de un humano que de un akfundriano.

—¡Estamos captando algo!

Uno de los colaboradores se acercó a Onderselt para señalarle una serie de ondas acrecentándose en una de las pantallas.

—Derivalo a dos punto uno —indicó con tono firme a su colaborador.

—¡No alcanza! — La multitud de científicos akfundrianos no cesaban en intentos por restablecer la conexión.

—Codifica el misotrino y bajale la frecuencia de intursión en cuatro nerx—. Retrucó nuevamente.

Onderselt parecía el capitán de un submarino de batalla indicando a su tripulación qué maniobras realizar para sobrevivir a un ataque enemigo en el fondo del océano.

—¡Funcionó! ¡Tenemos una de las señales en condiciones de definición semi corpóreal!

—Perfecto, proyectala aquí en el salón en el cuadrante veintiséis y medio.

A una corta distancia de donde estaban parados apareció difusamente la imagen de Alejandro. Se lo veía borroso e intermitentemente.

—Gradúen la escala de Driclatlen en sincronicidad con la de Malencorf — Señaló Onderselt mientras sus colaboradores iban de un lado a otro intentando llevar a la práctica sus palabras.

La imagen de Alejandro se volvió más nítida y estable, aunque conservaba dejos de intermitencia en los que parecía a punto de desaparecer nuevamente. Se lo veía cansado y aturdido, tardó unos segundos en entender donde estaba y su expresión era sombría y ausente. Los akfundrianos se lo quedaron mirando, esperando algún tipo de reacción. La mirada de Alejandro se fue levantando hacia ellos y su expresión se volvió decidida y firme. Sus ojos penetrantes se posaron uno a uno en todos los presentes, luego los cerró sin variar el gesto de su rostro.

—Es el momento —dijo con tono decidido y una pequeña distorsión en su timbre de voz provocado por la intermitencia de la señal que iba en aumento — Todo es parte de todo.

La voz de Alejandro sonaba segura, sus palabras transmitían confianza y entendimiento. Luego de decir esto se produjo un silencio en todo el lugar a la expectativa de lo que sucedía.

—Captamos las otras dos señales— Le dijo en voz baja un colaborador a Onderselt —pero son demasiado débiles como para traer sus proyecciones, y no sabemos por cuanto podamos sostener esta conexión.

Onderselt le hizo un gesto de asentimiento y contempló nuevamente la imagen de Alejandro que ahora era cada vez más difusa.

—¡Alejandro! ¿Dónde están? ¿Están bien Celeste y Juan? — Roque

se apresuró a preguntarle temeroso de que en cualquier momento desapareciera nuevamente.

La proyección holográfica de Alejandro iba perdiendo integridad, se distorsionaba y titilaba dificultando la claridad de la imagen. Roque apenas logró ver los ojos de Alejandro dirigirse hacia él cuando la imagen se desvaneció completamente generando un nuevo revuelo entre los allí presentes. «Subtersá el cuarto», «Redefiní los parámetros de rastreo», «Traza el vector de nastrabilidad» eran frases que se llegaban a distinguir entre el intenso murmullo generado por los colaboradores intentando volver a lograr las condiciones anteriores.

—No hay forma —dijo uno de ellos resignado — No nos queda más alternativa que regresarlos antes de perder las señales definitivamente.

—Dentro de poco ni siquiera eso va a seguir siendo una opción —corroboró un segundo a su lado.

Onderselt debía tomar una decisión, sabía que algo había ocurrido y no lograba averiguar qué era. Sin embargo, fuera lo que fuera, había logrado hacer que la situación se escapara de su alcance. Pese a sus esfuerzos por lograr retener la conexión, ya no le quedaba más alternativa que regresarlos a la tierra, a sus verdaderos cuerpos antes de perderlos y no poder regresarlos jamás.

—Háganlo — Sentenció.

Alejandro, Juan y Celeste sintieron como si alguien los hubiera agarrado fuertemente de la ropa y los hubiera arrastrado a toda velocidad hacia el final de un largo túnel hasta golpear con un tren que avanzaba hacia ellos.

Sobresaltado, Juan abrió los ojos confundido, asustado y desorientado, como quien se despierta de una pesadilla muy real. Le dolía todo el cuerpo y sentía que la cabeza se le partía. Se descubrió en el piso del laboratorio, le resultó tan familiar como lejano y extraño estar allí de nuevo. Se incorporó lentamente para ver tendidos a su lado a Celeste y a Alejandro volviendo en sí a la par suya. Observó a su alrededor y vio cómo todo aquello que conformaba el equipamiento del laboratorio se encontraba ahora violentamente destrozado y disperso por el suelo a su alrededor.

CAPITULO 15

«El teléfono»

El profesor Milton estaba bastante golpeado y dolorido, sin embargo la ansiedad y la curiosidad se fundían en una imperiosa necesidad de entender qué estaba pasando. Buscó su ropa en el placar y sus zapatos debajo de los escombros del televisor con mucho cuidado para no cortarse con los restos filosos del tubo. Se cambió y salió de la habitación, aquel extraño suceso le había dado la excusa perfecta para no tener que esperar al doctor Suarez y salir rápidamente de allí.

Los pasillos del Centro Atómico se veían como un campo de batalla luego de finalizar la lucha, la gente corría de un lado a otro asistiendo a los accidentados, los cuadros y carteles indicadores se encontraban tirados por el suelo, vidrios rotos cubrían una gran cantidad de los cerámicos grises que componían el piso de ese sector, las macetas estaban rotas y las plantas, que antes estaban dentro ellas, desparramadas por todo el lugar. Entre tanto alboroto, nadie notó que Milton había salido y que caminaba con dificultad en dirección al laboratorio, a decir verdad, la mayoría caminaba con cierta dificultad en ese momento.

—Esto no puede ser casual — Se repetía a si mismo mientras recorría el trayecto hasta el laboratorio—Primero el estallido, después ese electrón y ahora esto... no, no puede ser casual.

Milton tenía urgencia por encontrar a Alejandro, Juan y Celeste, ya no podía seguir manteniéndose al margen de lo que estaba pasando. Algo se había generado en ese laboratorio que había detonado esos extraños sucesos. Iba concentrado en llegar cuando de pronto, al pasar por la puerta del salón comedor, algo le llamó la atención y se detuvo

inmediatamente. El televisor del comedor se encontraba atornillado a la base sobre la cual se apoyaba y la misma estaba amurada a la pared lateral. Esto había permitido que sobreviviera a los eventos recientes. Una pequeña multitud de gente que ya se había recuperado temporalmente se encontraba observando la pantalla como si estuvieran hipnotizados. Se acercó lentamente hasta una posición donde pudiera ver lo que estaba pasando. La imagen del televisor mostraba a un conocido presentador televisivo que usualmente conducía el noticiero matutino, se lo veía desalineado y desprolijo, parado en medio de una improvisada escenografía con un micrófono en sus manos. El fondo que tenía detrás de él parecía una gran sábana negra colgada de una sogas como si la acabaran de tender para que se seque. La calidad de la imagen no era la mejor, era de una definición bastante inferior a la que generalmente se veía en un canal de esa importancia a nivel nacional. La gente escuchaba atentamente las palabras que pronunciaba aquel agitado hombre que haciendo su mejor esfuerzo por hilar frases coherentes dentro de ese caos decía:

...Repetimos, estamos transmitiendo en vivo a través del canal de emergencia. Todavía no hay información concreta de qué es lo que causó el desastre que acabamos de padecer, sin embargo nos sigue llegando información de diferentes medios colegas en otras partes del mundo y, al parecer, esto fue a escala global, repito, no fue un incidente local, todos los países con los que logramos contactarnos sufrieron eventos de similares características. Se reportan miles de muertos y heridos, los automóviles han sido destrozados, trenes descarrilados, barcos han naufragado y aviones han caído a la superficie... las pérdidas son inconmensurables...

A Milton le dio un repentino vuelco el corazón, con todo el impacto de lo que había pasado y la confusión que generó en todos, había olvidado por un momento que su mujer debía de estar en camino cuando todo pasó. Se estremeció bruscamente y sintió un profundo vacío en la boca del estómago. Se quedó congelado un instante hasta que su cabeza hizo un clic. «Tengo que encontrar la forma de ubicarla» Pensó. Inmediatamente tomó el teléfono celular que llevaba en un estuche enlazado en su cinturón y salió del comedor. Quiso llamar pero el bullicio generado por el desconcierto general y la gente circulando incesantemente por los pasillos hicieron que rápidamente cambiara su rumbo y atravesara la puerta de una de las salidas de emergencia que

daban al exterior. Afuera el panorama no era mucho mejor que adentro, vidrios rotos y muchos pedazos de diferentes cosas mezclados por doquier. Sólo llegó a ver una cosa funcionando, un Peugeot 504 rojo muy similar al que había tenido hace unos años aún seguía en pie y andando a lo lejos a pesar de que se lo notaba golpeado y arrastraba el paragolpes trasero como las latas que se atan en los autos de los recién casados. Milton se apoyó contra una pared e intentó llamar a Norma pero la red había colapsado, tal vez por lo que había pasado o tal vez porque todos estaban tratando de contactar a sus seres queridos para saber si estaban bien, de cualquier forma el celular era inútil en ese momento. Hizo el intento nuevamente en dos oportunidades con la esperanza que funcionara o que quizás hubiera sido un problema del teléfono que se hubiese golpeado pero no lo consiguió. Frustrado guardó su celular en el bolsillo nuevamente y regresó al interior del Centro. Tal vez si encontrara un teléfono fijo todavía funcionase. Comenzó a recorrer las oficinas en busca de uno para tratar de comunicarse pero en cada una que entraba lo único que encontraba eran aparatos rotos. La impotencia y la desesperación le iban ganando a la razón poco a poco, no obstante, siguió buscando hasta que finalmente encontró un teléfono roto pero que, al menos, parecía estar completo. Se acercó con cuidado esquivando las sillas y escritorios dispersos por el lugar hasta llegar a él. El tubo estaba destrozado pero los cables que unían las partes estaban sanos. Los sostuvo con mucha delicadeza mientras ponía al derecho el aparato telefónico que estaba, hasta ese momento, dado vuelta. Enderezó una silla y se sentó poniéndolo sobre su pierna. El inestable teléfono amenazaba con quebrarse en dos en cualquier momento, Milton sintió un arrebató de euforia cuando luego de presionar la tecla de corte un par de veces, escuchó por el auricular que colgaba sensiblemente del extremo del cable y que mantenía pegado a su oído, atrapado entre su hombro y su oreja, el cálido sonido del tono que indicaba que la línea permanecía activa. Se apresuró entonces a marcar el número de Norma pero el entusiasmo se desvaneció rápidamente al escuchar el mensaje de la compañía telefónica que le decía que el celular al que intentaba comunicarse se encontraba apagado o fuera del área de cobertura. El ánimo se le fue al piso, la angustia que le generaba el desconocimiento sobre el bienestar de su mujer le estaba absorbiendo las pocas energías de reserva que tenía. Sin embargo, un destello de lucidez atravesó su mente.

—¡Claro! —dijo en voz alta — ¿Cómo no se me ocurrió antes?

Enderezó nuevamente el teléfono que estaba a punto de caerse de encima de pierna y digitó un número, esta vez no el de ella, sino el de él. Llamó a su propio teléfono, y cuando lo atendió el contestador marcó el código que le permitía acceder a su casilla de mensajes remotamente desde cualquier aparato.

»Usted tiene... un... mensaje nuevo...para escuchar su mensaje presione 1"

Estas palabras pronunciadas de forma entrecortada por la voz grabada y editada de la locutora de la empresa de teléfonos lograron acelerar su pulso a casi el doble.

»Primer...mensaje nuevo»

Fue una eterna fracción de segundo la que transcurrió desde estas últimas palabras y el momento en el que escuchó la voz de Norma en el mensaje:

—¡Hola! ¿Estás bien? Esto es un caos acá, el avión tuvo un desperfecto y no pudo salir así que nunca embarqué. Estuve tratando de comunicarme con vos pero casi todas las líneas están caídas y no pude... yo estoy bien, estaba en el aeropuerto cuando todo empezó a flotar... no entiendo qué pasó... pero me dio un ataque de pánico y me agarré de un caño que estaba sujeto al techo. Por suerte cuando todo volvió a la normalidad logré aferrarme a él y no caer contra el suelo... ¿Vos cómo estás? Si no podés comunicarte y escuchás esto hacé lo mismo que yo y dejate un mensaje en esta casilla, yo conozco tu clave y puedo entrar desde acá. Los chicos están bien también. Por favor contestame en cuanto puedas. Te extraño... estoy muy desconcertada...no veo la hora de volver allá pero por lo que veo por ahora va a ser muy complicado...te mando muchos besos, avísame por favor.

Milton suspiró y sintió cómo con el oxígeno que ingresaba en los pulmones también le volvía el alma al cuerpo. Tenía los ojos llorosos de la emoción pero los secó rápidamente porque temía que alguien lo viera y se lo tildara de tibio y llorón, una sensación que sólo tenía en los momentos en que se sentía más vulnerable.

En cuanto se recompuso tomó nuevamente el teléfono y dejó un mensaje en su casilla tal como Norma le había pedido para que supiera que estaba bien. Luego se incorporó y retomó su camino hacia el laboratorio, la situación en los pasillos del centro no había mejorado mucho, aún se percibía la incertidumbre y el desconcierto generalizado.

Continuó avanzando hasta que finalmente llegó, entró por la puerta e inmediatamente visualizó a sus compañeros tendidos en el suelo intentando recuperarse lentamente. El laboratorio era un desastre, todo estaba tirado y mayormente roto. Juan acababa de sentarse Celeste se tomaba la cabeza como si tuviera una fuerte jaqueca. Alejandro por su lado se movía pero no se incorporaba. Milton se acercó a través de la basura en la que se habían transformado los antes útiles elementos disponibles para la investigación y lo miró a Juan que lo miró a su vez y le sonrió.

—¡Milton! ¿Cómo estás tanto tiempo?

CAPITULO 16

«La casa de Celeste»

El cuadro del caballo blanco que colgaba de la pared de la habitación de Celeste se había vuelto absurdo de tanto mirarlo. Ella se hallaba sentada sobre su cama completamente vestida y con la mirada perdida acariciando suave y repetidamente el cabello de un inconsciente Alejandro que se encontraba tendido a su lado. Los primeros rayos de sol empezaban a colarse por las hendidias de la cortina, era un amanecer de lo más atípico vivido en mucho tiempo. Juan y Milton intentaban conciliar el sueño dormitando en el living de la casa de Celeste mientras que ella había pasado la noche en vela en su habitación cuidando a Alejandro. El día anterior parecía ya muy lejano. Las horas se les habían escurrido entre los dedos entre poner a Milton al corriente de lo que habían vivido y el relato de los sucesos ocurridos con las fluctuaciones de la gravedad, lo cual había hecho que cada uno se preocupara por averiguar acerca del bienestar de sus seres queridos a pesar de la dificultad que presentaba la comunicación por la congestión de las líneas que quedaban funcionando. Afortunadamente ninguno tuvo casos de muerte, algunos se habían golpeado bastante pero estaban fuera de peligro, algunos internados para observación y otros en sus casas, los que estaban más estables, ya que las salas de los hospitales y clínicas se encontraban saturadas por la excesiva demanda de atención. Pero por sobre todo lo que habían hecho, ese día lo habían pasado mayormente cuidando a Alejandro, quien al regresar nuevamente a su condición natural había reaccionado normalmente al igual que sus compañeros, con cierta dificultad pero mostrando signos vitales estables, sin embargo

al tiempo que los demás comenzaban a incorporarse, él se había desmayado abruptamente cuando intentaba levantarse. Su cuerpo había caído como un peso muerto al suelo aún cercano. Celeste ahogó un grito cuando sintió el sonido de su cuerpo retumbando contra el piso y se lanzó sobre él. Milton y Juan hicieron lo propio para tratar de asistirlo. Recién cuando pudieron cerciorarse de que respiraba normalmente y que pulso era estable dieron un paso atrás para dejarle aire. El doctor Suarez lo había revisado brevemente sin tener conciencia de la experiencia por la que había pasado, los demás temían que si se difundía se lo llevaran para realizarle estudios e interrogatorios interminables por lo tanto decidieron guardar silencio por el momento en cuanto el doctor Suarez les confirmó la estabilidad de Alejandro. Tal como hacían con la mayoría de los pacientes que se encontraban fuera de riesgo inmediato, mandaron a Alejandro a descansar en su casa bajo un diagnóstico de shock post traumático e inconsciencia temporal. Les dijeron que si no reaccionaba en las próximas veinticuatro horas debían llevarlo nuevamente a un médico o mejor todavía, llevar uno hacia él. En este contexto, y luego de tanto ajetreo, Celeste ofreció su casa para llevar a Alejandro y que no se quede solo, e invitó a Juan y a Milton a pasar la noche allí también ya que ninguno quería estar por su cuenta aquella noche. La resistencia impuesta por Juan y Milton había sido muy tibia, cediendo ante la primera insistencia de Celeste. Así fue que ellos dos durmieron, o al menos intentaron, en el living de la casa de Celeste, que era además la más cercana al Centro Atómico, y ella cuidó de Alejandro en su habitación.

La casa de Celeste era cálida y confortable en lo que hacía a temperatura y comodidades pero era algo fría en cuanto a la decoración. Las paredes estaban un poco despintadas y no podían observarse en ella cuadros, fotos ni otros objetos decorativos salvo el cuadro que estaba a un lado de su cama. Algunos sectores se veían extrañamente vacíos, como si faltara algo. Sobre las sillas y sillones del living se apoyaban diferentes prendas que ella había ido usando con el correr de la semana y que iban quedando dispersas por la casa hasta que juntaba suficiente como para hacer un lavado. El orden no era una de sus mayores características, sin embargo la limpieza era innegable, se notaba que no le gustaba la suciedad aunque sin llegar a un nivel obsesivo. La extraña combinación entre el hábito de la limpieza y el desorden y aspecto de descuidado de algunas partes de su casa era difícil de

comprender, solamente quien conocía un poco más sobre los sucesos acontecidos en la última etapa de su vida podía saber que esto no siempre había sido así. Hacía apenas un par de años, aquel lugar había sido habitado por dos personas en lugar de una. Mariano, quien había sido pareja de Celeste por casi ocho años, convivía con ella en esa casa desde hacía al menos cinco. Él era arquitecto, alto y flaco, de pelo oscuro y ojos claros. Se habían conocido a través de Gualas, una amiga que tenían en común, que los había invitado a una reunión con motivo de la celebración de su mudanza y la adquisición de su casa propia. En un ambiente de fumadores, ambos habían coincidido en el patio mientras escapaban de la humareda que tenía lugar en el interior de la casa. Conversando y a pesar del frío, descubrieron que habían pasado al menos dos horas desde que habían salido. La conversación fluía sin problemas y los dos se sentían muy cómodos el uno con el otro hasta que un tercer participante de la reunión salió aturdido por el ruido de las voces sonando una sobre otra a niveles cada vez más altos y los interrumpió. El resto de la noche no tuvieron mucho más contacto salvo por algunas miradas cómplices referentes a cosas que habían hablado y que se veían representadas en la escena que presenciaban, como el caso de uno de sus amigos que a cada rato repetía como encabezado de cada cosa que decía «*La realidad es que...*». «Era una muletilla que tenía, y de ahí en adelante esa noche cada vez que lo decía se generaba automáticamente un cruce de miradas y risas por lo bajo entre Celeste y Mariano. Ella ya había arreglado previamente para volver a su casa con una amiga que vivía a la vuelta, por lo tanto Mariano sabía que ese no era el momento para acercarse más a ella. Prefirió ser paciente y esperar. Luego, pasados unos días habló con su amiga y le preguntó por Celeste. Su amiga, conociendo el temperamento de ella y sabiendo que no le gustaba difundir sus datos personales si no era estrictamente necesario, se negó a darle su número telefónico a Mariano a pesar de su insistencia. Finalmente, luego de un rato accedió a decirle dónde trabajaba. En aquella época ella trabajaba haciendo una pasantía facilitada por la facultad donde estudiaba y salía al mediodía. Él trabajaba en jornada completa en un estudio de arquitectura y logró inventar un falso día por examen para poder llegar a tiempo a encontrarla a ella en el momento en que saliera y provocar un encuentro «casual». Llegó al lugar casi diez minutos antes de la hora en que ella saldría, así que decidió caminar para pasar esos minutos sin estar evidentemente al

asecho de encontrarla. Según sus cálculos ella saldría de su trabajo hacia la derecha y doblaría a la derecha en la primera esquina. Por lo tanto comenzó a dar vueltas a la manzana en sentido contrario, esperando así encontrársela de frente cuando doblara. Luego de tres vueltas enteras a la manzana en las que caminaba velozmente las cuadras en que perdía la posibilidad de contacto visual si ella aparecía y daba pasos lentos en las cuadras donde se podía generar el encuentro, finalmente la vio venir. Se acomodó la ropa y se acercó mostrando el paso más firme y seguro que pudo.

—Celeste...—Le dijo como sorprendido de verla.

—¿Mariano? ¿Qué haces acá? — Le respondió ella auténticamente sorprendida.

—Vine a hacer un trámite al banco — Mintió él que ya tenía planificada la excusa para su presencia allí— ¿Vos? ¿Trabajás por acá?

—Si— Le respondió ella sin salir de su asombro — acá a la vuelta justo.

Celeste tenía la sensación de que ese encuentro casual no era tan casual pero no sospechando que él lo hubiese planeado, sino interpretándolo como una señal de que había algo entre ellos.

—¿Estás apurada? —Le preguntó Mariano— ¿Querés que vayamos a comer algo y charlamos un rato? Yo estoy muerto de hambre.

—Bueno, dale —respondió ella luego de pensarlo un segundo—. Iba para la casa de una amiga pero ahora le aviso que llego un rato más tarde. Vení, yo conozco un buen lugar que no se llena tanto de gente, ¿Te parece?

—Me parece una excelente idea — Le respondió con una sonrisa que le era muy difícil disimular.

A partir de ese almuerzo comenzaron a verse cada vez con mayor frecuencia, en principio en condiciones amistosas, hasta que una noche, casi sin darse cuenta estaban besándose y dando así inicio a la que terminó siendo la relación más larga de sus vidas hasta el momento.

Los primeros dos años fueron idílicos, compartían casi todo y se apoyaban incondicionalmente uno en el otro. Casi al final del segundo año decidieron mudarse juntos a la casa en la que Celeste vivía actualmente, tenían miles de proyectos juntos y un futuro a construir.

Con el correr del tiempo, ya en los mediados del quinto año las cosas habían comenzado a enfriarse. Ya no sentían la misma química que una vez había existido, la rutina los había marchitado lenta y

gradualmente. Los proyectos conjuntos se fueron transformando en proyectos individuales al tiempo que maduraban de maneras distintas y adoptaban visiones casi simétricamente opuestas de cómo querían vivir sus vidas. Para el séptimo año las cosas no sólo no habían mejorado sino que empeoraban cada vez más, la carrera laboral de Mariano lo había ido transformando de un joven estudiante con aspiraciones de un mundo mejor, en un gris y triste empresario que casi ni aplicaba los conocimientos sobre arquitectura para los que había estudiado sino que había sido devorado por una multinacional que le ofrecía sueños en forma de billetes. Vivía preocupado por el dinero y únicamente valoraba las cosas materiales. Ya no apoyaba las iniciativas de Celeste sino que más bien las rechazaba de raíz calificándolas de estupideces idealistas e irrealizables. Esto era algo que ella no podía tolerar pero le resultaba muy doloroso aceptar que aquello en lo que había puesto tanto empeño y sobre lo que había construido una idea de futuro compartido hoy se le desmoronaba a su alrededor. Ya no reconocía al hombre que tenía al lado y la relación se tornó insostenible hasta que un día él le confesó que hacía tiempo estaba teniendo una relación con una compañera de trabajo y que ella ahora estaba embarazada. El corazón de Celeste se quebró mientras ahogaba el llanto. Luego, con el correr del tiempo, las cicatrices habían formado una coraza endurecida que no permitía a nadie llegar hasta ella. La desilusión que había experimentado sumada a la frustración de sentirse una idiota por no darse cuenta de lo que estaba pasando habían hecho que construyera, a modo de defensa, un personaje frío y distante que muy pocas veces dejaba salir su verdadero yo por miedo a ser lastimada.

Su relación con Alejandro siempre había sido puramente profesional, al menos para ella, y nunca lo había considerado más allá de esto, en realidad, nunca había considerado a nadie más allá de cierto nivel de confianza. Sin embargo, sentada en su cama y cuidándolo, sentía que a pesar de no querer reconocerlo, algo le pasaba con él. Siempre la habían irritado ciertos aspectos de la personalidad de Alejandro pero aun así, de alguna forma, las consideraba simpáticas en ese momento. No sabía si era un estado de emoción inestable derivado de la compleja situación que estaban viviendo pero no podía negar que en esta sucesión de eventos transcurridos había sentido una conexión especial con él y más importante aún, la había hecho sentir ella misma después de mucho tiempo. Se sentía un poco tonta y extrañada de sí misma por la manera

en que había avanzado sobre él y su indecisión en aquel balcón akfundriano. Pero lo que más le extrañaba era que ésta situación no le había provocado frustración a raíz de la evasiva respuesta de Alejandro sino que por el contrario le había generado ternura. Ella sabía que a él le costaba desenvolverse en ciertas circunstancias y había aprendido a entenderlo. Era consciente de que Alejandro era la primera persona que había logrado llegar hasta ella a través de todas las barreras y todo el sistema de defensa que tenía para evitarlo pero igualmente una parte de ella seguía diciéndole que sea precavida, que espere, que tenga cuidado, y esto generaba un conflicto en su interior entre lo que le decía su corazón que intentaba volver a latir nuevamente y la racionalidad que le marcaba el dolor de su experiencia pasada y le recomendaba mantenerse al margen.

El sol ya había salido y la realidad exigía una serie de demandas extraordinarias en un mundo convulsionado por la incertidumbre y el desconcierto. Sin embargo, ella se resistía a arrancar ese día, prefería quedarse allí en su habitación, cuidando del todavía inconsciente Alejandro y acariciando su cabeza. A pesar de la preocupación, esa situación le generaba una sensación de paz que sabía que terminaría en cuanto se levantase. Sus ojos estaban enrojecidos a causa de la irritación derivada del casi inexistente tiempo de sueño que había tenido durante la noche y su cuerpo le reclamaba más descanso del que le habían ofrecido. Seguía abstraída en sus pensamientos cuando de repente una idea cruzó por su cabeza ya agotada de pensar las cosas del derecho y del revés, una idea algo infantil que en ese momento, cuando todo empieza a volverse relativo y los complejos y traumas bajan la guardia, comienzan a ganar fuerza como si fueran excelentes iniciativas. Pensó que sería una buena idea darle un beso a Alejandro mientras estaba inconsciente, de esa manera ella obedecería un impulso que le surgía y al mismo tiempo no tendría consecuencias dado que él nunca lo sabría. Se enderezó un poco en la cama y se ató el pelo para que no le molestase. Luego, mientras sonreía nerviosamente como una adolescente que estaba a punto de hacer algo que sabía que sus padres no le permitían, se acercó tímidamente tratando de no despertarlo, incluso sabiendo que estaba inconsciente. Se apoyó de manera de quedar de costado, perpendicular a él y acercó lentamente sus labios a los de él. La distancia era cada vez menor, ya casi se tocaban, ella cerró sus ojos para besarlo y fue en ese preciso momento cuando él abrió los suyos sacudiéndose

como si se despertara de una pesadilla. Celeste sintió el movimiento y automáticamente retrocedió avergonzada y sobresaltada. Alejandro recuperó la consciencia y se sentó bruscamente en la cama tomándose la cabeza. Celeste lo miró preocupada.

—¡Ale! ¿Estás bien?— Le preguntó volviendo un poco y poniendo la mano sobre su hombro.

Alejandro se frotó los ojos, la miró fijo y le dijo serio y decidido.

—¡Vamos! No tenemos tiempo que perder. Puede que tengamos sólo una oportunidad para arreglar esto.

CAPITULO 17

«¿Estás seguro?»

Juan se había levantado del sofá hacía un rato, cansado de intentar conciliar el sueño durante toda la noche y apenas consiguiéndolo. Estaba de pie junto a una de las ventanas del living de la casa de Celeste observando el cielo que durante la última hora había ido pasando gradualmente de despejado a nublado y oscuro. La temperatura había descendido abruptamente desde el día anterior. La gente comenzaba a moverse por la calle y se veían circular autos y colectivos. Al parecer se habían logrado restituir varios servicios durante la noche. Juan tuvo un escalofrío provocado por el contacto de su nariz con el frío vidrio de la ventana y se acercó a la estufa en busca de calor. Aprovecho que Milton había ido al baño y prendió el televisor. Los canales de noticias ya habían hecho del extraño evento un gigantesco negocio, transmitiendo todo el tiempo videos caseros de lo ocurrido y entrevistando gente que nada podía saber de las causas de lo sucedido pero que fervorosamente emitían su opinión a base de teorías y conjeturas sin fundamento que llenaban horas y horas de aire. Mientras tanto, durante las publicidades se anunciaban ediciones especiales de revistas y suplementos extraordinarios de diarios respecto al tema. Era todo un gran circo de la ignorancia y la desinformación. Como era habitual, el sufrimiento y la desazón derivados de una catástrofe natural o un accidente grave, eran rápidamente traducidos en puntos de rating por los empresarios televisivos. Lo único realmente válido de las transmisiones eran los momentos en que anunciaban el funcionamiento o no de determinados servicios y el importante papel que cumplían como nexo entre gente

que intentaba encontrarse y no lograba comunicarse por otros medios, ofreciendo una base de datos de libre consulta.

Juan se desperezaba y veía las noticias mientras Milton salía del baño con las manos congeladas porque habían olvidado prender el calefón y en consecuencia no había agua caliente por el momento. Juan estuvo a punto de hacerle un chiste al respecto cuando se abrió la puerta de la habitación y salió Alejandro seguido por Celeste

—¡Ale, estás bien! — Juan se alegró de verlo consciente y de pie.

—Estábamos preocupados —acotó Milton acercándose a él—. Es increíble lo que me contaron los chicos, está más allá de lo que jamás me hubiese imaginado. ¿Y qué te pasó? ¿Qué te acordas de antes de regresar acá? ¿Cómo te...

—No hay tiempo para eso —lo interrumpió Alejandro cortante— Tenemos que apurarnos, después les explico, ahora van a tener que confiar en mi, cada instante es vital, abríguense y síganme.

Alejandro se dirigió decidido hacia la puerta de salida pero Milton se interpuso en su camino deteniéndolo.

—¿Estás seguro de que estás bien? —le preguntó mirándolo fijamente a los ojos.

Milton había aprendido a lo largo de los años que llevaban trabajando juntos a interpretar las expresiones de Alejandro, y ésta en particular lo preocupaba porque era distinta a cualquiera que hubiera visto antes en él.

—Contestame —Insistió ante la falta de respuesta de Alejandro— ¿Estás seguro de que estás bien?

—No —reconoció finalmente—. Pero de lo que sí estoy seguro es de que si no nos movemos cuanto antes, ninguno de nosotros va a estar bien.

Los ojos de Alejandro transmitían sinceridad y una seguridad extraña en él.

—Por favor, confíen en mi, después les explico todo, ahora necesito contar con ustedes. ¿Están conmigo?

Miró uno a uno a sus compañeros que se unificaron en un gesto afirmativo, tomaron sus abrigos y se dispusieron a salir.

El exterior de la casa mostraba un panorama que invitaba más a volver a acostarse y esperar que todo pase antes que salir a enfrentarlo. Las nubes cubrían el cielo por completo, el frío helaba los huesos y se robaba la sensibilidad de los músculos que se sentían anestesiados.

Con sólo dos minutos allí afuera era suficiente para producir hipotermia en cualquiera que no estuviese debidamente protegido contra aquellas temperaturas. El viento era significativamente importante y enrojecía por quemaduras de frío las pequeñas partes de la cara que quedaban expuestas a la temperatura ambiente mientras trasladaba los primeros copos de nieve que comenzaban a caer en ese instante.

—Necesitamos un vehículo. ¿Dónde está tu auto? — Alejandro buscaba el Peugeot 205 azul oscuro de Celeste en los alrededores.

—Está en la cochera —respondió ella—. Pero está bastante golpeado, anoche llegó con dificultad hasta aquí. No sé cuanto pueda resistir.

—Vamos a averiguarlo enseguida —dijo Juan dirigiéndose con dificultad hasta el portón de la cochera por la fuerza que ejercía el viento que soplaba en la dirección contraria.

El auto se veía realmente golpeado, los guardabarros estaban abollados y los amortiguadores habían sido duramente castigados. Intentaron darle marcha pero no arrancó. El frío había congelado algunos componentes del motor por lo que se vieron obligados a quitarles la escarcha que se había formado en torno a ellos y a utilizar todos los métodos que disponían para proveerle calor, incluyendo fósforos, velas y estufas eléctricas portátiles. Aun así, una vez lograda una temperatura más acorde, el motor seguía negándose a encender.

—Vamos a tener que empujarlo — Indicó Milton viendo que no tenían muchas alternativas.

Con esfuerzo consiguieron llevar el vehículo hasta la calle y se disponían a empujarlo en ese momento ya que el viento acompañaba en la dirección que querían ir pero podía llegar a cambiar en cualquier momento.

—Manejá vos que nosotros empujamos — Le indicó Alejandro a Celeste a los gritos ya que las ráfagas de viento dispersaban las voces con facilidad.

—Ok —le respondió ella pero cuando estaba por ingresar al auto se dio cuenta de que faltaba un detalle—. ¡Esperen! —les gritó—. ¡Faltan las cadenas para las ruedas, sin eso no vamos a llegar a ningún lado! ¡Quedaron en el garaje!

—¡Yo las traigo! —gritó Juan mientras regresaba nuevamente a la cochera.

Cada momento de espera se hacía interminable, los dedos de los

pies se sentían como si en cualquier próximo paso pudieran quebrarse fácilmente y desprenderse del cuerpo como si fueran de madera balsa. Juan trajo las cadenas y las colocaron en las ruedas lo más rápido posible. Luego comenzaron a empujarlo, afortunadamente el viento seguía soplando favorablemente y hacía realizable una tarea que de otra manera se hubiera vuelto impracticable. Celeste ya estaba dentro del auto en el lugar del conductor y sus tres compañeros empujaban el vehículo en dirección a la esquina más lejana. Luego de dos intentos fallidos que incluyeron un resbalón de Milton que había golpeado contra el suelo nuevamente y un tropiezo de Juan que se había golpeado levemente la cabeza contra el paragolpes trasero, finalmente el tercero funcionó y el auto encendió. Alejandro se acercó a la ventanilla del conductor y le indicó a Celeste que se pasara al asiento del acompañante y lo dejara conducir a él. Celeste dudó ya que era su auto y no solía dejar que nadie más lo condujera pero luego recordó las palabras de Alejandro de hacía unos momentos y decidió confiar en que había una buena razón para que se lo solicitara. Juan y Milton se sentaron en el asiento trasero y ajustaron sus cinturones de seguridad. El viento sacudía el auto insistentemente mientras Alejandro pisaba el pedal del acelerador sin poner la marcha para asegurarse de que el motor alcanzara una temperatura adecuada y no se detuviera nuevamente a los pocos metros de salir. El humo blanco que salía del caño de escape daba muestra de la diferencia de temperatura entre el calor generado por el motor y las condiciones exteriores del ambiente. En cuanto el indicador de revoluciones por minuto se estabilizó en la señal de mil arrancaron. Doblaron en la primera esquina a la izquierda, en la siguiente nuevamente hacia el mismo lado y luego de dos cuadras más hacia la derecha. Ninguno salvo Alejandro sabía hacia donde se dirigían.

—¿A dónde estamos yendo?— Le preguntó Celeste al ver que no se dirigían al Centro Atómico sino que iban en una dirección que no llevaba a ningún lugar que considerara que pudiera serles útil.

—Vamos al Observatorio— Señaló él.

—¿Al Observatorio astronómico Peumayen? ¿Para qué?— preguntó Milton un poco molesto por tanto misterio.

—Tenemos que encontrarnos ahí con alguien— respondió Alejandro mientras sacaba su teléfono celular del bolsillo y se lo daba a Celeste— Tomá, llama a Román Corlutti.

Las caras de sus compañeros se transfiguraron en un gesto que

expresaba un importante aumento en el nivel de desconcierto que tenían por sobre el ya complejo escenario que transcurrían.

—¿Román Corlutti? ¿Estás seguro de lo que decís?— Juan empezaba a creer que Alejandro no estaba en su sano juicio y que en realidad estaba en un estado de inconsciencia consciente.

—¿De verdad me estás pidiendo que lo llame a Román?— Celeste necesitaba estar segura de lo que había escuchado antes de hacer un llamado así.

Román Corlutti era ingeniero nuclear especializado en el estudio de ondas magnéticas derivadas de la actividad atómica, y era un antiguo amigo de Alejandro, o mejor dicho, un ex amigo. Habían crecido juntos, Román vivía a dos casas de la de Alejandro. Se había mudado a ese barrio cuando ambos tenían catorce años. Comenzaron su relación por una cuestión más que nada geográfica de proximidad pero luego fueron forjando una gran amistad. Habían sido compañeros de salidas, habían pasado largos momentos analizando cómo conseguir que las chicas que les gustaban les dieran una oportunidad y desarrollando infinidad de estrategias delirantes para lograrlo. Habían compartido muchos momentos, algunos buenos, otros muy malos como cuando falleció el padre de Román pero siempre sabían que contaban el uno con el otro. Esto fue así durante años, hasta que llegó un día en el que pensaron que sería una buena idea invertir en un negocio conjunto que les permitiera financiarse lo que les quedaba para completar sus estudios universitarios. Pusieron un kiosco y lo trabajaban en dos turnos acomodando sus horarios de facultad con la franja horaria que les quedaba libre. La iniciativa funcionó bien por un tiempo pero luego comenzaron a aparecer problemas de dinero. Román se quedaba con una parte mayor a la de Alejandro argumentando que tenía una serie de gastos excepcionales. Esto no representaba un problema en el corto plazo pero a lo largo de las semanas se fue volviendo incómodo e inequitativo. Alejandro previendo un aumento en los conflictos que esto generaba y no dispuesto a comprometer su amistad por cuestiones de dinero, decidió dar un paso al costado y dejarle la explotación del kiosco a su amigo. Cada vez que Alejandro recuerda esta historia en retrospectiva reflexiona: «si se hubiera quedado en eso estaría todo bien». El problema es que no fue así, un tiempo después del alejamiento de Alejandro del emprendimiento, Román se acercó a él diciéndole que las cosas no iban bien y que necesitaba un préstamo. Alejandro

dudo un momento porque realmente no disponía de la cantidad que le pedía. Es decir, podía llegar a conseguirla pero si no la recuperaba enseguida se vería envuelto en serios problemas financieros dado que él mismo tenía una importante cantidad de deudas por pagar. Sin embargo, considerando la larga historia que los unía y la confianza que habían sabido tener, accedió al préstamo poniendo un especial énfasis en que era por un muy corto plazo y que era fundamental que se comprometiera a devolvérselo en esas condiciones porque si no sería él quien estuviera en problemas. Román asintió y se comprometió a las condiciones que Alejandro le proponía, agradeciéndole enormemente y asegurándole que no lo iba a defraudar y que podía confiar en él...

El tiempo pasó, el momento de la devolución también pero Román no cumplió con su promesa. Alejandro trató de ubicarlo llamándolo repetidas veces pero no le atendía el teléfono, se acercaba al kiosco pero había otra persona atendiéndolo, un empleado seguramente. Ni siquiera en la casa lograba encontrarse con él ya que por más que tocase el timbre nadie atendía. Alejandro decidió finalmente dar por perdido aquel dinero y se vio obligado a incurrir en prestamos él mismo para hacer frente a sus obligaciones. Le llevó un largo tiempo librarse de las deudas que había contraído en ese momento pero la desilusión y el desengaño que le provocaba aquella actitud de quien él consideraba su mejor amigo habían generado heridas que hasta hoy en día no habían terminado de cicatrizar.

A pesar de esto y del hecho de que prácticamente no habían vuelto a hablarse desde ese entonces, había una serie de circunstancias que ambos sentían como superiores a ellos mismos. Esto provenía de un conjunto de pactos que habían hecho solemnemente cuando eran adolescentes, y que más allá de todo lo que había pasado, ninguno era capaz de quebrarlos, y si esto requería verse o coordinar algo entre los dos, lo hacían aun a regañadientes. Era básicamente lo único que los unía en ese momento, probablemente porque en algún punto ninguno aceptaba perder completamente aquel vínculo que habían tenido en otro tiempo. Algunas cosas eran principios que cumplían por separado, cada uno en su vida, como el pacto de no fumar, el de no consumir drogas o el de usar siempre medias rojas los días que jugase Independiente; y en dos ocasiones habían tenido que interactuar. Una había sido en ocasión en que Alejandro había sufrido un accidente automovilístico y se había visto obligado a llamar a Román por el pacto

de «Siempre avisar al otro en caso de accidentes, más allá de la relación que haya en ese momento». Roman había ido al hospital y se había puesto a disposición de lo que se necesitase en ese momento, dejando de lado la distancia que tenían para enfocarse en el problema más urgente. La segunda vez había sido cuando Independiente logró un título local, a causa del pacto «siempre que salga campeón Independiente vamos a ir al obelisco juntos a festejar». Los pactos que habían hecho iban de lo más superficial a los más serio, y de lo más factible a lo más absurdo. Así y todo ambos los cumplían como si fueran sus leyes sagradas, un fragmento de niñez que les recordaba de donde venían.

Quien más sabía de esta historia, por antigüedad en el equipo, era Milton. Los demás conocían el relato en líneas generales por lo que Milton les había contado y por algunos comentarios que Alejandro hacía cada tanto. Al ser un especialista, muchas veces hubiese resultado de mucha utilidad realizarle alguna consulta pero Alejandro prefería no hacerlo a menos que no le quedara ninguna otra alternativa, a veces elegía recorrer un camino mucho más largo para llegar a lo que quería por el sólo hecho de evitar contactarlo. Justamente por eso es que llamaba tanto la atención de sus compañeros que expresamente estuviera pidiendo que lo llamen a él sin dudarlo, sin dar mil vueltas tratando de encontrar otra opción.

Celeste sostenía el celular de Alejandro en su mano derecha incrédula de la seguridad con que Alejandro le hablaba.

—¿Y qué le digo? —preguntó finalmente al ver que iba en serio.

Alejandro hizo un momento de silencio mientras manejaba. De todos los pactos que habían hecho durante su amistad, nunca pensó que fuera justamente ese el que alguna vez debería invocar. Lo habían hecho casi como un chiste, como una locura de adolescente, una de esas cosas que uno da por hecho que jamás en la vida se aplicará pero de todos modos se comprometieron a respetarlo. La nieve se hacía cada vez más densa, y el viento azotaba con furia. El camino se iba tornando cada vez más dificultoso de transitar y los limpiaparabrisas no daban abasto. Alejandro sujetó firme el volante y dijo:

—Decile que digo yo que necesito que vaya para el observatorio, y a continuación decile exactamente estas palabras: «Humanidad en Peligro.»

CAPITULO 18

«Corlutti»

Un profundo silencio envolvió el interior del auto en el que viajaban, unos pocos segundos de quietud tan intensos que predecían una inevitable tormenta de preguntas a punto de estallar. Alejandro era consciente de esto, por eso se adelantó a esa situación y les dijo justo cuando Milton llenaba sus pulmones de aire para descargar su batería de dudas y exigencias sobre él.

—Antes de preguntarme algo, les pido que esperen cinco minutos, nada más. Necesito que Celeste haga ese llamado a Román y en cuanto corte les explico lo que sé.

Un suspiro general de descontento se sintió en el vehículo mientras Alejandro hacía malabares para mantener la dirección correcta a través de la nieve y el viento. Celeste miró a sus compañeros ubicados en el asiento trasero con gesto serio y preocupado y se dispuso a llamar por teléfono. Cuando estaba marcando el número con el que debía comunicarse, el auto dio un repentino sacudón causado por un desnivel en el camino oculto bajo la nieve que lo había hecho desestabilizar. Alejandro tuvo que maniobrar arduamente para evitar que el vehículo saliera de la ruta impactando con los árboles del costado. El celular cayó al piso, debajo del asiento del acompañante mientras que todos los ocupantes se tomaban fuertemente de lo que podían para no salir despedidos hacia fuera ni golpearse entre sí o con el interior del 205. Juan se agachó y recogió el teléfono devolviéndoselo a Celeste en cuanto el movimiento del viaje se estabilizó. Ella lo tomó con más fuerza esta vez y marcó el número con serias dudas de que las líneas hubiesen

vuelto a funcionar en plenitud tan pronto. Sin embargo estaba equivocada, y luego de un momento atendieron su llamado:

—Hola Alejandro —respondió una voz particularmente grave del otro lado de la línea con un tono apático y distante.

—Hola Román, no soy Alejandro. Yo soy Celeste y te estoy llamando del celular de él —aclaró ante el saludo seco y frío.

—Ah, hola Celeste ¿Cómo estás? —El tono había cambiado drásticamente, ahora era jovial y entusiasta—. ¿Te puedo ayudar en algo?

—Sí, en realidad Alejandro me pidió que te llamara

—Qué raro, siempre evitando el contacto conmigo... ¿Qué quiere ahora?

—Me pidió que te dijera que vayas hasta el observatorio Peumayen y que nos veas ahí, nosotros estamos en camino.

—¿Hasta el observatorio ahora? ¡Es una locura la calle! ¿Vos viste la terrible tormenta de nieve que hay? ¿Qué le pasa, se volvió loco?

—No sé —contestó ella con sinceridad—. Pero también me pidió que te dijera estas palabras: «Humanidad en peligro»

—Perdón, ¿Cómo me dijiste? —preguntó Román con tono preocupado, como esperando haber escuchado mal.

—Me pidió que te dijera «Humanidad en Peligro»

—Hubiera deseado haber escuchado mal —respondió solemnemente—. Voy para allá enseguida.

—Ok, muchas gra...

Las palabras de Celeste quedaron por la mitad al interrumpirse la comunicación abruptamente. Mientras fruncía el entrecejo por la manera en que Román le había cortado, comenzó a darse cuenta de que la interrupción en la comunicación podía haberse debido a otra cosa, los vellos de los brazos comenzaron a erizarse y comenzó a sentir una extraña sensación en el estómago.

—¡No! ¡Está pasando otra vez! —exclamó Milton con un tono casi histérico—. ¡Agárrense de algo! ¡Ale, andá para la parte más blanda de la nieve!

Pero no hubo tiempo, en un instante el tiempo pareció detenerse, los copos de nieve se habían quedado suspendidos en el aire y su movimiento se volvía errático y en cámara lenta. Todos sintieron una levedad intensa y sólo eran contenidos en sus asientos por los cinturones de seguridad que los ajustaban a ellos. Las miradas de terror de los

cuatro se mezclaban con los gritos que intentaban en vano encontrar una salida viable a la situación. El auto en el que iban llevaba una alta velocidad y se desprendió del suelo levantando vuelo por unos pocos segundos hasta que la gravedad regresó de pronto e impactó nuevamente sobre la nieve que se encontraba cubriendo la ruta. Afortunadamente por el escaso lapso que duró esta vez el evento, no lograron elevarse más de un metro por lo cual el golpe no fue tan drástico, sin embargo fue lo suficientemente violento como para desestabilizar por completo el vehículo que al caer y no lograr ser controlado por un enérgico pero impotente Alejandro, comenzó a girar patinando sobre la nieve como un trompo fuera de control para finalmente terminar colisionando de frente contra un enorme árbol que se encontraba a poca distancia de la ruta. Los tripulantes se sacudieron en sus lugares por el impacto, nuevamente el hecho de llevar puestos los cinturones de seguridad los salvó de salir despedidos hacia delante hacia una muerte casi segura. Alejandro se tomó el hombro dolido por la fuerza que había hecho su cuerpo contra el dispositivo de seguridad y rápidamente se giró hacia sus compañeros

—¿Están Bien? —les gritó como si se encontraran a cincuenta metros de distancia.

La nieve que hacía apenas unos momentos había estado suspendida como en una postal, había vuelto a tener la violencia que le imprimía el fuerte viento que soplaba e impactaba contra sus rostros ahora desprovistos de un parabrisas que los resguarde.

Celeste se tomaba la cabeza con una de sus manos y un hilo de sangre se escurría por su muñeca. Alejandro se quitó el cinturón de seguridad a toda velocidad para ver que ella se encontrara bien.

—Estoy bien —le dijo ella deteniéndolo con su otra mano—. Solamente me golpeé un poco con la ventanilla en el impacto, me lastimé muy poco, no es nada grave.

Alejandro retrocedió y miró a sus compañeros en el asiento trasero, ambos estaban conscientes y con sus mejillas enrojecidas por el frío viento que ingresaba en el auto.

—¡Vamos! —les dijo una vez que estuvo seguro de que todos estaban en condiciones—. Tenemos que llegar al observatorio todavía, no estamos lejos.

Bajaron del vehículo de Celeste envolviéndose todo lo que podían con el abrigo que llevaban puesto y siguieron a Alejandro que avanzaba

a pie por la ruta dejando atrás el auto. El observatorio estaba apenas a un kilómetro de distancia, debían llegar enseguida, sin embargo, las condiciones climáticas adversas jugaban en contra del logro de este objetivo. Por el contrario de lo que había ocurrido cuando intentaban empujar el auto para arrancarlo, cuando el viento soplaba a su favor, en este momento soplaba en sentido contrario al que ellos iban haciendo muy difícil avanzar en su contra. Caminaban con mucha dificultad en fila india por la difusa banquina al costado del camino principal. El viento se llevaba las ondas sonoras casi instantáneamente, por lo tanto se veían obligados a comunicarse únicamente por señas. Alejandro llevaba la delantera, seguido por Celeste, Milton y Juan. Habían recorrido casi quinientos metros cuando de pronto Alejandro detuvo la marcha e hizo gestos a los demás para que se detengan. Entrecerró sus ojos para agudizar su visión, algo allá adelante no se veía bien. Pero ¿Qué era? Parecía estar quieto por momentos, luego parecía moverse. No lograba distinguir de qué se trataba pero sabía que algo no estaba bien. Escrutaba el horizonte cercano tratando de asegurarse si se trataba de un peligro pero el viento y la nieve disminuían la visión notablemente, hasta que en un momento logró ver y distinguir de qué se trataba. Apenas tuvo tiempo de gritar en vano a sus compañeros que se arrojaran al suelo mientras les hacía gestos con las manos. Por una milésima de segundo lograron interpretar las señas de Alejandro y lanzarse decididamente sobre la fría nieve que cubría el pavimento, cuando una chapa, probablemente desprendida de algún techo mal asegurado, pasó volando violentamente sobre ellos amenazando con rebanar cualquier parte de sus cuerpos con la que hiciera contacto. Pudieron sentir la fuerza que ejercía al pasar rozándolos como un camión hace temblar un auto al pasarle por al lado viniendo de frente. A pesar del frío, sus corazones latían con fuerza. La adrenalina generada por esta experiencia les proveyó de la energía que les faltaba para llegar al observatorio. Ya recuperados y habiendo avanzado unos doscientos metros más divisaron una luz que iluminaba los copos de nieve en la oscuridad de ese día gris. Unos instantes después un auto verde oscuro que circulaba en su misma dirección se detuvo delante de ellos con las balizas puestas y los limpiaparabrisas a máxima potencia. La puerta del acompañante se abrió levemente y una mano se asomó haciéndoles gestos de que suban. Se acercaron con cierta desconfianza aunque con mucho frío y necesidad de abrigo. Al llegar a la altura del vehículo vieron a Román Corlutti

que se encontraba al volante, tenía un gesto serio y unas ojeras pronunciadamente marcadas. Llevaba el cabello rubio corto, casi al ras, y una barba de tres días que le daba un aspecto un tanto desprolijo.

—No se queden ahí parados — Les dijo mientras se sonaba su aguileña nariz con un pañuelo — Suban que entra todo el frío.

Milton subió en el asiento del acompañante mientras que los demás se acomodaron en el asiento trasero. Alejandro voluntariamente elegía siempre la posición con menos contacto posible con su antiguo amigo.

—Tienen suerte de que los haya encontrado, imagino que la interrupción gravitatoria de hace un momento los disparó contra ese árbol de la curva—. Román hablaba con un dejo de superioridad en su voz — Por fortuna vivo cerca y ocurrió antes de que llegara a subirme al auto.

—Sí, menos mal que...

—No te llamé para escuchar tus idioteces — Sentenció Alejandro interrumpiendo a Juan con agresividad — Si fuera así te llamaría en cualquier momento. Esto es serio.

—Ya lo sé que es serio. ¿Pensás que soy un ignorante? Y aunque lo fuera, cualquiera se da cuenta de que esto no puede estar bien.

La conversación ya en sus primeros pasos se iba convirtiendo muy velozmente en una férrea discusión.

—Ocupate de llevarnos a todos hasta el observatorio ahora en vez de hacernos comentarios intrascendentes — Cada palabra de Alejandro estaba cargada de resentimiento.

—Si tanto me vas a agredir ¿Para qué me llamaste? ¿O es que tenías ganas de agarrártelas con alguien y yo fui el primer gil que se te vino a la cabeza? — Román perdía la paciencia rápidamente mientras intentaba seguir manejando y sonar su nariz nuevamente al mismo tiempo — Además vos invocaste uno de los pactos que nos obligan, por eso vine. ¿De qué se trata? ¿Podés ser un poco más específico?

—Eso es lo que estamos esperando desde ya no sé hace cuánto—. Reclamó Milton que conocía a Román de un congreso del que habían participado.

—Es cierto—Acotó tibiamente Juan al ver que el reclamo se generalizaba.

—Ya es hora de que nos...

—¡Cuidado!

El grito de Celeste obligó a Román a maniobrar bruscamente para

evitar chocar con un vehículo que venía de frente directo hacia ellos y fuera de control. Inmersos en los reclamos hacia Alejandro habían perdido la atención en el camino y no era un momento adecuado para descuidos de ningún tipo. El auto pasó a centímetros del espejo del conductor y terminó frenando a unos cien metros detrás de ellos. El auto de Román amagó con perder el control tal y como lo había hecho el de Celeste pero tuvo mejor fortuna y las cadenas de las ruedas lograron aferrarse al suelo hasta estabilizarse nuevamente.

A partir de ese momento se hizo un silencio ensordecedor en el interior de aquel auto verde. Los reclamos parecían estar dispuestos a esperar hasta salir de ese inhóspito ambiente. Todos fueron serios y con la mirada fija en la ruta que tenían por delante durante las últimas cuerdas que los separaban del observatorio Peumayen.

El estacionamiento del observatorio se encontraba desierto y cubierto de nieve. Estacionaron donde pudieron y se dirigieron hacia el interior, sólo un guardia de seguridad custodiaba las instalaciones fuera de funcionamiento debido a las pésimas condiciones climáticas.

—Está bien, vienen conmigo —le dijo Roman al guardia de seguridad, quien los dejó ingresar inmediatamente.

El ambiente en el interior era cálido, no sabían si por la calefacción o por la extrema temperatura que habían soportado en el exterior. Prepararon café instantáneo para todos para devolver la sensibilidad de sus extremidades y a todo su cuerpo y se sentaron. Inmediatamente Alejandro se paró nuevamente y les dijo:

—Ok, ya es tiempo de explicarles.

CAPITULO 19

«El gran logro»

El ambiente estaba revuelto, la ansiedad se respiraba en el aire. Mientras se desarrollaban todos los preparativos, Insterlock se paseaba contorneando los ventanales ovalados por donde una luz rojiza iluminaba uno de sus ojos. El salón de reunión y funcionamiento del Norventork estaba siendo acondicionado para una exposición muy importante. A diferencia de La Tierra, donde ni siquiera habían pasado veinticuatro horas, en Akfundria había pasado un largo tiempo. La pérdida de contacto con sus huéspedes no había pasado desapercibida. Era algo que no esperaban, estaban preparados para una enorme cantidad de eventualidades pero lo que había ocurrido los había dejado perplejos y sin respuestas.

Un akfundriano joven se acercó respetuosamente a Insterlock y le dijo:

—Imbronteck está en camino, me acaban de decir que se demoró en el C.I.D. corroborando algunos datos.

—Sí, estaba al tanto —respondió Insterlock con calma mientras rascaba su larga trompa con una de sus patas.

—En cuanto sepa algo de Lebercont se lo informo —volvió a decir el joven akfundriano de ojos pequeños que era de poco hablar y mucho hacer.

—Muchas gracias Tromentelk, valoro mucho tu ayuda durante toda esta etapa, si todo sale bien, hoy le daremos una conclusión como corresponde.

Tromentelk era apenas un estudiante en plena formación cuando ocurrió la pérdida de señal abrupta de los tres visitantes. A partir de ese momento había comenzado a tomar cada vez mayor importancia en el desarrollo de la extensa investigación y estudio del origen de las causas de la ocurrencia de aquello. Había llevado mucho tiempo comprender lo que había sucedido y Tromentelk había jugado un rol clave para conseguirlo. Sin embargo, y a pesar de ser un avance extraordinario para la comprensión de los eventos sucedidos en ese momento, su mayor logro no radicaba en el protagonismo que había tenido en la investigación de las causas, sino más bien el que había tenido en la investigación y desarrollo que ocurrió después de dilucidados los detonantes de aquella situación. Fue en esa etapa cuando logró construir una alta reputación que era respetada por todos al conseguir concretar algo que numerosas generaciones de akfundrianos antes que él no habían podido alcanzar, y los resultados finales de aquello eran los que se iban a exponer en la presentación que tendría lugar en el Norventork ese día.

Insterlock continuaba desplazándose de un lado a otro con una mezcla entre ansiedad y entusiasmo cuando ingresó en el salón Imbronteck proveniente del C.I.D.

—Vengo del C.I.D —le dijo mientras se acercaba—. Están terminando de configurar las conexiones para que generen el enlace entre la plataforma de aquí y la infraestructura de allá.

—Me alegro —respondió Insterlock—. No veo la hora de que termine todo esto.

—¿A qué te referís? Si todo está marchando sobre ruedas.

—Ya lo sé — Insterlock se frotó las patas superiores y se sentó en uno de los sillones alrededor de la mesa principal — No es que no esté contento. Todo lo contrario, estoy muy entusiasmado al respecto pero ese mismo entusiasmo me genera ansiedad y se me hace larga la espera hasta el momento en que la presentación se lleve a cabo y los resultados se hagan finalmente concretos.

—Tranquilo, no te preocupes —lo calmó Imbronteck—. Todas las pruebas teóricas están realizadas y con resultados positivos. Luego de eso es prácticamente imposible que algo salga mal.

—Sí, también estábamos convencidos de eso cuando trajimos a los humanos, sin embargo los imprevistos pueden ocurrir.

—Esperemos que no. Mientras tanto, ¿Por qué no me acompañas

al C.I.D. nuevamente? Tal vez ver cómo se está preparando todo te serene un poco y dejes de estar tan ansioso.

—Me parece una buena idea, vamos.

Si bien existían túneles subterráneos que comunicaban el edificio del Norventork con el salón principal del C.I.D. para uso exclusivo de los miembros de la comisión norventorkial, que había quedado como una antigua vía de escape que en la antigüedad conectaba el palacio imperial con el principal centro de control akfundriano ubicado en el mismo lugar donde se encontraba el Centro de Investigación en la actualidad, Insterlock e Imbronteck prefirieron salir al exterior y transitar el trecho que los separaba de su destino recorriendo la ciudad. Al salir del edificio inmediatamente se sentía en el ambiente una alegría implícita. La población akfundriana se sentía parte de este avance y lo percibía como un crecimiento en lo cultural y en lo social. Era la sensación de haber derribado una de las barreras que mayor resistencia había opuesto a lo largo del tiempo. Ambos miembros del Norventork recibían afectuosos saludos y muestras de apoyo, no a ellos particularmente, sino de un éxito compartido que estaba en vísperas de concretarse.

Un akfundriano que se lo notaba mayor en edad, llegando a la última etapa de su vida se acercó a ellos lentamente hasta interceptarlos y les dijo:

—No puedo creer que este día finalmente haya llegado, sinceramente a esta altura pensé que no viviría para verlo.

Las palabras del anciano emocionaron a Insterlock

—La verdad que ha sido todo un esfuerzo —le respondió—. Ha llevado mucho tiempo y mucho empeño pero pareciera que lo hemos logrado.

—Si lo sabré yo —replicó el anciano—. Yo participé del equipo de investigación que estudió todo este desarrollo en la época de Trempstel, y hasta ese entonces parecía algo imposible de realizar.

El anciano se veía cansado pero con un gesto de cálida satisfacción.

—Creo que ni el más optimista hubiera pronosticado llegar a este punto —comentó Imbronteck—. Hasta las últimas pruebas teóricas muchos permanecían escépticos.

—Imagínense lo que hubiera pasado si se lograba alcanzar esta meta a tiempo, cuántas vidas se podrían haber salvado...

La expresión del anciano pasó a tomar la forma de un gesto algo melancólico

—Bueno, este es un momento de festejo y de alegría que hay que disfrutar —dijo finalmente recuperándose de ese momento de recuerdos—. Continúen con su camino, no los quiero retener más. De todos modos estaré atento a la presentación cuando se realice.

Expresiones como aquella abundaban en los alrededores del centro de la ciudad. Prosiguieron su camino durante el corto camino que les quedaba recorrer hasta el C.I.D. y una vez allí se dirigieron hacia el salón principal. El interior del salón mostraba un despliegue excepcional. Decenas de akfundrianos se coordinaban en la conformación de la infraestructura necesaria para poder llevar a cabo la presentación programada con éxito. Tromentelk realizaba un seguimiento de cada uno de los detalles de aquellos preparativos, después de todo, él había sido uno de los principales impulsores de que ese momento finalmente arribara.

—Ya estamos casi listos —les informó en cuanto los vio llegar— Sólo faltan unos pequeños detalles y lo ponemos en marcha.

Una serie de dispositivos y maquinarias de diferentes tamaños y formas se entrelazaban en el salón y se combinaban para dar origen a algo nuevo. El aparato que formaban no tenía dimensiones excesivamente grandes, por el contrario, ocupaba una pequeña porción del enorme espacio del que disponían. Sin embargo en su pequeño tamaño guardaba una complejidad única y se interconectaba a través de diferentes medios con otros dispositivos complementarios ubicados en otras dos locaciones.

—Recién me confirmaron que Lebercont está llegando y que los tejidos de las montañas estaban en posición —indicó Tromentelk con un creciente nerviosismo a medida que se acercaba el momento.

—Perfecto —se alegró Imbronteck—. En cuanto nos digas regresamos y nos preparamos para la presentación.

—Yo diría que vayan yendo, esto ya casi está a punto, en pocos momentos me encuentro con ustedes allá.

Imbronteck pasó su trompa por detrás de la de Insterlock en un gesto amistoso y lo invitó a regresar al Norventork.

Pocos momentos después, todo estaba dispuesto para comenzar la presentación. Los ánimos en el salón principal del Norventork eran de euforia y un gran nerviosismo. Lebercont, Imbronteck e Insterlock se hallaban sentados en sus respectivos sillones mientras que un gran número de akfundrianos se apostaban en las afueras del edificio a la

espera de los resultados. Cerca de los dispositivos allí ubicados, Tromentelk hablaba agitadamente con Roque dándole instrucciones y haciendo ademanes con sus patas superiores y su trompa al tratar de graficar lo que trataba de decir.

Roque se ubicó finalmente en un área específicamente delimitada y el resto se hicieron a un lado con cuidado.

—¿Estamos listos? —preguntó Tromentelk a su equipo.

El equipo respondió con señales afirmativas casi sincronizadas, lo cual dio a Tromentelk un poco de seguridad al notar lo compenetrados que estaban todos en lo que hacían.

—Arranquemos entonces —continuó con decisión—, iniciemos la fase uno.

Un zumbido casi imperceptible comenzó a crecer muy gradualmente dentro del salón.

—Ahora la fase dos —indicó luego de comprobar que todo estaba dentro de los límites tolerables.

Un rugido se sintió a lo lejos, como una heladera que enciende su motor en una habitación contigua y los haces de luz que se unían en el aparato colgante en el centro del salón comenzaron a brillar cada vez más intensamente mientras recorrían toda su circunferencia y se concentraban en puntos estratégicos alrededor de esta para luego converger en un punto común de luz que parecía concentrar la luminosidad más grande jamás imaginada en un único punto como si estuviera a punto de estallar.

—Y ahora —dijo Tromentelk por último y luego de observar a todos y cada uno de los presentes —¡Inicien fase tres!

Una explosión de luz se liberó en todo el salón saliendo por sus ovaladas ventanas y capturando la atención de todos los akfundrianos que se encontraban a la expectativa de los resultados. Por un momento todo quedó engeguado por aquella intensa luz que atravesaba cada orificio que encontraba a trescientos metros a la redonda. Fueron unos escasos momentos que parecían no terminar nunca, hasta que poco a poco la luz fue menguando levemente y finalmente se desvaneció. El pueblo akfundriano se quedó en silencio esperando un anuncio oficial de lo que había ocurrido. Algunos murmullos cargados de dudas comenzaron a escucharse a medida que los segundos pasaban. Los más descreídos ya daban por sentado que la experiencia había fracasado en su instancia fáctica, hasta que de repente se escuchó una voz fuerte

y contundente:

—¡Funcionó!

El público estalló en festejos que habían estado conteniendo hasta ese momento liberándose de los nervios que guardaban.

Dentro del salón del Norventork también se multiplicaban los festejos y los saludos entusiasmados de todos los presentes. También Lebercont, Imbronteck e Insterlock festejaban pero su festejo era más medido que el del resto. Sentados los tres juntos en la mesa principal, Lebercont comentó lo que los tres estaban pensando.

—Sólo esperemos ahora que la segunda etapa sea tan exitosa como esta.

CAPITULO 20

«La explicación»

Con el viento soplando en el exterior y causando un silbido que se escuchaba desde donde estaban, Celeste sentada al lado de Juan, con Román de frente y Milton de pie un poco más allá, esperaban la demorada explicación prometida por Alejandro que había ido hasta un cuarto contiguo a buscar una pizarra movible. Durante el tiempo que llevaban en el observatorio esperando lo que Alejandro les tenía que decir, pusieron al tanto a Román de manera resumida el descubrimiento de la existencia de Akfundria con todo lo que ello implicaba y también de los hechos acontecidos en aquel lugar situándolo en el contexto apropiado para comprender dónde estaban parados en ese momento. Unos momentos después Alejandro regresó con la blanca pizarra deslizándola sobre la base con ruedas en la que se apoyaba y la puso en el medio de la habitación donde todos se hallaban reunidos.

—Dale, habla de una vez —lo intimó Román exasperado—. La información que hay es excesivamente vaga. El gobierno dice no saber nada pero que están investigando, los medios inventan cualquier mentira o teoría que les haga subir el rating y las ventas, los Estados Unidos dicen que estos son ataques terroristas, los grupos fundamentalistas islámicos dicen que es un arma secreta de los norteamericanos que están probando. ¡Basta! Si sabes algo decilo de una vez.

Los demás se mantuvieron en silencio, no estaban muy de acuerdo con el modo en que Román se dirigía a Alejandro pero sí coincidían en que a esta altura era necesario contar con toda la información existente.

—Está bien, no se impacienten—. Les dijo viendo cómo todos se lo quedaban mirando a la espera de sus palabras —Sólo necesitaba traer esto para poder explicarme mejor.

—Bueno, cuando quieras—. Lo desafió Román.

Alejandro se paró frente a la atenta mirada de los presentes, tomó una bocanada de aire y comenzó:

—Cuando estábamos en Akfundria tenía muchísimas dudas, los interrogantes surgían a cada paso. No había llegado a asimilar aún el tremendo descubrimiento que habíamos hecho, como estarás tratando de entenderlo vos ahora Román, que casi sin darnos cuenta estábamos allí, caminando entre ellos y compartiendo su cultura y sus costumbres. Y aun peor porque la cantidad de información era tan grande que abrumaba.

Alejandro caminaba de un lado a otro de la habitación mientras intentaba recordar los pensamientos que había tenido en el lapso que habían pasado allí.

—Todo era muy confuso — Continuó luego de una breve pausa — Y luego de conocer un poco más de su historia y la de los ixtrones, y cómo se relacionaron sus pueblos, a pesar de la tristeza que me generó, los interrogantes se multiplicaron exponencialmente.

Se notaba en la expresión del rostro de Alejandro y en cómo frotaba sus manos, tal como si se las estuviera lavando muy lentamente, que buscaba las palabras justas para cada frase que decía.

—¿Recuerdan el momento en el que estábamos en el museo y de repente todo comenzó a volverse inestable?

—Sí — Contestó Juan — Recuerdo que todo se volvió inestable hasta que de un momento a otro me desperté en el suelo del laboratorio un poco confundido y mareado. ¿O no Celes?

—Es cierto, a mi me pasó lo mismo —afirmó Celeste apoyando las palabras de Juan—. En un instante estaba en Akfundria y luego de regreso en el Centro atómico.

Alejandro los escuchó y luego los observó un instante.

—Bueno, la realidad es que para mí no fue así

—¿Qué querés decir? — Lo interrogó Milton.

—Quiero decir que cuando todo se volvió inestable yo comencé a ver otra cosa, a medida que la permanencia en Akfundria fluctuaba, empezaban a aparecer frente a mí y de manera intermitente imágenes de otro lugar, un lugar como nunca antes había visto.

—Lo mismo nos ocurrió con Akfundria —comentó Juan.

—Es verdad... pero esto era mucho más excepcional de lo que pudo haber sido Akfundria, era un lugar fuera de todo lugar, un momento fuera del tiempo.

—La verdad que no te estoy entendiendo —confesó Celeste con cierto temor de que el regreso hubiera dejado secuelas negativas a nivel mental a Alejandro.

—Era un sitio donde podía ver todo, donde toda la confusión y las dudas que tenía se desvanecían, y todo cobraba sentido.

—¿Podrás ser un poco más específico? — Preguntó Milton ya a esta altura abiertamente desconcertado.

—Les juro que estoy tratando —se excusó Alejandro haciendo su mejor esfuerzo por describir su experiencia de manera entendible—. Era como si me hubieran sacado por un rato del espacio y del tiempo y me hubieran colocado en un costado de la existencia, donde todo, absolutamente todo se veía desde afuera.

—Cuando decís «todo» ¿A qué te estás refiriendo exactamente? —consultó Román tímidamente como si llegara tarde a una clase y tuviese miedo de preguntar algo que tal vez ya se explicó hace un momento.

—Me refiero a todo, en toda la amplitud del término. Era como estar sentado en primera fila observando el universo en su extensión pero sin participar de él.

Alejandro se quedó en silencio un momento esperando la reacción de sus compañeros que parecían haberse quedado mudos. Se lo quedaban mirando perplejos sin estar seguros si estaban escuchando a una persona que había experimentado la vivencia más trascendental de la historia o a un hombre que había perdido la razón.

—¿Y qué viste? — Preguntó finalmente Juan al ver que ninguno de sus compañeros parecía dispuesto a emitir palabra alguna.

Alejandro creyó que los había perdido por lo que se sintió aliviado de ver que al menos uno de ellos seguía prestándole atención y siguiendo el hilo del relato.

—Para eso traje la pizarra —continuó—, voy a tratar de graficar y de contarles lo que vi de la manera más simplificada posible, y créanme que no será tarea fácil. Hasta ahora las teorías conocidas del universo explicaban que éste era infinito, y que se encontraba en expansión. Esto es correcto hasta cierto punto, es verdad que está en «expansión»

por decirlo así y también que sea infinito pero no de la manera que lo entendimos hasta ahora.

Si sus compañeros no lo conocieran como lo conocían hubiesen pensado que les estaba haciendo un chiste o que los quería convencer de algo por medio de argumentos absurdos, sin embargo la experiencia les decía que si Alejandro hablaba en ese tono era porque lo que decía era cierto, o al menos que él estaba convencido de ello.

—Observen esto.

Alejandro continuaba tratando de explicarles la complejidad de lo que había visto y su importancia. Tomó uno de los marcadores de su cartuchera y dibujó en el centro de la blanca superficie de la pizarra un círculo del tamaño de una manzana.

—Este círculo representa nuestro universo, o lo que hasta ahora conocemos como universo, nuestro planeta, nuestra galaxia y todas las constelaciones de estrellas que se les ocurran.

Aguardó un segundo para ver si todavía lo escuchaban y prosiguió dibujando un pequeño círculo del tamaño de un pequeño botón debajo del primero.

—Esto sería el universo de Akfundria, el mismo al que pertenecía Ixtronía y todos los demás sistemas conocidos por nosotros como átomos.

En el ambiente únicamente se oía el ruido del viento azotando las paredes y ventanas del observatorio, todo lo demás estaba en completo silencio. Alejandro dibujó una línea que unía el círculo pequeño de abajo y el que había dibujado en primera instancia.

—Como descubrimos hace poco, estos dos universos no están separados sino que uno forma parte del otro. Literalmente el universo de ellos y otros tantos forman el nuestro en cada partícula y en cada molécula. Esto es asombroso y algo revolucionario para la forma de entender la vida, sin embargo esto no termina aquí.

Nuevamente tomó su marcador y dibujó un círculo del tamaño de una pelota de básquet en la parte superior de la pizarra, por encima del primer círculo.

—Este —dijo con un suspiro— es el universo del que nosotros formamos parte.

Dibujó una línea uniendo el círculo central.

—Literalmente, nuestro sistema solar es el equivalente a un átomo que forma la materia de éste universo mayor. Y la expansión de la que

somos testigos, no es más que la reproducción de una célula. Somos la ínfima partícula de otro ser vivo.

El silencio que había en el lugar se profundizó, ya ni siquiera parecían escucharse los sonidos provenientes del exterior. Las miradas se cruzaron con una mezcla de incredulidad y desconcierto.

—Pero vos...—Intentó decir Celeste.

—Estoy completamente seguro —sentenció Alejandro que estaba dispuesto a demostrarles que lo que decía no eran incoherencias ni desvaríos de una persona con sus facultades mentales atrofiadas—. Y como se imaginarán a esta altura, estos tres círculos representados aquí no son realmente el todo.

Tomó un borrador y borró lo que había dibujado en la pizarra, luego tomó el marcador y dibujó una serie de círculos de abajo hacia arriba y de tamaño creciente y una línea que los unía a todos.

—El universo es infinito —dijo—, pero no a lo alto ni a lo ancho, es infinito uno dentro de otro y así sucesivamente. Cada universo compone la materia de uno más grande y a su vez está compuesto por otros más chicos. Como una mamushka que dentro de sí misma encierra otra más pequeña, esto sería un equivalente. Sé que es un ejemplo burdo pero es lo más gráficamente descriptivo que se me ocurre ahora.

Alejandro sentía cómo la adrenalina crecía en su organismo a medida que las palabras salían de su boca.

—Asumiendo que todo esto es real —dijo Román.

—¡Por supuesto que es real! —respondió Alejandro exasperado.

—Bueno, está bien, entendiendo que todo esto es real —Se corrigió Román—¿Qué tiene que ver con lo que está pasando acá, ahora, y los eventos que ocurrieron en estos días?

—A eso iba —se calmó nuevamente Alejandro—. Entendiendo esto, nos damos cuenta de qué nivel de fragilidad existe en la armonía del universo, todos estamos interconectados, y la destrucción de uno inexorablemente afecta al resto. Cada ser vivo sobre la superficie de cada planeta en cada nivel de universo es vital para mantener el delicado equilibrio que une al universo todo. Cuando nosotros, digo los seres humanos, comenzamos con la investigación nuclear y a insistir en la actividad de dividir los átomos, sin darnos cuenta destruimos el mundo de los Ixtrones y vaya uno a saber cuántos más. El quiebre en la armonía del universo que causamos por ignorantes y soberbios terminó con millones de vidas en un instante.

—Perdoname —lo interrumpió respetuosamente Juan que recordaba bien la historia de los Ixtrones—. ¿Vos estás queriendo decir que lo que está pasando en la tierra es algo similar a los que les ocurrió a los Ixtrones?

Alejandro hizo una mueca con una sonrisa triste al darse cuenta de que lo estaban entendiendo, al menos Juan, y que estaban comprendiendo la dura realidad que los envolvía.

—Lamentablemente sí —Asintió con un tono melancólico en su voz — lo que está ocurriendo en este momento es que en el nivel inmediato superior al nuestro de universos, hay alguien o algo intentando partir un átomo, y ese átomo es específicamente nuestro sistema solar. Afortunadamente todavía no lo consiguen y en cada intento lo que logran es hacer fluctuar la fuerza de la gravedad y las frecuencias electromagnéticas. Por eso los eventos que ocurrieron.

—¡Estás diciendo pavadas! —exclamó Román indignado—. Siempre con tus ambiciones de descubrir algo significativo, me parece que esto no es más que un invento tuyo para llevarte crédito por algo irreal. ¡Estás fantaseando Alejandro! ¡Date cuenta! Y ustedes, pseudocientíficos, no puedo creer que le sigan el juego a este demente. ¿Saben qué? Yo me voy de acá. No quiero saber nada con todos ustedes.

Román se dirigió hacia la puerta pero Celeste lo interceptó antes de llegar a ella y se paró firme frente a él.

—Mirá Román, yo entiendo que tengas tus problemas personales con Alejandro pero tanto Juan como yo estuvimos en Akfundria y estamos en condiciones de asegurar que era real, no se está inventando nada—. Le dijo con autoridad a un descolocado Román.

Él retrocedió un paso y se la quedó mirando asombrado por la actitud de Celeste que lo enfrentaba sin ningún temor ni rastro de duda. Al verlo titubear, ella remató:

—De la misma manera en que esto es cierto, estoy plenamente convencida que lo que dice Alejandro que vio fue tal y como lo describió. Y siendo así, necesitamos cooperar entre todos para buscar una solución. Y eso te incluye a vos. Así que dejá de escaparte y sentate con nosotros a analizar las alternativas que tenemos.

Román estaba preparado para discutir a muerte con Alejandro si intentaba detenerlo pero no con Celeste. Su intervención lo desarmó y sumiso como una oveja regresó a su lugar y se sentó nuevamente algo confundido y molesto como si fuera un chico al que la madre lo acaba de retar.

Celeste volvió a su lugar también caminando detrás de Román y se sentó. Juan la miraba con gran respeto y Alejandro con agradecimiento y algo más. Milton por otro lado, al no haber sido parte de la experiencia de los otros tres, se paraba del lado de Román en cuanto al escepticismo. Sin embargo como no tenía sentido ir al choque, tomó la alternativa más diplomática.

—Ale, esto que vos decís es asombroso, y no estoy diciendo que no te crea pero entendé vos que me cueste tomar todo esto como cierto sin ninguna prueba. Después de todo solamente sé lo que ustedes me contaron. Aun así, y confiando en que las pruebas están y que las voy a ver en breve, ¿Para qué nos hiciste venir hasta el observatorio? Nos podrías haber dicho lo que nos dijiste en cualquier lado. ¿Qué tiene de especial este lugar?

Alejandro tomó una silla y la acercó hasta sus compañeros sentándose de frente a ellos, tapó el marcador que tenía en su mano, lo dejó caer en el piso a su lado y les dijo:

—Los traje hasta acá porque tenemos que encontrar la manera de convertir éste telescopio en algo más, tenemos que encontrar la manera de llegar hasta el nivel superior de universos y evitar que continúen con lo que están haciendo antes de que tengan éxito y todo nuestro universo desaparezca.

—Estás loco—Comentó Román desacreditándolo.

—No, no está loco, tiene razón —dijo la voz de un hombre por detrás de ellos.

Todos se dieron vuelta para ver al hombre que estaba de pie observándolos.

—¿Quién es usted? ¿Cómo entró acá?— Preguntó Román que no entendía de qué manera aquel hombre había logrado ingresar al observatorio sin ser detectado por el personal de seguridad, ni por qué llevaba tan peculiar atuendo.

El hombre, con su traje marrón oscuro, corbata bordó y bigote cuidadosamente recortado caminó hasta donde estaban los demás y se paró a un lado de Alejandro. Este hombre era muy extraño, parecía de otra época, sin embargo a Juan no le resultaba desconocido, ya había visto a esta persona en otra ocasión. Lo miró un segundo entrecerrando los ojos para estar seguro de lo que veía y le preguntó:

—¿Roque?

CAPITULO 21

«La ventana»

La aparición de ese extraño hombre había hecho poner nerviosos a Román y a Milton, quienes nunca habían pasado por una experiencia así y lógicamente desconfiaban más que los otros tres que ya estaban casi habituados a adaptarse rápidamente a situaciones difíciles de comprender. El hombre del traje marrón se quitó el sombrero y apoyó su mano en el hombro de Alejandro.

—Sí Juan —dijo sonriendo— soy yo efectivamente, es la primera vez que me reconocen en una proyección. Se ve que estoy repitiendo la caracterización.

—Es verdad — Explicó Juan—Tenés la misma apariencia que la primera vez que te vi.

Román y Milton seguían en otra frecuencia tratando de sintonizar qué era lo que estaban diciendo. Como quien entra en una habitación donde se está dando una conversación desde hace largo rato y uno no se llega a tener plena noción de la raíz de la misma.

—Dejá que yo les explico — Interrumpió Alejandro a Roque cuando estaba abriendo la boca para decir algo—Este es Roque, en realidad su nombre es mucho más largo pero imposible de recordar así que ésta es la forma en que lo llamamos. Él es un akfundriano, fue el primero que nos contactó y el que nos guió durante toda la estadía en Akfundria. Esta no es su forma original, que por cierto dista bastante de lo que ven, sino que es una apariencia predeterminada que se le asigna para no causar rechazo en los humanos la primera vez que lo ven. En realidad él no está realmente aquí, es una proyección que lo representa aunque

al ser sólo una imagen holográfica no le es posible tocar ni...

De repente Alejandro dejó de hablar. Un frío creciente corría por su espalda y sus manos comenzaron a transpirar automáticamente. Roque tenía una mano apoyada sobre su hombro y le era perfectamente posible sentir el peso de cada uno de sus dedos sobre él. Algo no andaba bien. Si era una imagen holográfica ¿Cómo era posible que lo estuviera tocando? La desconfianza se apoderó inmediatamente de él y se traslució en su mirada a Juan y Celeste que inmediatamente comprendieron de qué se trataba al ver cómo sus ojos señalaban desde la mano de Roque hasta ellos.

—Ya veo qué les llama la atención — Les dijo Roque con aire triunfal.

—¿Qué nos llama la atención? Qué no nos llama la atención preguntaría yo — Pensó Román.

Alejandro se levantó de su asiento abruptamente alejándose de Roque con desconfianza.

—Tranquilos —intentó calmarlos Roque—. Y esto que ven es la gran noticia que vengo a traerles. Después de mucho tiempo de investigación y gracias a la excepcional labor de algunos de los más destacados akfundrianos, hemos logrado perfeccionar la proyección corpórea magnificada.

—¿Eso quiere decir que tenés las mismas facultades que teníamos nosotros allá? — Preguntó Juan curioso.

—Exactamente —afirmó Roque— y este es la primera experiencia que un akfundriano haya tenido jamás. Por eso mi entusiasmo, disculpen si los asusté.

—No te preocupes, hoy en día ya casi nada nos asusta o nos sorprende — Bromeó Juan.

—Está todo muy bien —interrumpió Celeste— Pero ¿Cómo sabemos nosotros que vos sos efectivamente quién alegas ser? Tranquilamente puede ser cualquier otro dispositivo de cualquier otro lado proyectando algo que no es lo que parece.

La actitud interrogativa de Celeste no era infundada, ya habían pasado por suficientes experiencias extrañas como para dar por sentado cualquier cosa y quedarse con la primera explicación que se les ofrece sin estar seguros de que la fuente es realmente confiable.

—Es cierto — Se sumó Juan que cambiaba de postura como de remera—¿Cómo sabemos que sos vos? Decime algo que solamente vos y yo pudiésemos saber.

—Está bien — Consintió Roque — como prueba de mi identidad puedo decirte que en la primera noche que pasaron en Akfundria y mientras tus compañeros conversaban sobre algo en el balcón...

Alejandro y Celeste se miraron automáticamente pero desviaron rápidamente sus miradas con un dejo de vergüenza al recordar aquel momento.

—...en ese momento —Roque seguía describiendo la situación— Nosotros dos estábamos sentados conversando y pasamos un largo rato hablando de esos insectos invertebrados que tanto te gustan... ¿Cómo era su nombre?... ¡Ah, sí! Hormigas. Me contaste sobre la colonia de hormigas que tenés en tu casa y cómo las cuidas y cuánto tiempo pasas observándolas y...

—¡Está bien, está bien! — Lo interrumpió Juan que ya se estaba sintiendo un tonto con todos los detalles que Roque estaba develando de su intimidad y sus preciadas mascotas — Te creo, sos vos. Créanle, están diciendo la verdad — Les dijo a los demás queriendo cambiar rápidamente de tema.

—Prosigo entonces. Llevó mucho tiempo de investigación encontrar las causas de la interrupción del vínculo que mantenía sus proyecciones en Akfundria. Finalmente descubrimos que se había originado en una fluctuación de la gravedad en La Tierra que había desestabilizado sus cuerpos físicos interrumpiendo la conexión. Incluso desde ese momento tuvo que pasar un largo período hasta que alcanzáramos la meta de la proyección corpórea magnificada. Fue el mayor logro de nuestra generación.

—Yo los felicito realmente — Comentó sarcásticamente Román que ya iba recuperando el habla y la ironía — Pero ¿qué tiene que ver eso con lo que estamos pasando nosotros? Quiero decir, ¿Hay algo más que nos pueda ayudar aparte de la alegría de sus avances tecnológicos?

—Por supuesto que sí — Roque le respondió con inocente sinceridad, mientras que los demás le dedicaron una mirada fría a Román por el tono de su comentario — Lo que estuvo explicándoles Alejandro es correcto. Todas nuestras investigaciones han concluido en el mismo punto, y siendo así, hay que buscar una manera de detener el curso actual de los eventos a desarrollarse. Y para eso estoy aquí. Ahora que hemos logrado dominar las técnicas de proyección corpórea, mi trabajo es ayudarlos a crear primero una ventana hacia el universo superior, y

una vez determinada la naturaleza de las cosas, proceder a proyectarlos corpóreamente de manera magnificada en ese universo.

—Disculpe señor Roque —dijo con gran respeto Milton—¿Usted está sugiriendo que nosotros nos vamos a tener que «proyectar» como acaba de decir en un universo del que sólo formamos una ínfima parte de la ínfima partícula?

—Precisamente. Comprendo que cueste entenderlo pero la realidad es que lograrlo solamente depende de conseguir el equilibrio justo entre las variables químicas y las magnéticas para combinarlas de la manera apropiada. Vamos a necesitar de varios intentos probablemente para conseguir la combinación adecuada.

El silencio dominó la escena unos instantes durante los cuales cada uno intentaba acomodar sus ideas a una realidad que cambiaba con suma prisa hasta que Alejandro rompió la quietud:

—¡Bueno, vamos! ¡No nos quedemos sentados! ¿O ya se olvidaron de dónde estamos parados y la urgencia que tenemos? Si no nos ponemos a cooperar entre todos no vamos a conseguir nada y vamos a perder todos. Si, lo digo por vos también Román, es momento de dejar nuestras diferencias a un lado y confiar aunque resulte difícil.

Román estuvo a punto de tratar de refutarlo pero sabía que tenía razón, así que dejó su orgullo de lado y se limitó a asentir con la cabeza.

—En la parte de allá tenemos un pequeño laboratorio que hice instalar yo para pruebas específicas —dijo luego señalando hacía el fondo del salón — podemos empezar a buscar posibilidades por ahí.

—Me parece una buena idea —dijo Alejandro—. Vamos para allá.

Los cinco se metieron en el laboratorio y comenzaron a realizar diversas combinaciones guiados por las indicaciones de Roque. Algunos se dedicaban a generar reacciones químicas y otros magnéticas. Los primeros intentos de mezcla resultaban inútiles o explosivos, estos últimos los habían llegado a contener a tiempo hasta el momento. El problema era que ellos no sabían exactamente qué era lo que buscaban generar y Roque no conocía en profundidad los elementos y compuestos de la tierra, por lo tanto debía razonar por comparación y por deducción. Preparados de colores verdes y rojos se mezclaban con otros de color ámbar u oscuros. Celeste trabajaba con Juan, Milton hacía lo propio con Román y Alejandro se complementaba con Roque en múltiples esfuerzos. En uno de ellos combinaron una mezcla de diversos colores que comenzó a entrar en ebullición automáticamente y a volverse

inestable. Rápidamente intentaron contrarrestar el efecto antes de que derive en una explosión pero cuando estaban por hacerlo notaron que el compuesto no seguía las etapas regulares que habían estado observando sino que por el contrario comenzaba poco a poco a estabilizarse. Luego de unos momentos el compuesto quedó calmo dentro del recipiente que lo contenía adquiriendo un color turquesa.

—Lo logramos —dijo Roque complacido.

Un tibio aplauso siguió a ese comentario pero fue sólo para reconfortarse a ellos mismos.

—¿Y ahora qué? —Preguntó Celeste.

—Ahora viene la parte difícil, aunque no la más difícil de todas —respondió Roque acercándose a la puerta—. Debemos lograr el equilibrio entre la calibración de la fuerza magnética que probamos recién, el compuesto que conseguimos generar y el mecanismo de funcionamiento del telescopio del observatorio. Con esto debemos lograr abrir una ventana hacia el universo de nivel inmediato superior como para ver exactamente con qué estamos tratando.

—Hagámoslo entonces —dijo Alejandro intentando hacer que el ánimo del equipo no decaiga—. Todavía nos queda mucho por hacer, y no sabemos en qué momento puede volver a ocurrir un episodio como los dos que pasaron hasta ahora y arruinar todo lo que conseguimos hasta ahora. Sé que estamos cansados pero si no lo hacemos estamos condenados a la extinción.

Las palabras de Alejandro sacaron a sus compañeros de la meseta en la que se encontraban y les recordó qué era lo que estaba en juego.

Era una tarea ardua y milimétrica, donde las variaciones que podían llevar del éxito al fracaso eran casi imperceptibles.

Hacia un largo rato que estaban abocados a eso, sus mentes iban gradual y rotativamente perdiendo su poder de concentración y lucidez pero a pesar de ello continuaban. Celeste estaba ayudando a Juan a calibrar los niveles magnéticos pero su mente comenzaba a divagar. No era algo voluntario, sino que como un mecanismo de defensa su conciencia la hacía pensar en trivialidades que la hicieran sentir un poco más cómoda y estable en un contexto tan extraño. Pensaba en las cosas que faltaban en su alacena, lo que debía comprar en el supermercado para reabastecer su heladera, en una canción que sonaba en su cabeza y no sabía siquiera de quién era. Se preguntaba si había cerrado bien la ventana de la cocina y si había guardado un archivo en

el que estaba trabajando en su computadora o si lo había cerrado sin guardar los cambios.

—¡Ahí! — Gritó Alejandro.

Celeste se sobresaltó por el grito y su mente regresó a la realidad

—Lo perdimos —dijo Roque— volvé a regularlo como recién

—Voy a tratar, es demasiado preciso el movimiento —dijo Juan mientras intentaba regular el aparato en la graduación que lo había hecho hacía unos instantes — Ustedes avísenme si cambia algo.

Gotas de transpiración caían por su frente a pesar del frío. La presión de conseguir graduar correctamente el aparato le provocaba un estrés mayor al que había experimentado hasta el momento.

—¡Parál! — Alejandro dio un grito que hizo que Juan se detuviera en seco — creo que lo tenemos.

Roque ajusto los detalles finales de las conexiones entre el telescopio, los aparatos reguladores del magnetismo, el compuesto y un proyector improvisado sobre una de las mesas. Al instante, un haz de luz comenzó a salir del aparato y a proyectar una imagen en la pared que tenía delante. Se quedaron expectantes esperando que la imagen ganara nitidez, ajustaron el foco para conseguirlo hasta que finalmente pudieron ver con dificultad pero claramente lo que ocurría del otro lado.

Un grupo de criaturas con forma relativamente humanoide y de color anaranjado y amarillento se acercaban y alejaban de una tarima ubicada en el centro. La imagen se volvía difusa por momentos. La estructura de la proyección lograba que al salir del punto de origen en el que se encontraban, rebotase contra la primer superficie sólida que encontrase y otorgara una óptica de la situación desde ese lugar, permitiendo observar lo que ocurría sobre ellos mismos. Roque continuó ajustando microscópicamente los niveles hasta ajustar la imagen para que pudiera ser comprendida en su totalidad. Las criaturas se deslizaban sobre un líquido, aunque no se llegaba a observar la profundidad del mismo. Sobre la superficie emergía un torso del cual se articulaban cuatro extremidades, dos a cada lado. Era como si tuvieran dos pares de brazos, uno a la altura de los hombros y otro a la altura de la cadera. Las extremidades superiores tenían en la parte final de su extensión, una mano cada uno, la derecha era significativamente más grande que la izquierda, si bien parecía tener un dedo menos. Los brazos inferiores tenían sus extremos bajo la superficie del líquido sobre el cual se desplazaban.

—No puedo creer lo que estoy viendo...

Las palabras de Román quedaban suspendidas en el aire, su gesto de asombro era más que claro. Las criaturas tenían sobre sus hombros una cabeza donde se distinguían dos ojos formados a su vez por cuatro ojos más pequeños cada uno, que se unían entre sí. Debajo y en el medio se ubicaba lo que parecía ser una nariz con forma de trapecio cuyo lado más largo se encontraba arriba y estaba marcado con una serie de subdivisiones. No se divisaba, al menos por el momento algo que pudiera ser similar a una boca en su estructura. En un momento uno de ellos se hizo a un lado de la tarima y pudieron divisar lo que sobre ella se encontraba. Era un pequeño ser similar a un sapo aunque más pequeño proporcionalmente en relación a las criaturas que veían.

—¿Cómo es esto posible? — Preguntó Milton al aire pero no esperando realmente ninguna respuesta.

—¿Esto significa que nosotros formamos parte del sapo ese? —preguntó Juan un poco desilusionado.

—Así es — Le respondió Roque — Todos formamos parte de algo y nos encontramos simbióticamente relacionados. Ahora necesito lograr una visión completa del cuerpo de estos seres para conseguir un escaneo que permita configurar la proyección que los enviará allí.

—¿Cómo puedes decir que nos vas a mandar ahí si no tenemos ni la menor idea de qué es lo que está pasando? —cuestionó Román preocupado.

—Es nuestra única opción, por lo que pasó hasta ahora y sabiendo la historia de los Ixrones, es inminente que estos seres consigan su objetivo. Si nos quedamos de brazos cruzados vamos a morir todos.

Las palabras de Alejandro resonaron en la habitación, era muy fácil perder de vista la situación inminente cuando la capacidad de asombro se vería superada una y otra vez sin parar.

Un poco más al costado de la imagen había un sector más alto donde no se veían rastros del líquido por el que se desplazaban. Una de las criaturas se dirigió hacia esa zona hasta alcanzarla. Sacó sus brazos inferiores del líquido y los apoyó sobre la superficie para levantarse. A diferencia de los brazos superiores, en los inferiores había algo más parecido a un pie que a una mano. Apoyando ambos y valiéndose de sus brazos superiores se levantó por sobre el nivel del líquido dejando a la vista un conjunto de tentáculos que tenían debajo de la cadera y que evidentemente eran los que los hacían desplazarse

cuando estaban sumergidos. Una vez en la superficie se desplazaban usando manos y pies y retrayendo los tentáculos.

—¡Lo tengo! —exclamó Roque—. Ya logré el escaneo que necesitábamos.

—¿Entonces ya estás en condiciones de hacer la proyección? —Preguntó Celeste preocupada pero segura de que era lo que debían hacer.

—No, aún no —respondió Roque—. Ahora falta conseguir el catalizador. Necesitamos algo que pueda reunir un alto contenido en feromonas para facilitar la comunicación, siendo una de las herramientas más usadas por diferentes especies pero que al mismo tiempo posea características a nivel atómico que incluyan átomos de carbono, de hidrógeno y de oxígeno formando una sola molécula.

—Esto es un observatorio —reclamó Román indignado—. ¿Cómo pretendés que tengamos todas esas cosas? Si me dijeras que estábamos en un laboratorio importante podría ser pero en un modesto intento como el que tenemos aquí las existencias son muy limitadas, y ya usamos la mayor parte para conseguir el primer compuesto.

Todos quedaron en silencio por un momento hasta que de repente a Juan se le iluminó la cara y dijo:

—Creo que ya sé donde conseguir todo eso junto para ir hasta donde están los púlpidos esos.

—¿Púlpidos? —Preguntó Milton extrañado.

—Sí, bueno, las criaturas esas que no sabemos el nombre, es más fácil llamarlas así. Ya sé cómo conseguir lo que necesitamos.

CAPITULO 22

«Hormigas»

El grupo estaba expectante de las palabras de Juan, el último paso del proceso podía estar al alcance de la mano. Algunos estaban más seguros que otros respecto a lo que hacían pero la urgencia de los hechos los obligaba a seguir por este camino que, aunque no pudieran asegurar que fuese el mejor, era el único que habían podido idear guiados por la confianza en Alejandro y en Roque. Lógicamente era más difícil de aceptar para aquellos miembros del grupo que no habían estado en Akfundria, dado que todo les resultaba difícil de entender.

—No puedo creer que no me di cuenta antes —balbuceó Juan casi para sí mismo—. Lo tenía frente a mis ojos y no lo asocié.

—Pero si lo dijo recién, ¿Qué estás diciendo? ¿Y cuál es el catalizador ese del que estás hablando? —Milton perdía la paciencia fácilmente con Juan.

—Es cierto —reconoció éste—. El catalizador que digo son las hormigas.

—¿Las hormigas? —Preguntó Román con un dejo de descrédito a las palabras del joven científico.

—Sí, exactamente —replicó el joven amante de estos insectos—. Las hormigas reúnen todas las características que necesitamos: se comunican a través de feromonas, dejando señales hormonales con diversos significados para que las otras las interpreten, como por ejemplo marcar el rastro del mejor camino a seguir para llegar a la fuente de alimento; y por otro lado tienen como sistema de defensa la generación de ácido fórmico que usan para aplicarle a sus agresores y enemigos, y

cuya composición es $\text{C H}_2\text{O}_2$ lo cual combina átomos de carbono con hidrógeno y oxígeno ¡que es precisamente lo que necesitamos!

Juan tomó un respiro, había dicho todo esto prácticamente sin respirar, el entusiasmo que le generaba descubrir que sus conocimientos relativos a estos insectos que le apasionaban estaban sirviendo a una causa que jamás se hubiera imaginado lo llenaba de satisfacción.

El resto del grupo giró sus miradas hacia Roque buscando un gesto de aprobación o desaprobación. Roque sonrió y dijo:

—¡Excelente! Vamos a hacerlo.

—Busquemos ejemplares de estos bichos entonces — Arengó Román un poco más convencido.

—Formicidos en realidad — Lo corrigió Juan un poco ofendido por el término «bichos».

Mientras el resto recolectaba hormigas buscándolas por diferentes rincones dado que con el temporal que había les era difícil encontrar alguna en el exterior, Alejandro y Roque se quedaron preparando lo necesario para activar el catalizador cuando lo tuvieran y aumentando el rango de alcance de la ventana que habían creado para obtener mayor información del entorno al que debían ir. Observaban cuidadosamente los movimientos y los comportamientos de los «púlpidos», como los llamaba Juan, tratando de comprender lo mejor posible sus características.

—Va a ser difícil — Confesó Roque dejando sobre la mesa lo que tenía en la mano— Tengo que ser sincero, hay pocas chances de éxito.

—Ya lo sé — Admitió Alejandro levantando la vista hacia él pero sin dejar lo que estaba haciendo—Pero es nuestra única alternativa. Tuve la chance de ver una perspectiva del universo que no sé si alguien más ha tenido, y de todos los cursos de acción disponibles para esta circunstancia, éste era el único con posibilidades de alcanzar su objetivo. Sé que las chances son pocas pero son las que tenemos.

Alejandro bajó la vista nuevamente para proseguir con lo que hacía, sabía que era demasiado pedir arriesgarse a eso, sin embargo era su única opción. Roque tomó un suspiro mientras retomaba lo que estaba haciendo y continuó diciéndole:

—Más allá de la dificultad del procedimiento y de la prácticamente nula experiencia que tienen en esta tecnología, la mayor dificultad reside en el total desconocimiento de las especies, las condiciones, la cultura y el ambiente al que van.

Hizo una pausa en la que observó las imágenes que aparecían en la ventana inter universal y luego señaló con su mano lo que veía y agregó:

—¿Ves? No sabemos cómo se comportan fuera de esto, qué clase de reconocimiento tienen unos con los otros, cómo se relacionan entre sí.

—Para eso el catalizador debe tener feromonas, ¿O no? —acotó Alejandro mirando las imágenes también.

—Sí —respondió Roque volteándose hacia él—. En realidad eso no garantiza nada, aumenta las chances de comunicación a un nivel general pero puede que éste caso sea una excepción.

—¿Estás intentando hacerme acobardar? —le dijo Alejandro algo confundido con la actitud del akfundriano.

—No, sólo quiero que tomes conciencia de la dificultad de la misión dado que solamente dos de ustedes podrán ser proyectados corpóreamente para realizarla. Uno vas a tener que ser vos, habrá que seleccionar cuidadosamente a la persona que te acompañe.

Hubo un momento de silencio y luego continuó:

—Nosotros, los akfundrianos, recorrimos un larguísimo camino desde el momento que conseguimos abrir la ventana inter universal hacia este lugar y el momento en el que logramos la primera proyección no corpórea. Durante ese tiempo investigamos, aprendimos, estudiamos su cultura, sus costumbres, la manera en que funcionaban a nivel social y económico. Tanto es así que para el punto en el que nos pusimos en contacto con ustedes efectivamente, ya teníamos un bagaje de información que nos permitía relacionarnos sin generar un choque tan grande. Y esto no se dio de un día para el otro, fue consecuencia de años y años de dedicación para comprenderlos. Sin embargo en este caso es completamente improvisado, el hecho de pensar que recién logramos abrir la ventana y ya estamos planeando la primer proyección, y corpórea como si fuera poco, me asusta un poco incluso a mí.

—Vamos a tener que arreglarnos con lo que tenemos—Concluyó Alejandro al tiempo que escuchaba los pasos de sus compañeros que se acercaban regresando de la recolección de hormigas.

Habían conseguido recolectar apenas cinco hormigas, las bajas temperaturas hacían que éstas se refugiaran en sus hormigueros y sobrevivieran estos días con la comida que habían acarreado en días anteriores. Por lo tanto era difícil encontrar alguna deambulando por el exterior.

Juan las traía cuidadosamente en un frasco y las depositó sobre la mesa con gesto serio.

—¿No las van a lastimar, no?—Preguntó sinceramente preocupado.

—No—Contestó Roque tomando el frasco y llevándolo hacia el telescopio—lo único que haremos es activarlas químicamente para que a través de ellas se acelere y potencie el proceso que vamos a generar. Ellas ni siquiera lo notarán.

La cara de Juan mostró un gesto de alivio mientras veía a sus amigas alejarse.

—Ok, es momento de tomar decisiones —dijo Alejandro que había estado pensando cuidadosamente sus palabras — Sólo dos de nosotros podrán ir hasta allá — Señaló las imágenes que se veían en la ventana — Así que tenemos que determinar quién me va a acompañar y definir cómo nos vamos a organizar con los demás para hacer que esto funcione.

—Yo quiero ir — Juan dio un paso al frente seguro de sus palabras.

—Yo también — Se sumó Celeste acercándose un poco más.

—Esperen un poco — Los detuvo Alejandro—tenemos que pensar esto de manera funcional, más allá de los deseos de cada uno de participar de una forma o de otra. La realidad es que, como estuve hablando recién con Roque, es necesario que yo vaya por la percepción del universo que experimenté, lo cual me da una ventaja a la hora de desenvolverme en un ambiente incierto. Por otro lado, la persona que me acompañe debe ser alguien que tenga ciertos conocimientos y habilidades y alguien con quien me pueda entender con la menor cantidad de palabras posibles. Y aunque sinceramente no me guste la idea, creo que es necesario que esa persona sea Román.

El rostro de Román se transformó, las palabras de Alejandro lo tomaron por sorpresa ya que no imaginaba que estuviera refiriéndose a él. Si bien no estaba entre sus planes ofrecerse como voluntario para ir a ese lugar, más aun siendo que voluntarios era lo que sobraba, sintió un voto de confianza por parte de Alejandro que no había sentido en años, y eso fue motivación suficiente como para aceptar la misión.

—Contá conmigo — Respondió mirándolo a los ojos.

—Perfecto entonces — Concluyó Alejandro que sabía que era una decisión difícil — Los demás van a tener que trabajar todavía más duro para darnos el soporte necesario para poder acceder y luego para poder regresar.

Celeste soltó un bufido de disconformidad, caminó unos pasos hacia

atrás, se soltó el pelo, se lo ató de nuevo y regresó indignada hasta Alejandro mientras el resto comenzaba con los preparativos.

—¿Me podés decir realmente qué te motiva a llevar a este tipo y no a mí? ¿Te parece que no soy capaz acaso? — Lo cuestionó hablándole en voz baja pero con tono de reproche.

—No es eso, sé que sos capaz y confío plenamente en vos

—Entonces ¿Por qué me estás dejando afuera?

—No te estoy dejando afuera, no te confundas. Pero hay más de un motivo para que lo elija a Román: uno es que lo conozco hace muchísimo tiempo, y a pesar de las diferencias que hemos tenido, hemos laburado en infinidad de cosas juntos y somos capaces de saber lo que está pensando el otro con un mínimo de información. El otro es mucho más personal — Hizo una pequeña pausa — el otro motivo es que no podría asegurar que pudiera enfocarme al cien por ciento en ésta misión si existiese la posibilidad de que vos estés en algún tipo de peligro inmediato y cerca de mí. Dejaría todo para ir a ayudarte y eso puede llegar a costar el fracaso de la misión y la extinción de la humanidad entera. Necesito tenerte acá, donde sé que no te va a pasar nada siempre y cuanto tengamos éxito. Además alguien nos tiene que traer de regreso, y me encantaría que tu cara sea lo primero que vea al regresar.

El rostro de Celeste se ruborizó. Bajó la mirada con algo de vergüenza y luego lo volvió a mirar.

—Está bien—Le dijo finalmente — Pero ni se te ocurra no volver.

Se acercó un poco más y lo besó en la mejilla mientras le apretaba suavemente el brazo con su mano, luego se alejó hacia donde estaban sus compañeros. Alejandro se quedó un momento de pie inmóvil, como si ese pequeño gesto hubiera logrado detener el tiempo por unos instantes y luego reaccionó y se acercó también al resto del grupo.

—Perdón por la ignorancia pero ¿Cuál sería el plan exactamente?

— Preguntó Juan evidenciando que nadie lo había hablado claramente hasta ahora.

—El plan es el siguiente — Tomó la palabra Roque — De acuerdo a lo que estuvimos viendo y la escasa información con la que contamos, nuestro accionar no puede ser más que simple y directo. Es decir, para una tarea de ésta envergadura es necesario un análisis infinitamente más extenso y minucioso, tal como lo hablaba con Alejandro, sin embargo, lo único que sabemos es lo que podemos observar a través de ésta ventana inter universal. Es mucho lo que desconocemos pero

vamos a tener que manejarlos con lo poco que conocemos. Sabemos que estos seres están intentando dividir los «átomos» con fines inciertos, sabemos también que el objeto de su estudio es esa criatura que mantienen inmóvil sobre una tarima. Dedujimos por la experiencia previa que la tierra y el sistema solar forman parte de ésta criatura con la cual están experimentando y que la suerte de este sistema y todos sus hermanos está atada al éxito o fracaso de la gestión que realizan allí.

—¿Entonces? — Lo apuró Román que se estaba impacientando con tanto preámbulo.

—Entonces — Tomo la posta de la explicación Alejandro adelantándose a la respuesta de Roque — nuestro plan no puede más que limitarse a resolver el problema inmediato de la forma más eficaz posible. Lo que debemos hacer en definitiva es proyectarnos corpóreamente en ese lugar, burlar a las criaturas que están allí, rogando que su intelecto o nivel de percepción no esté demasiado desarrollado, tomar la criatura que está sobre la tarima y ponerla a resguardo en un lugar donde no puedan encontrarla para proseguir con los experimentos. Luego deberíamos regresar aquí.

—Que sencillo suena — Comentó Román con una sonrisa nerviosa.

—Pero suponiendo que esa criatura es un animal perteneciente a una especie, lo más probable es que si ésta desaparece consigan otra para continuar experimentando—. Cuestionó Celeste la simplicidad del plan.

—Lo sé — Respondió Alejandro con una mueca de culpa en su rostro — Pero al menos nuestro universo permanecerá intacto. No podemos asegurar que no corran esa catastrófica suerte otros universos que formen parte de otros compuestos o criaturas. Puede sonar egoísta pero no tenemos herramientas como para encarar una solución integral. Al menos por ahora debemos enfocarnos en sobrevivir. Tal vez después lleguemos eventualmente al punto de poder comunicarnos como lo hicieron los akfundrianos con nosotros pero en este momento es la única alternativa viable de supervivencia. Y así y todo las probabilidades de tener éxito son bastante bajas.

Una sombra de tristeza y culpa cubrió el rostro de Celeste al recordar el destino de los Ixrones y pensando que su supervivencia podía significar el mismo destino para otras civilizaciones.

—Bueno, no podemos seguir perdiendo tiempo —Román cortó

con el momento de melancolía tomando una actitud de liderazgo—. Primero resolvamos lo urgente y después nos ocupamos del resto. Si no resolvemos esto antes tal vez no haya nadie que quede para ayudar a los demás.

—Es cierto —lo apoyó Alejandro acercándose a él—. Preparemos las cosas y hagamos esto de una vez.

Roque tomó el frasco con las hormigas y las colocó en otro recipiente que había estado preparando, luego lo deslizó dentro de un compartimento que habían improvisado dentro de la base del telescopio. Habían hecho las cosas muy velozmente desde el comienzo del día al amanecer en la casa de Celeste hasta éste momento cuando ya rondaban las cuatro y media de la tarde.

—Escuchen — Anunció Roque seriamente poniéndose de frente a los demás — Hay un detalle más que hay que tener en cuenta. Todo el proceso de proyección en todas sus variantes está impulsado por energía de núcleo, o en este caso, lo que ustedes llaman energía solar. De allí surge la potencia necesaria para crear la proyección holográfica. Y por lo que puedo ver apenas restan unas horas de luz. Luego, al caer el sol, la proyección se volverá inestable durante la noche pero lograremos mantenerla. Después se recargará durante el día con la energía del sol pero la integridad del funcionamiento del procedimiento se verá comprometida una vez llegada la noche del día número cincuenta y ocho dado que colapsará la capacidad de almacenamiento de energía creando fluctuaciones en la señal.

—Pero en ese caso regresarían aquí como les ocurrió estando en Akfundria, ¿no es así? — Preguntó Milton temiendo la respuesta.

—No necesariamente, la señal que proyectaremos aquí es inestable de por sí a causa de lo improvisado de la tecnología que usaremos. No es algo con lo que podamos contar. Lo más probable es que no logren regresar si su misión se extiende más allá del día número cincuenta y ocho al anochecer...

—Entonces no nos demoremos más — Concluyó nuevamente Alejandro.

—Deben tener en cuenta — Continuó Roque que se sentía como un portador de malas noticias — que lo más factible es que de la misma manera que un momento en la tierra representa un largo tiempo en Akfundria, un momento en el universo de nivel superior represente más tiempo en la tierra. Por lo tanto de acuerdo a mis cálculos sólo

contarán con dos días para completar su misión, luego de eso nos será imposible traerlos de vuelta.

A esta altura habían superado cualquier capacidad de temor, las circunstancias no podían ser menos favorables. Celeste se acercó a Alejandro y le dijo al oído:

—Prometeme que vas a volver... prométeme que todo va a salir bien.

—Te lo prometo — Le dijo Alejandro con dudosa confianza y sabiendo que no estaba estrictamente en sus manos cumplir aquella promesa.

Alejandro y Román se ubicaron en el lugar donde Roque les había señalado quedando en posición para el procedimiento. Roque se acercó a los controles activándolos de a uno, la luz solar era canalizada a través de espejos y atravesaba el compartimento de las hormigas aumentando en luminosidad.

—¿Están listos? — Les preguntó por última vez.

Ambos hicieron un gesto afirmativo y cerraron los puños. Celeste, Milton y Juan se ubicaban algunos metros detrás de Roque observando toda la escena.

—Buena suerte —les dijo Roque al tiempo que activaba la última parte del mecanismo y un haz de luz los golpeó dejándolos de pie pero inconscientes—. Ahora dependemos de ellos —les dijo a los demás.

CAPITULO 23

«Adaptación»

Un violento golpe seguido de la sensación de estar sumergiéndose en una pileta de agua muy fría en pleno invierno fue lo primero que percibieron luego de que el haz de luz los impactara. Unos momentos después, aunque todavía desorientados y sumergidos sintieron cómo el frío se disipaba y comenzaban a emerger incluso sin intentarlo. Una vez en la superficie Alejandro abrió sus ojos para ver el panorama que los rodeaba pero su visión estaba nublada y borrosa. No llegaba a distinguir nada más allá de la claridad que lo cegaba.

—¡Alejandro! — Escuchó una extraña voz no muy lejos de él. Era una voz grave y profunda, una voz que perfectamente le hubiera quedado acorde a un hipopótamo si estos hablaran.

Nuevamente intentó aclarar su visión y se frotó los ojos con sus manos. En ese momento tomó real conciencia de lo que sucedía. Sus ojos se sentían extraños al tacto, y, como confirmó un instante después, el resto de su cuerpo también. Había adoptado la forma de uno de los seres que veían proyectados en la pantalla.

—¡Alejandro! ¡Dejá de hacerte el importante y contestame! —a pesar de lo extraño que sonaba aquella voz que escuchaba, pudo reconocer luego de estas palabras a Román que lo llamaba desde algún lugar cercano.

—¿Dónde estás?! —le gritó tratando de ubicarlo.

—¡Estoy acá! —respondió Román que también notaba lo raro de su voz.

—No te preocupes, voy para allá.

Alejandro comenzó a desplazarse sin saber bien cómo en dirección a Román guiándose por el sonido de su voz para determinar su ubicación. A medida que avanzaba, poco a poco su visión comenzaba a verse más nítida, comenzando a distinguir primero algunos contornos y luego finalmente obtener una visión plena que coincidió con el momento en el que se encontró con Román. Se detuvo delante de éste quien se quedó inmóvil como si acabara de ver un fantasma. Alejandro se quedó igual que él por unos instantes hasta que cayó en la cuenta de que lo más probable era que Román se encontrara profundamente desorientado y asustado al ver una criatura de aquellas enfrente y no lo reconocía debajo de ese extraño aspecto.

—Román, soy yo, Alejandro — Su voz sonó grave y profunda al igual que la de su compañero.

Román lo miró de arriba abajo durante unos segundos.

—¿Alejandro? — Le dijo finalmente—¿Cómo es esto posible? Sabía lo que íbamos a hacer pero sinceramente esto me supera. ¿Cómo se supone que vamos a lograr dominar características físicas como estas a tiempo para conseguir nuestro objetivo?

—No te desespere — Alejandro intentaba llevar un poco de calma a una situación más que compleja — Vamos por partes. Primero, ¿Ves aquella construcción blanca que se ve a lo lejos? — Román asintió con la cabeza — Bueno, ese es el lugar a donde tenemos que llegar e infiltrarnos para lograr salvar a ese pequeño animal.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Antes de salir estuve viendo una serie de cosas con Roque que nos iban a ayudar una vez aquí, es lo máximo que pudimos averiguar así que escuchame porque es importante. Segundo, tenemos dos días para lograr nuestra meta, para eso lo primero que tenemos que hacer es conseguir adaptarnos lo mejor posible a nuestras nuevas formas para poder infiltrarnos con éxito y no ser descubiertos. Una parte se hace automáticamente y consta del reconocimiento del entorno por parte del cuerpo, te habrás dado cuenta del frío que sentimos en primera instancia que luego se disipó, la forma de emerger a la superficie y la visión que fue mejorando a medida que se lograba una adaptación a los niveles de luz. La otra parte es la que nos compete ahora.

Román guardaba silencio. A pesar de ser un hombre que se caracterizaba por llevar la contra prácticamente a todo, en un momento como ese, con la confusión que sentía, las palabras seguras de Alejandro

no le dejaban más alternativa que escucharlo y acompañarlo.

—¿Entonces? ¿Qué debemos hacer? — Preguntó tras una pausa en la explicación.

—Ahora — Continuó Alejandro complacido de ver que Román recuperaba la compostura y lo estaba escuchando — debemos maximizar cada momento. No es casual que hayamos aparecido específicamente en este punto. De acuerdo a las muy limitadas investigaciones que pudimos obtener de la observación de este universo a través de la ventana que conseguimos abrir, este lugar es un punto un tanto alejado y poco concurrido por los habitantes de esta zona. Si nuestros cálculos no fallan, un poco más allá deberíamos encontrar una especie de caverna donde nos podríamos preparar para el momento de acercarnos al resto de estas criaturas.

—Ok, ¿y cómo hacemos para desplazarnos hasta allá? Tengo tentáculos, no sé si te diste cuenta...

—Bueno, esa es una de las tantas cosas que debemos resolver de manera urgente. Por lo que pude experimentar recién, el impulso del deseo de querer llegar a determinado lugar, provoca automáticamente la respuesta de esas extremidades para conseguirlo. Así que te sugiero que trates de relajarte y enfoques tu cabeza hacia el lugar a donde querés llegar.

—Bueno, voy a hacer mi mejor esfuerzo por relajarme pero no te prometo nada.

Román cerró sus ojos, todos ellos y trató de visualizar el lugar al que quería ir. Al principio no conseguía resultado alguno, luego de algunos intentos comenzó a moverse en esa dirección sin siquiera saber cómo lo hacía.

—Excelente —dijo Alejandro — Vamos para allá entonces. Todavía queda muchísimo por hacer y muy poco tiempo para hacerlo.

Luego de decir esto comenzaron a moverse hacia la caverna que se encontraba a unos doscientos metros. El líquido por el que se movían tenía una consistencia bastante más espesa que el agua de La Tierra, era un tanto viscosa y de un color verdoso pero que permitía ver a través de él hasta una cierta distancia no muy lejana. De cualquier forma los tentáculos que tenían les proveían un medio de locomoción perfectamente apto para esos niveles de viscosidad. Se trasladaban lo más sigilosamente posible, tratando de no ser detectados por ninguna criatura nativa que se encontrara merodeando por la zona. Tras unos

minutos de cuidadoso desplazamiento arribaron a la entrada de la caverna. Ingresaron con cuidado estudiando cada centímetro que aparecía delante de ellos. El líquido ingresaba dentro de la cueva creando una especie de lago interno, un poco más al fondo se veía una superficie sólida a la cual podrían subirse para librarse de aquella húmeda viscosidad. Se acercaron hasta la orilla y allí se detuvieron.

—Este es un buen momento y lugar para comenzar — Alejandro consideró que aquel era un lugar lo suficientemente resguardado como para familiarizarse con sus nuevas fisonomías—

Además de las características que habían podido observar en su análisis previo, descubrieron que la composición de los ojos estaba constituida por ocho pequeños ojos separados en dos grupos de cuatro que se combinaban para captar diferentes niveles de luz y otorgar una importante visión periférica. Los tentáculos les permitían moverse a través del agua sin necesidad de utilizar otro medio para impulsarse. La cabeza estaba despojada de cabello al igual que el resto del cuerpo que presentaba una piel escamosa, similar a la de un reptil pero de un color beige. No tenían boca, por lo cual no sabían cómo se alimentaban, sin embargo de alguna manera salía el sonido y lograban comunicarse. La nariz vista de cerca tenía una compleja composición, daba la sensación de que podía cambiar de forma en cualquier momento debido al movimiento que desplegaba al respirar.

—Hay que probar abajo del agua —propuso Román leyéndole la mente a Alejandro.

Ambos se sumergieron nuevamente por completo en el líquido impulsándose con sus brazos superiores y comenzaron a bucear algunos metros hacia abajo. En un primer momento, probablemente por el reflejo humano de no respirar bajo el agua, sintieron como si se estuviesen ahogando pero luego se dieron cuenta que la compleja nariz había cambiado de disposición y luego de un muy temeroso primer suspiro comprobaron que sumergidos podían respirar tan bien como sobre la superficie. Alentados por esto continuaron sumergiéndose más y más en una profundidad que no parecía tener fin, hasta que luego de bordear una roca se detuvieron de repente y se pegaron a la roca que acababan de pasar.

—¿Ves lo que yo veo? — Le preguntó Alejandro a Román que por la forma en que miraba hacia el mismo lugar que él evidenciaba que había visto lo mismo.

—¿Qué es eso? ¿Son casas?

Un poco por debajo del lugar donde estaban ellos, en una meseta en el fondo del líquido se observaban una serie de construcciones como si fueran casas y se veía una importante cantidad de púlpidos como los que ellos estaban camuflados circulando por senderos que comunicaban diferentes sectores. Parecía ser un pueblo submarino. Alejandro le hizo gestos en silencio a Román de que volvieran a la superficie con cautela y sin hacer ruido. Román asintió y ambos emprendieron el retorno a la caverna.

—¿Qué era eso? —preguntó Román una vez flotando en la superficie.

—No sé, eso nunca lo habíamos visto a través de la ventana, como debes estar pensando vos también, pareciera que estos seres se desarrollan tanto en la superficie como en las profundidades por igual.

—Sí, eso pensé. Debemos tener más cuidado entonces. Puede que nos descubran de más de una manera —Román analizaba la situación mientras se acercaba a la orilla.

Alejandro lo siguió y se acercó a la orilla también, y sin decir palabra, ambos entendieron que era momento de salir del líquido y probar la funcionalidad de su cuerpo sobre «tierra» firme. Apoyaron su mano más grande sobre la superficie para que les sirviera de soporte y con la más pequeña se sujetaron para impulsarse hacia arriba. Luego, en cuanto pudieron, apoyaron los pies que llevaban en los extremos de sus brazos inferiores. Tal como habían observado previamente, al salir del líquido los tentáculos se contraían automáticamente pasando a ser apenas visibles. Una vez incorporados, su postura no era sobre dos piernas como los humanos sino que era más similar a la de un orangután, donde debían apoyarse sobre sus manos para poder moverse dado que no tenían piernas sino brazos con pies. El movimiento era torpe en primera instancia pero de la misma forma que con el resto de las experiencias vividas en esos cuerpos hasta ahora, luego de unos momentos comenzaron a dominarlo y a ganar agilidad. Tanto fue así que casi sin darse cuenta se encontraban saltando de un lugar a otro con increíble facilidad. Una vez completadas las pruebas que se les ocurrieron para comprobar el dominio de la nueva forma se detuvieron al borde del líquido nuevamente y se quedaron en silencio por un momento. Luego se miraron sabiendo que esa etapa ya había terminado, era hora de ir a hacer lo que habían ido a hacer.

—Creo que ya es momento —le dijo Román finalmente.

Alejandro sonrió por dentro dado que no lo podía expresar externamente.

—A mí me parece que el momento no va a ser nunca, nunca vamos a estar listos, ja, ja, ja —la risa de Alejandro denotaba la sensación de que ya estaba más allá de todos los límites—. ¡Vamos! Arranquemos de una vez.

CAPITULO 24

«En la espera»

Hacia ya veinte días de la Tierra que Román y Alejandro se encontraban en un estado de animación suspendida mientras sus proyecciones trataban de alcanzar el objetivo de la misión que llevaban en aquel lugar. Era raro para los demás, salvo para Roque, verlos allí, inmóviles, como si estuvieran desmayados de pie, con suero conectado a sus venas para alimentarlos e hidratarlos ya que eran varios los días que debían estar en ese estado. Juan sabía que cuando ellos habían estado en Akfundria sus cuerpos debían de verse igual a éstos durante su estadía allá, de cualquier manera le causaba un poco de impresión y le daba cierto temor cometer algún error que causara la interrupción accidental de la conexión que había entre sus cuerpos y sus mentes proyectadas. Celeste por su lado visitaba la zona varias veces al día y observaba a un inexpresivo Alejandro mientras trataba de transmitirle todas sus fuerzas para que tenga éxito y regrese a salvo. De haber sido una mujer religiosa sin duda habría pasando estos momentos rezando y rogando por su bienestar y el de Román, aunque probablemente mucho más intensamente por Alejandro. Ellos dos, junto con Milton y Roque, rotaban en turnos de seis horas realizando guardias que consistían en cuidar de la estabilidad de sus compañeros inconscientes y monitorear de la mejor manera que pudieran lo que ocurría en el otro universo a través de la ventana inter universal.

Durante los primeros días todo el grupo había permanecido atento y pendiente de todo lo que ocurría en la misión, sin despegarse del lugar de monitoreo, dormitando apenas en sillas a un costado pero sin

llegar a descansar realmente. Luego de pasado el sexto día, agotados y sin fuerzas ni capacidad mental para realizar ninguna tarea ni seguimiento, llegaron a la conclusión de que iban a tener que tomar turnos para poder estar atentos y con las capacidades necesarias como para enfrentar cualquier adversidad o eventualidad que pudiera surgir. A pesar de haber establecido esto, la mayor parte del tiempo no lograban descansar verdaderamente. Aun acostándose e intentando dormir, sólo conseguían un sueño poco profundo y permanecían, de manera inconsciente, alertas por cualquier cosa que pudiera suceder.

La fuerte tormenta que había azotado la zona los días anteriores poco a poco había ido menguando, y a pesar de lo extraño de todo lo sucedido y las enormes pérdidas que había ocasionado, la actividad comercial lentamente iba recuperando su rutina. En principio con precios exorbitantes a causa del abuso que ejercían algunos comerciantes aprovechándose de la urgente necesidad de la gente. Algo de esto le tocó presenciar a Juan uno de esos días en que debió salir del observatorio a conseguir provisiones. Había llegado hasta un pequeño almacén no muy lejos de allí donde el dueño atendía por una diminuta ventana sin dejar entrar a la gente a su local, probablemente por miedo a un saqueo masivo de su mercadería. La fila de gente se extendía a lo largo de cuarenta metros. Juan esperó paciente en la fila, a esa altura, con toda la ansiedad e incertidumbre que implicaba todo lo relativo a la misión, cualquier motivo de dispersión, aunque fuera momentánea y le causara bronca, era bienvenida. Dos posiciones delante de él se encontraba en la fila una señora de unos cincuenta años, pequeña, con gesto cansado y que lucía algunas canas asomando entre el resto de su teñido cabello que parecía últimamente descuidado. La señora conversaba con la persona que se encontraba detrás de ella y que a su vez se ubicaba inmediatamente delante de Juan, razón por la cual le fue imposible evitar escuchar todo lo que aquella conversación ofrecía:

—Mi marido está bien gracias a Dios —explicaba la señora al hombre que Juan tenía adelante—. Está un poco golpeado nada más. Igual tiene que guardar reposo porque él tenía la rodilla un poco maltrecha ya, y con esto le empeoró ¿Vio?

El hombre la escuchaba pero guardaba silencio, cada tanto estiraba el cuello tratando de visualizar el final de la fila para ver cuánto le faltaba para llegar.

—Y yo me tuve que venir sola acá, porque no hay nada para comer,

y no tenemos luz, así que todo lo que tenía en la heladera lo tuve que consumir antes de que se me eche a perder.

La señora continuaba con su monólogo describiendo sus penas, evidentemente necesitaba desahogarse y el pobre hombre que la oía había caído en el momento justo para ser su pañuelo.

La fila avanzaba lentamente al tiempo que el frío iba helando los pies de quienes esperaban ser atendidos, si bien la tormenta había pasado por el momento, la temperatura se mantenía en niveles bastante bajos.

—Sólo un poco más —pensó Juan viendo que apenas quedaban tres personas delante de él en la fila.

Pasó una persona más y luego fue el turno de la señora. Juan era capaz de escuchar perfectamente todo el diálogo entre ella y el comerciante. La mujer le había pedido unos pocos artículos que eran de primera necesidad, pan, aceite y fideos. El almacenero se alejó hacia el fondo del negocio y volvió con lo solicitado. El gesto de la señora se desdibujó en un torrente de bronca e indignación cuando luego de preguntarle cuánto le debía por lo que llevaba, el canoso dueño del almacén le había comunicado un precio casi cuatro veces mayor al que tenía apenas hacía unos días. La mujer, sin poder creer lo que oía, tomó aire y le preguntó nuevamente esperando escuchar otras palabras pero el hombre mantuvo su postura y sus nuevos precios.

—¿Pero no se da cuenta que estamos sin un peso? —le espetó ella intentando hacerlo entrar en razones—. ¿Cómo espera que pague esos precios?

—No lo sé señora —respondió el comerciante sin dar muestras de arrepentimiento—. Hay escases, ¿Qué quiere que haga? Si no lo puede pagar no lo lleve entonces.

La furia contenida se encendió en los ojos de la señora que impotente, sabía que no le quedaba más remedio que pagarle o quedarse sin comida, así que le entregó el dinero dedicándole una fría mirada de desprecio y se marchó caminando con cierta dificultad debido al entumecimiento de sus articulaciones luego de la larga exposición al frío.

Juan estaba indignado por la escena. Más allá de que la señora le hubiera saturado los oídos a lo largo de la espera, nada justificaba el abuso ante la necesidad de aquella mujer. Ofuscado, no encontraba una explicación que le resultara coherente para explicar el por qué de ese comportamiento, siendo que no era algo raro de ver. Ante cada escases, cada rumor de escases o alguna circunstancia extraordinaria

como extremas condiciones climatológicas, terremotos, etc., los precios automáticamente subían en lugar de bajar, y se comenzaba a generar acaparamiento de los bienes que supuestamente estarían por escasear. Esto generaba escases en sí mismo, dado que si sólo era un rumor, éste comportamiento detonaba que se convirtiera en una realidad.

A no mucha distancia de allí, en el observatorio, Celeste miraba de lejos, apoyada en el umbral de la puerta, la imagen proyectada de la ventana inter universal que Roque estaba controlando. Su cara transmitía cansancio y preocupación mientras observaba con la cabeza apoyada contra el marco de la puerta. Habían sido unos largos días para ella que, en comparación con los demás, había tenido una dificultad mucho mayor para armarse de paciencia y esperar. Sentía una enorme angustia en la boca del estómago que no la dejaba tranquilizarse. Además, siendo una mujer reservada, se guardaba la mayoría de sus pensamientos e inquietudes para ella misma, no logrando de esta forma desahogarse y descomprimir la ansiedad que se le acumulaba en el pecho.

Desde unos pasos más atrás se acercó Milton con dos tazas de café. Había estado observándola últimamente y sobre todo en este último rato que había pasado estática mirando las imágenes. Él por su lado había estado viendo un poco de noticias en la televisión, donde acababa de terminar un discurso en cadena nacional del Presidente en el que llamaba a la calma e informaba la disponibilidad de diferentes centros de asistencia e información para la población. Inmediatamente después los canales, que ya habían conseguido volver a emitir señal, retomaron su programación habitual. Con el correr de los días la noticia de la catástrofe había dejado de ser tan rentable para ellos como había sido al principio, así que ahora se empezaban a colar en los programas algunos chismes del mundo del espectáculo nuevamente, lo que parecía interesar más a la gente que seguir pensando en lo que había sucedido.

Finalmente apagó el televisor y se acercó hasta Celeste ofreciéndole el café. Ella tardó unos segundos en reaccionar y luego le aceptó el ofrecimiento con una tibia sonrisa. Milton no estaba acostumbrado a verla así, se la veía vulnerable y temerosa, todo lo contrario a la fuerte imagen que solía mostrar.

—¿Cómo estás? —le preguntó parándose a su lado y luego de beber un sorbo de café.

—Bien —respondió ella como usualmente se responde a esa pregunta a pesar de que esto no signifique que uno está realmente bien.

—Te noto cansada, ¿No quieres ir a acostarte?

Ella no le respondió sino hasta luego de unos momentos.

—No, estoy bien, quiero ver cómo evoluciona la misión.

Celeste no era una persona de abrirse fácilmente. Evidentemente la relación que había ido forjando con Alejandro últimamente era más fuerte de lo que le gustaba reconocer, y le daba bronca no lograr ocultarlo como quisiera porque esto generaba preguntas que no estaba dispuesta a responder y derivaba en que se pusiera a la defensiva ante éstas.

—¿Segura que estás bien? ¿Quieres que charlemos un rato así te sacas la angustia de encima? Te noto muy tensa.

Milton no tenía intención de hacerla hablar de algo que no quisiera, era un intento sincero por ayudarla dado que su malestar se veía a la legua. Sin embargo ella no lo tomó de esa manera y reaccionó como él suponía conociéndola un poco.

—Estoy bien te dije —le repitió con un tono firme y levemente agresivo—. Si llevo a necesitar algo te aviso. Gracias igual.

Sus palabras traslucían un claro mensaje de «no me molestes», aunque había logrado conservar cierta sutileza en la manera de decirlo. Luego de decirle esto se alejó de la pantalla y salió hacia el exterior dejando en el camino la taza sin terminar sobre la mesa de la cocina. Milton se quedó donde estaba, suspiró un poco cansado y se quedó observando él las imágenes en espera de alguna novedad sobre la misión.

De regreso en la fila para el almacén, el turno de Juan finalmente llegó después de un largo rato de espera. Se acercó a la pequeña ventana y compró lo que la lista que había llevado le requería al tiempo que giraba la cabeza para ver que la larga fila aún seguía allí, se había regenerado con la llegada de más gente que luego de varios días sin abastecimiento se acercaba para conseguir aquello que necesitaban. El viejo hombre del almacén le entregó las bolsas con lo que había pedido y Juan pagó el excesivo precio que le estaban cobrando mientras masticaba bronca y miraba fijamente al comerciante a los ojos. Tomó la mercadería, se dio media vuelta y se retiró sin saludarlo y diciendo por lo bajo:

—Al final no sé para qué mierda nos estamos esforzando tanto.

CAPITULO 25

«El edificio blanco»

La caverna se encontraba a poco más de un kilómetro y medio de la blanca edificación a la cual debían llegar. Alejandro y Román habían decidido acercarse a través del medio acuoso en lugar del sólido y rocoso por considerar que ofrecía un mejor camuflaje durante el trayecto. Una de las premisas más importantes para asegurar el éxito de la misión era que pasaran lo más desapercibidos posible, por lo tanto cuanto menos criaturas nativas se cruzaran en el camino, mejor. Impulsándose con los tentáculos avanzaban pegados a unos altos acantilados de roca que separaban aquel mar de la tierra y por el momento les servían de escudo para no ser vistos desde la superficie. Sin embargo, nada les aseguraba que no fueran a descubrirlos desde las profundidades, para esto avanzaban despacio intentando confundirse con las diferentes cosas que flotaban cerca de la orilla.

El primer tramo del recorrido, casi mil metros, tuvo estas características. Sin dirigirse la palabra en todo el camino, toda la comunicación que tenían entre ellos era gestual. Luego de este tramo inicial, el acantilado comenzaba rápidamente a perder altura hasta quedar al mismo nivel del viscoso líquido por el que se movían formando una especie de playa deshabitada. Alejandro le hizo un gesto a Román indicándole que abandonaran la propulsión a partir de sus tentáculos y que pasaran a la supuesta playa que se extendía frente a ellos. Ambos subieron y apoyaron sus manos y pies al tiempo que sus tentáculos se contraían. Caminaron unos metros por allí sin ver rastros de población hasta que llegaron a una pequeña loma, disminuyeron la marcha y se

asomaron tímidamente. Al otro lado de la loma se extendía un valle en el cual se podían divisar una importante cantidad de construcciones, similar a lo que habían visto en las profundidades no mucho antes. Por los caminos que unían las edificaciones circulaban algunos de los habitantes del lugar pero no eran más de tres o cuatro y parecían muy absortos en lo que estaban haciendo. Un poco más allá y sobre una elevación en el terreno del valle se encontraba el edificio blanco que habían visto desde su llegada allí, el edificio al cual debían conseguir ingresar y que era distinto al resto de la arquitectura del lugar, tanto en diseño como en color, dado que el pueblo estaba pintado de colores más bien oscuros y opacos. Necesitaban atravesar esas calles para llegar a aquella rústica construcción blanca sin llamar la atención, ¿pero cómo?

Precisamente en ese momento, mientras observaban el terreno en busca de variables que combinar y herramientas para utilizar, comenzaron a salir varios púlpidos de una de las casas que se encontraban más cercanas a la ubicación de ellos. Alejandro y Román se sorprendieron al verlos pero enseguida vieron la oportunidad. Alrededor de cincuenta seres nativos salían de este lugar y se dirigían lentamente en dirección hacia el edificio blanco. Parecía como cuando una obra de teatro termina y el público sale de la función al mismo tiempo y se dirige hacia algún lugar en común. Notaron que el grupo estaba compuesto por diversos subgrupos que al parecer se conocían entre sí pero no con los otros subgrupos, al menos no parecían relacionarse en lo inmediato.

—Esta es la nuestra —susurró Román a Alejandro mientras observaban los movimientos del grupo.

—Vamos —respondió Alejandro sin dudarlo—. Juntémonos con ellos y avancemos sin decir nada, tal vez así logremos no llamar la atención.

Atravesaron la loma detrás de la cual habían estado escondidos y apresuraron el paso hasta llegar a juntarse con el resto del grupo que avanzaba lentamente. Cuando llegaron hasta ellos, los dos tuvieron la misma sensación de nervios y de tensión extrema. No sabían si aquellos seres eran capaces de reconocer algún rasgo distintivo que pudiera delatarlos, ya sea en la manera de moverse o en determinada condición de su aspecto. Los primeros segundos fueron de una carga nerviosa incalculable, por suerte, al avanzar un pequeño tramo y comprobar que ninguno de ellos notaba su presencia se tranquilizaron y continuaron

caminando y tratando de imitar los movimientos que observaban en los demás. Luego de trasladarse unos metros el grupo comenzó a dividirse en dos, al parecer y por lo que llegaban a ver, se dirigían a otras dos casas que estaban más adelante, pasando apenas la ubicación del edificio blanco. Ellos se abrieron hacia un lado junto con el grupo que iba en dirección a la casa que se encontraba a la izquierda de su posición, que era el mismo lado donde estaba la elevación que servía de base a la construcción a la que iban. Después de eso y llegando a la altura necesaria, se fueron rezagando lentamente del grupo hasta quedar atrás, luego usaron la pared que ofrecía la elevación para ocultarse. La construcción se elevaba unos cuatro metros por encima de ellos, así que mirando alrededor para asegurarse de que nadie los estuviera observando, comenzaron a subir la cuesta evitando el sendero principal y trepando por las rocas utilizando las facilidades que les ofrecía la contextura física que poseían en ese momento. Mientras subían, Alejandro no podía dejar de pensar en Celeste, y en que le había prometido que iba a regresar a salvo.

—No puedo fallar —pensaba mientras escalaba—. No la puedo decepcionar.

En ese momento, un brusco ruido lo sacó de sus pensamientos, Román que hasta recién estaba subiendo a su lado, acababa de resbalar y colgaba de la roca tomado con su mano más pequeña a una de ellas que sobresalía. Alejandro se detuvo y trató de afirmarse bien. Se tomó con su mano más grande de una de las rocas y aseguró sus pies. Luego extendió su mano más pequeña hacia Román que colgaba sin poder recuperarse y logró tomarlo y ayudarlo a re incorporarse de manera que pudiera sujetarse bien.

—Perdoname —le dijo Román con un dejo de vergüenza—. No me termino de acostumbrar a esta forma y a veces calculo mal mis movimientos.

—Está bien, no te preocupes, sabíamos que estas cosas nos podían pasar, no nos quedemos pensando en esto, no pasó nada, sigamos enfocados en lo que tenemos que hacer.

Román asintió y continuaron subiendo por las rocas hasta llegar a la cima. Desde el borde al que llegaron hasta la pared del edificio había apenas tres metros. Las paredes eran altas y sin aberturas, desde donde estaban no podían ver siquiera una pequeña ventana. Alejandro le hizo gestos a Román para que lo siguiera en dirección a lo que asumían que

era el frente del edificio con la esperanza de que allí hubiera alguna manera de ingresar en él. Efectivamente, al dar vuelta una de las esquinas de la construcción encontraron una puerta en el medio de la pared de ese lado. Se acercaron sigilosamente hasta ella, era una abertura con forma de puerta pero no había puerta alguna allí, cualquiera podía ingresar si lo deseaba. Echaron un vistazo adentro y vieron cómo se acercaba desde el interior una de las criaturas que se retiraba del lugar. Un poco antes de llegar a la puerta se detuvo frente a una vasija que había a uno de los lados, no llegaron a ver exactamente qué era lo que hacía, y luego salió caminando mirando al frente. Al escucharlo llegar, los dos habían retrocedido hasta doblar la esquina y observaban desde allí. Una vez retirado por completo volvieron a acercarse y se asomaron nuevamente. Esta vez no había movimiento en el interior, parecía desierto. Se miraron por un momento como tomando coraje y se adentraron en el edificio. El interior era bastante oscuro, solamente ingresaba luz por la puerta de entrada y por algunos orificios dispersos por el techo. A su derecha estaba la vasija que habían visto previamente, a su izquierda lo que parecían ser antiguos armarios abarrotados de cosas y un par de mesas. Al final de la habitación había una angosta escalera que iba hacia abajo. Se acercaron cautelosamente y comenzaron a descender por ella. La escalera bajaba un corto trecho, luego giraba a la derecha y luego de algunos escalones volvía a girar a la izquierda. Una vez pasado el umbral de la primera curva comenzaron a vislumbrar una luz mucho más intensa que provenía de más abajo. Siguieron bajando y al girar a la izquierda en la última curva se detuvieron. Desde allí podían ver el lugar que habían estado estudiando a través de la ventana inter universal, los aparatos que se encontraban en la parte sólida y los canales de líquido viscoso que rodeaban la tarima donde se hallaba el animal que debían salvar. A diferencia de la habitación por la que entraron, aquí había un gran caudal de luz proveniente de un alto techo transparente que permitía que la claridad cubriera todo lo que había ahí dentro. Allí abajo todo parecía desierto también, tanto que les resultaba sospechoso lo fácil que aparentaba alcanzar el éxito de la misión. Miraban con desconfianza a un lado y al otro, no podían creer que no hubiera ni una medida de seguridad resguardando aquello. Alejandro lo miró a Román que seguía mirando con recelo el entorno y le dijo:

—Vamos a hacer así: vos quedate acá vigilando y avísame si llegas

a ver o escuchar cualquier cosa extraña; yo mientras voy a bajar y voy a agarrar el «sapo» que está en la tarima.

—Tené cuidado, algo no me cierra de todo esto, es demasiado simple.

Alejandro no podía ver la expresión en el rostro de Román pero conociéndolo fue capaz de imaginarse aquel típico gesto de desconfianza que le cubría el rostro cuando algo no lo convencía del todo. De todas formas bajó lo que le quedaba de escalera hasta llegar al piso. Con paso firme pero cuidadoso se acercó hasta la orilla y se metió en la viscosidad que llenaba los canales. Avanzó hasta la tarima con cuidado y sin dejar de mirar a su alrededor temiendo que algo ocurriera en cualquier momento. Sobre la tarima había una especie de caja hecha de piedra en la que el animal se encontraba encerrado. Evidentemente no tenía la posibilidad de saltar como los sapos terrestres dado que no escapaba por encima de esta caja que no poseía tapa alguna. Alejandro lo tomó con sus manos con extremo cuidado, como si estuviera sosteniendo un bebe recién nacido. El animal se quedó quieto en sus manos sin oponer resistencia. Él lo tomó con un poco más de firmeza para evitar que se le cayera al regresar, miró nuevamente alrededor, no entendía cómo era exactamente que estaban tratando de dividir un átomo de ese pequeño ser sin aparatos que aparentaran servir para ese fin. La tarima se encontraba aislada, y nada de lo que había en la habitación parecía destinado a ejercer algún tipo de influencia sobre ella. Sabiendo que no contaba con tiempo para saciar su curiosidad científica respecto a aquello, intentó despejar su mente de estos pensamientos y enfocarse en la misión que tenían que ya había pasado el cincuenta por ciento de su extensión. Sólo faltaba salir de ahí, liberar al animal en un lugar seguro y regresar a La Tierra antes de ser descubiertos.

Román lo esperaba impaciente a medio camino sobre la escalera, ansioso por salir de ese lugar. Alejandro llegó finalmente hasta él haciendo lo más rápido posible pero sin comprometer la integridad de la misión. Subieron la escalera hasta la habitación superior y cuando estaban llegando vieron cómo uno de los púlpidos que habitaban allí ingresaba en el edificio en ese preciso momento provocando que queden de frente a él y sin posibilidad de esconderse. La criatura se detuvo al verlos y ellos hicieron lo mismo. Se quedaron unos segundos observándose apenas a unos metros de distancia. El nativo los miraba a uno y a otro repetidamente y luego a las manos de Alejandro y lo que en ellas llevaba.

—¿Qué están haciendo? ¿Quiénes son ustedes y a dónde van con eso?

Las palabras sonaban en sus cabezas aún sin ver de donde provenían siendo que estos seres no tenían boca pero entendiéndolas perfectamente.

—Debemos sacarlo unos segundos y luego lo regresaremos, así nos indicaron.

Román aventuró una respuesta tan absurda y tan válida como hubiera sido cualquier otra en esa circunstancia.

—Eso no es posible —replicó la criatura—, ese Prafto no debe ser sacado de aquí. Y no me contestaron quiénes son ustedes.

El tiempo para palabras había terminado y ellos lo sabían. Si iban a lograr escapar de allí sería a través de la acción directa. Se miraron y entendieron lo que tenían que hacer. Alejandro dejó sobre una de las mesas al «sapo» esperando que mantuviera su quietud allí también y luego se abalanzó sobre la criatura al mismo tiempo que Román. Se arrojaron sobre él y lo tiraron al suelo. Con mucho esfuerzo, porque estos seres parecían tener una fuerza extraordinaria, consiguieron inmovilizarlo y atarlo. Una vez conseguido esto lo arrastraron a un lado, tomaron el Prafto que seguía en el mismo lugar en que lo habían dejado y corrieron hacia la abertura de entrada. Ya casi estaban afuera, solamente restaban unos pasos, podían sentir la claridad que entraba por allí, finalmente llegaron a la abertura y cuando estaban a punto de atravesarla rebotaron contra ella golpeándose como si allí hubiera una sólida pared que además les dio una fuerte descarga eléctrica que los dejó impedidos de moverse y tendidos en el suelo.

Unos momentos después apenas podían mover levemente el cuello cuando vieron a la criatura que habían atado de pie junto a ellos, era claro que su forma de sujetarlo no había sido la adecuada para un ser de esas características ya que había logrado liberarse fácilmente.

—¿Qué clase de idiotas son ustedes que intentan salir sin accionar el reconocimiento cintral?

La criatura tomó el Prafto y lo colocó nuevamente sobre la mesa al tiempo que al menos cuatro criaturas más ingresaban en el edificio por la abertura.

—¡Llévenselos! —les indicó a los que acababan de entrar—. Llévenlos a Frimpte.

Los cuatro que habían ingresado recién tomaron a Román y a

Alejandro como prisioneros, se dirigieron a la vasija que estaba a la derecha e hicieron algo que ellos no llegaron a ver por su condición de inmovilidad. Después de esto se dirigieron a la abertura y la atravesaron como lo habían hecho al ingresar.

—¿A dónde nos llevan? —preguntó Alejandro a sus captores, estos no le contestaron—. ¿A dónde nos llevan? —Insistió al ver que no había respuesta.

Uno de los captores se giró y lo miró fijamente, luego con su mano más grande le dio un fuerte golpe en el cuello que lo dejó sin habla por un rato. Siguieron avanzando hasta entrar por un oscuro túnel y llegar a lo que aparentaba ser un calabozo. Los arrojaron dentro y bloquearon la salida de la misma forma que en el otro edificio, salvo que esta no podía abrirse desde adentro sin un dispositivo especial que ellos portaban.

Román giró el cuello hacia Alejandro que no podía hablar todavía y le dijo con tono derrotado:

—Ahora sí que estamos complicados...

CAPITULO 26

«El calabozo»

Hacía más de tres horas desde que los habían dejado en el oscuro y húmedo calabozo. Con el correr del tiempo habían ido recuperando lentamente la movilidad hasta lograr ponerse de pie con cierta dificultad. Estaban encerrados y no veían alternativa alguna de escape, no había ventanas, y la única abertura de entrada y salida se encontraba bloqueada desde el exterior. Durante ese tiempo, el único movimiento que habían visto había sido el de dos púlpidos que se habían acercado y se habían parado enfrente de ellos, observándolos desde el exterior de la celda en silencio. Habían permanecido allí unos instantes, como si estuvieran estudiándolos, y luego se habían retirado por el mismo lugar que habían llegado.

Alejandro y Román estaban frustrados y cansados, sabían que si no lograban salir de allí todo estaría perdido pero el hecho de no lograr encontrar una idea que les ayude a hacerlo les generaba una gran impotencia. Estaban atascados allí. De repente una ola de resignación los envolvió tiñendo sus ánimos de desgano y tristeza.

—¿Quién iba a pensar hace un par de semanas que terminaría así?
— Preguntó retóricamente Román mirando en perspectiva la tranquila y predecible vida que llevaba hasta hacía poco tiempo.

—¿Vos te quejás? Yo estaba estancado en una investigación con muy pocas chances de éxito y de repente terminé en otro nivel de universos conociendo algo completamente distinto, sentí que mi vida había cambiado, incluso creí ver una posibilidad con...—Hizo una pausa en la que dudó si decirlo y luego continuó — con Celeste. ¿Sabés

cuánto tiempo me imaginé llegar a una situación así? Y mirame ahora... convertido en esta cosa y tirado en un calabozo esperando lo peor. Así que no te quejes tanto...

—Bueno, es cierto pero mirando el lado positivo hay algo bueno para rescatar: ¿Cuánto hacía que vos y yo no teníamos una conversación honesta como esta?

—Es verdad, tengo que reconocer que extrañaba tener a alguien con quien poder hablar con confianza y sin ser juzgado, si no hubiera sido por la cagada que te mandaste no nos hubiéramos distanciado como lo hicimos...

—¿Otra vez con eso? ¿Vos te diste cuenta que nunca me diste una posibilidad de explicarte lo que pasó realmente? Siempre estuviste a la defensiva y en esa posición de ofendido que no daba lugar a explicaciones.

—¿Qué, ahora vas a negar que me cagaste?

Román guardó silencio por un momento y luego respondió

—No, no voy a negar eso pero lo que nunca me dejaste explicar es que no fue intencionalmente. Sí, me mandé una cagada pero tuve mis razones, no podía evitarlo.

—Bueno, ¿Querés explicarme? Esta es tu oportunidad, no tengo nada mejor que hacer y ningún lugar a donde ir, soy todo oídos.

Román se acomodó en su lugar como quien se prepara para dar un gran discurso.

—El tema fue así — comenzó tratando de elegir cuidadosamente sus palabras — Esa época de mi vida fue muy confusa. Estábamos estudiando, habíamos conseguido el kiosco para poder financiarnos, las cosas iban marchando relativamente bien, salvo por una cosa — Hizo un pequeño silencio como si le costara contar lo que estaba por contar — Uno de esos días, mientras yo estaba cumpliendo mi turno, llegó al kiosco un amigo que yo conocía por mi primo Dane, de cuando iba a dormir a la casa de él, debo habértelo mencionado varias veces: Ezequiel Mazzufer, ¿Te acordás?

—Ah... sí, creo que sí. Era uno que siempre te apostaba cosas, ¿No? Que te decía que no te animabas a hacer algo y te apostaba figuritas y autitos, ¿Era ese?

—Ese exactamente — Respondió Román con un dejo melancólico en su voz que Alejandro era capaz de percibir a pesar de su extraña apariencia—. Mazzufer vino un día al kiosco de casualidad, andaba

por la zona porque había ido a hacer un trámite y paró a comprar algo para tomar. Cuando me vio no lo podía creer, se emocionó y me dio un abrazo. Yo la verdad me emocioné un poco también porque hacía mucho que no lo veía y además porque me contagió su propia emoción también.

—Y claro, no lo veías desde que eras chico por lo que me acuerdo. Pero nunca me contaste que lo habías visto...

—Ya vas a ver porque, dejame que te siga contando. Ese día se fue rápido porque estaba un poco apurado, me dijo que tenía ganas de que nos juntemos para ponernos al día. El iba a ir al hipódromo en esos días, porque le seguía gustando el tema de las apuestas y le iba a jugar unos pesos a un caballo que venía siguiendo, y me invitó a acompañarlo y de paso conocer el lugar ya que no había ido nunca. Fue uno de los peores errores que cometí...

—¿Qué pasó? No me digas que te pidió plata para apostar y vos se la diste...

—Ojalá... eso hubiera sido lo de menos, no fue el caso. Él fue a hacer su apuesta como iba siempre, y yo ya que estaba ahí hice la mía también. Le aposté al número cuatro, un caballo llamado Compañero Tom. La carrera fue bastante pareja hasta el último tramo donde Compañero Tom empezó a sacar ventaja poco a poco hasta cruzar el disco casi un cuerpo delante de los demás, incluso del caballo por el que había apostado Ezequiel. Yo estaba eufórico, nadie daba ni un peso por ese caballo, no figuraba en ningún lado, sin embargo había ganado y pagaba diez a uno las apuestas. No lo podía creer, nunca había ganado nada, ni sorteos, ni rifas, ni concursos, era una sensación nueva para mí, y se sentía bien. Ese día salí a festejar con Mazzufer, un poco para celebrar mi victoria y otro poco para levantarle el ánimo a él por la derrota, después de unas cervezas nos saludamos con un abrazo y cada uno tomó su rumbo. Todo parecía haber quedado ahí pero a los pocos días me empezó a nacer la necesidad de volver al hipódromo, tenía ganas de repetir aquella sensación que había tenido días atrás. Así que sin decirle nada a nadie, volví a las carreras contento y dispuesto a hacer una nueva apuesta. «Misteriosol» fue el nombre de caballo que elegí en ese momento. La carrera largó y Misteriosol venía por la mitad del pelotón pero llegando al final empezó a remontar, ya podía sentir esa sensación de victoria de nuevo, el caballo avanzaba galopando y restándole distancia a los primeros velozmente. Sin embargo no le alcanzó para ganar y llegó cuarto en un final muy peleado. Lo peor de

todo fue que lejos de desmotivarme, la derrota me generó bronca, había sentido la victoria tan cerca que creía que si jugaba de nuevo seguramente ganaba, así que volví a hacerlo pero nuevamente perdí y, con cada derrota, venía la estúpida idea de que si había perdido, seguramente en la próxima ganaría... Me fui frustrado ese día del hipódromo y con ansias de revancha, mientras me alejaba ya estaba pensando en cómo iba a hacer para volver con más plata y recuperar lo perdido. Acababa de despertar una faceta de mi personalidad que desconocía, y que iba rápidamente tomando el control de mis actos.

—¿Cómo puede ser que nunca me enteré de esto? — Alejandro escuchaba sin poder creer lo que oía, esa historia le había transcurrido frente a los ojos y no había sido capaz de verla—

—Es que en el fondo sabía que había algo mal en mi proceder — Continuó Román — Instintivamente lo ocultaba y no lo compartía con nadie, ni siquiera con Ezequiel, a quien he evitado varias veces al verlo de lejos alentando a uno de sus caballos. Mis visitas al hipódromo se hicieron cada vez más frecuentes, y junto con esto una importante merma en mis ahorros. Primero consumí lo que tenía guardado, después estuve viviendo al día, después tuve que negociar quedarme con un mayor porcentaje de los ingresos del kiosco con la excusa de que no me alcanzaba lo que tenía... en realidad necesitaba satisfacer mi creciente adicción por las apuestas y los caballos. Esta adicción me llevó a tratar de conseguir plata para jugar de cualquier lugar que pudiera, llegando incluso a pedir préstamos a gente con la que jamás debería haberme metido, gente pesada con la que no se jode, gente que es preferible tenerla lejos.

Luego de decir esto Román agachó la cabeza, Alejandro era capaz de percibir la culpa y la angustia que envolvían el tono del relato en ese momento, y sabía que eran sentimientos verdaderos.

—Luego — prosiguió Román después de tomar un respiro y algo de fuerza — llegó el momento más doloroso. El dinero que les debía se me había ido de las manos, esperaba con eso ganar algo para cubrir las deudas pero como era de esperar lo había perdido también. Esta gente me increpó para que pagara, primero con simples palabras, después con algunos empujones y amenazas que traté de patear para adelante mientras intentaba conseguir ese dinero que debía. Hasta que un día volví a mi casa y la encontré a mi vieja tirada en el piso, casi me muero de un infarto al verla ahí. Los muebles estaban tirados por el piso y

todo estaba revuelto. Me acerqué corriendo a mi vieja que estaba boca abajo y la di vuelta con cuidado, estaba bien pero tenía varios golpes en la cara y sangre en la boca, al verme estiró la mano y me dio una nota que decía:

«Pagá lo que debés o la próxima no se salva»

Fue en ese momento que me di cuenta que tenía que salir de eso, había pasado el límite. Así que con toda la vergüenza del mundo fui a verte y te pedí que me prestaras lo que debía sin explicarte para qué era porque me sentía horrible y no quería decepcionarte como amigo y que vos también me vieras así.

—Me ofende que creas que no hubiera sido capaz de entenderte después de todo lo que habíamos pasado.

—Es que va más allá de eso, yo mismo tenía un pésimo concepto de mí en ese momento, no podía concebir que alguien pudiera verme distinto si sabía las consecuencias de lo que había hecho. Luego de esto traté por todos los medios de recuperar lo que te debía para cumplir con mi promesa pero no lo conseguí, y no fui capaz de mirarte a los ojos y decirte que te había fallado. Así que por cobarde y tratando de encontrar una salida a esa vida que había estado llevando me fui, me fui a Corrientes y dejé el manejo del kiosco a mi madre. Ella contrató algunas personas para que lo trabajaran en su lugar y yo traté de reconstruir mi vida como pude. Luego de un tiempo, cuando ya me sentía más entero regresé. Te busqué para explicarte lo que había pasado y mis razones pero ya era demasiado tarde, te había traicionado y lo sabía, así que no podía culparte por no querer escucharme. El tiempo pasó, y la distancia continuó marcándonos hasta el día de hoy. De todas las veces que pensé explicarte todo esto nunca se me cruzó por la cabeza que fuera en un calabozo oscuro en un lugar desconocido — dijo bromeando sobre su suerte.

Alejandro se quedó en silencio unos instantes, la historia le hubiera sonado a cuento viniendo de cualquier otra persona pero viniendo de Román, y conociéndolo como lo conocía, sabía que estaba diciendo la verdad.

En ese momento algo los sacó repentinamente de su conversación, algo en el ambiente estaba cambiando, podían sentir cómo la energía en la celda se transformaba. Entonces, un zumbido acompañado de

una vibración comenzó a ser percibido por ellos de manera cada vez mayor hasta alcanzar un fuerte ruido que les hizo cerrar los ojos y taparse los oídos instintivamente hasta que por fin luego de unos momentos desapareció. Desconfiados y con cuidado abrieron nuevamente los ojos, y lo que vieron los llenó tanto de sorpresa como de alegría. Juan, con forma completamente humana se hallaba parado frente a ellos en medio de la celda y despidiendo un brillo muy particular, como si tuviera luz propia.

—¡Juan! ¡Qué alegría verte! — Alejandro denotaba sinceridad en sus palabras, la presencia de Juan en la celda significaba que no estaban solos y que los estaban cuidando desde La Tierra.

Tanto Alejandro como Román se incorporaron y se pararon frente a Juan que les sonreía feliz de haber llegado hasta ahí. De repente la imagen de Juan comenzó a fluctuar, parecía estar a punto de desvanecerse y luego tomó consistencia nuevamente.

—Escuchen — Les dijo con gesto preocupado — Tenemos poco tiempo, no teníamos forma de comunicarnos con ustedes así que me tuve que proyectar en este lugar para hablarles. Como verán, no es una proyección corpórea y en cualquier momento perdemos la conexión. Durante el tiempo que estuvieron acá logramos ampliar la visión sobre diferentes sectores de los alrededores, Roque hizo un laburo impresionante para poder asistirlos, y tenemos un plan.

Juan hizo una pausa para comprobar que sus compañeros estuvieran entendiendo lo que les decía y luego continuó.

—No hay forma de sacarlos de este calabozo mientras tengan una forma corpórea, no podemos atravesar la materia en ninguno de los universos conocidos. Sin embargo, lo que sí podemos hacer es modificar las condiciones de sus proyecciones para pasarlas de corpóreas a holográficas. De esa manera podrán salir de aquí sin problemas.

—¡Excelente! —exclamó Román eufórico—. ¿Qué esperamos? ¡Hagámoslo!

—No es tan sencillo —lo detuvo Juan arruinándole el entusiasmo—. La capacidad de la tecnología de proyección estaba casi al límite cuando ustedes fueron depositados aquí. Ahora, con el esfuerzo extra de mi proyección, y las variaciones que hay que hacer para volverlos holográficos, la capacidad de la máquina y su intensidad se verá significativamente disminuida.

—¿Qué querés decir exactamente? —preguntó Alejandro expectante.

—Quiero decir que una vez que yo regrese y que ustedes pasen a estado holográfico para salir de la celda, sólo uno de los dos podrá recuperar la condición de corporeidad necesaria para rescatar al «sapo»

—Es un Prafto — Lo corrigió Román.

Juan lo miró con gesto impaciente pero sabía que ese tipo de comentarios era típico de sí mismo y hubiera sido hipócrita criticarlo en los demás.

—Ok, para rescatar al Prafto y ponerlo a salvo, van a tener que ponerse de acuerdo entre los dos para ver quién será el que quede corpóreo y quién holográfico y cómo se van a combinar para terminar la misión. El problema será que quién quede con forma corpórea tendrá un cincuenta por ciento menos de chances de regresar a salvo a La Tierra.

CAPITULO 27

«La misión»

La imagen proyectada de Juan comenzaba a fluctuar cada vez con mayor frecuencia volviéndola inestable. Ante la falta de tiempo, Román y Alejandro decidieron que no podían ponerse a debatir en ese momento y resolvieron por medio de un sorteo quién realizaría cada tarea. Juan se apresuró entonces a dar las últimas indicaciones a sus compañeros antes de perder contacto con ellos.

—En cuanto yo regrese, activaremos los mecanismos y sus presencias se volverán holográficas en pocos instantes. Aprovechen ese tiempo para escapar. Recuerden que solamente Román recuperará la forma corpórea, según el plan que diseñó Milton, los vamos a estar observando y cuando comprobemos que salieron de acá devolveremos la solidez a la estructura corporal de él —dijo señalando a Román, luego miró a Alejandro— y la tuya quedará holográfica, por lo que no vas a poder tocar nada.

—¿Y cuando hayamos terminado qué hacemos? ¿Cómo sería el regreso en ambos casos?

Alejandro preguntaba visiblemente preocupado por la suerte de su amigo.

—Con vos no habría problema en principio, de acuerdo a los cálculos que estuvimos haciendo, te podríamos regresar a tu cuerpo de forma inmediata donde sea que estés.

—¿Y con Román?

—Esa parte va a ser más complicada, dada la condición corpórea y la disminución en la intensidad de las proyecciones, va a ser necesario

que se traslade a un lugar donde la señal fluya con mayor facilidad. Aun así, no podemos asegurar que podamos llevarlo de regreso pero esa es la mejor alternativa con la que disponemos.

—¿Y dónde sería este lugar al que tendría que ir? — Preguntó Román que si bien trataba de hacerse el fuerte, el miedo a no poder volver le helaba las venas.

—De todos los lugares que llegamos a analizar, el que mejor posibilidades brindó fue el sitio en donde aparecieron. Esa zona líquida favorece una conexión medianamente estable como para intentar el regreso.

La imagen de Juan comenzó a volverse borrosa.

—¡Una cosa más! — Gritó antes de desvanecerse — ¡La disminución en la funcionalidad de las proyecciones no sólo afectó la corporeidad sino que también la duración de las mismas! ¡Apenas tienen dos horas en tiempo de aquí para conseguir el objetivo! Luego de eso será demasiado tarde. No se olviden de...

La figura de Juan se desvaneció por completo ante la mirada de sus dos compañeros con forma de criaturas nativas del lugar. Román y Alejandro se quedaron en sus lugares unos segundos tratando de fijar en sus mentes los pasos que debían seguir para salir con éxito de ese lugar y poder regresar finalmente a sus cuerpos reales. Enseguida sintieron cómo si les hubieran dado un duro golpe en el pecho y una fuerte sacudida como si estuvieran comenzando a sufrir convulsiones. Apenas un instante después la sensación se diluyó. Se miraron uno a otro y notaron ese leve pero peculiar brillo distintivo de las proyecciones holográficas. Román se acercó a la pared y extendió su mano hacia ella. Esta atravesó la roca al igual que su brazo indicándole que efectivamente ya estaban listos. Retiró la mano nuevamente volvió unos pasos hasta donde estaba Alejandro. Se paró al lado de él, ambos mirando hacia la salida, y simultáneamente corrieron hacia ella con decisión. Atravesaron la roca sin problemas y comenzaron a desplazarse a lo largo del oscuro túnel que conducía a la salida de la caverna. No vieron a nadie hasta salir. Una vez afuera se dirigieron cuidadosamente hacia donde recordaban que estaba el edificio blanco desandando los pasos que los habían llevado hasta el calabozo en primera instancia. En el camino vieron cómo cada vez más y más seres habitantes del lugar marchaban concentrándose en esas dos casas que habían visto antes. Les resultó extraño, era como que todos confluyeran en ese lugar, daba la sensación

de que algo estuviera por pasar, algún tipo de evento social o cultural, o tal vez fuese un resguardo de algún peligro inminente. Alejandro pensó que era mejor no ponerse a pensar en eso en ese momento y concentrarse en lo que estaban haciendo ya que les quedaba un tiempo muy escaso. Continuaron avanzando, ante el andar lento y constante de los diferentes grupos que pasaban ignorándolos completamente, hasta que luego de un trecho Alejandro escuchó un estruendo y un golpe y se percató de que Román no se encontraba más a su lado. Se dio vuelta temiendo verlo atrapado por algún guardia y preparado para defenderse de cualquier ataque, sin embargo lo único que vio fue a Román desparramado por el piso y un poco golpeado.

—¿Estás bien? — Le preguntó preocupado.

—Sí, sí, no te preocupes. Es que de repente sentí un desequilibrio y me volvió repentinamente la solidez, por lo que me tropecé con una roca que había en el piso y caí. Estoy bien, sigamos.

La proyección de Román había recuperado su estado corpóreo, las condiciones ya estaban dadas para llevar a cabo la misión, solamente les faltaba un detalle cuando arribaron a la base de la elevación que sostenía al edificio blanco: No tenían un plan.

—Ok, no tenemos mucho tiempo —dijo Alejandro mientras se ocultaban tras una de las enormes rocas que se desprendían de la base— tenemos que organizarnos para hacer esto. ¿Se te ocurre alguna idea? Pensemos...

Se quedaron en silencio un rato tratando de que les surgiera alguna idea adecuada para asegurar el éxito de la misión. Después de unos momentos, cargados con la presión de tener que construir un plan brillante mientras el futuro de la humanidad y de todo el universo dependía de ellos, y sintiendo como un chaleco de plomo sobre sus hombros la cuenta regresiva para el punto límite en el que ya no tendrían chances de lograrlo, finalmente Román tuvo una visión.

—Ya sé —le dijo a Alejandro con un entusiasmo nervioso—. No sé si será el mejor plan del mundo pero es lo que se me ocurrió.

—Es mejor seguro que las estúpidas ideas mías.

Román explicó en detalle a Alejandro lo que estaba pensando. Este lo escuchó atentamente y sugirió algunas modificaciones que el mismo Román descubrió que mejoraban la idea original. Entre los dos y a partir de la idea de Román elaboraron un plan un poco más viable pero aun así difícil de ejecutar.

Román trepó por las rocas como lo habían hecho anteriormente para llegar a la altura de la construcción blanca mientras Alejandro, quien no corría riesgo en caso de ser visto por ser simplemente holográfico, subió por la rampa de acceso a la entrada principal tratando de comprobar el camino y la existencia de amenazas en la zona para asegurar su ingreso. Una vez allí constató que la presencia de púlpidos era nula en la primera recámara, así que ingresó mientras Román permanecía oculto y expectante en las afueras. Avanzó hasta el final de la habitación y comenzó a descender lentamente por la escalera rogando que nadie ingrese en ese momento. Bajó hasta el límite donde podía asomarse y observar lo que pasaba allí sin ser visto. En el lugar se encontraban cuatro púlpidos desparramados por diferentes sectores, dos cerca de la tarima con sus tentáculos desplegados sobre el líquido que llenaba el canal que la rodeaba y luego se perdía por una especie de túnel de desagüe, los otros dos estaban cada uno en un extremo con la mirada fija en lo que estaban haciendo. Alejandro echó un último vistazo para corroborar que no hubiese más que no estuviese viendo y al confirmarlo regresó escaleras arriba para luego volver a salir. Una vez atravesada la puerta hizo gestos al oculto Román que observaba desde lejos, indicándole que podía acercarse sin peligro en ese momento. Román salió de su escondite y se movió rápidamente hasta la posición de Alejandro.

—Entra y escondete atrás de la mesa del fondo a la izquierda —le indicó con un susurro.

Sin decir palabra, Román entró en la recámara rápidamente y se escabulló hacia la izquierda agachándose y cuidando de no golpear nada ni causar ningún ruido que llame la atención. Se arrastró lentamente hasta la mesa cargada de cosas y se escondió detrás de ella. La mesa, compuesta de alguna clase de metal, tenía cuatro patas y una placa frontal que le servía perfectamente de escudo ante la vista de quien ingresara. Sobre la mesa había distintos elementos de metal, algunos parecían ser herramientas, de haberlo visto en una foto hubiera pensado que pertenecía a algún taller de herrería. La distancia entre la pared y la mesa era escasa, prácticamente justa como para que alguien de su tamaño pasara con un pequeño esfuerzo tanto del lado que se encontraba él como de la pared que daba a su izquierda y que en ella contenía la abertura que conducía a la escalera hacia abajo. Allí escondido permaneció expectante de lo que pasaría a continuación.

Al ver que su compañero ya estaba en posición, Alejandro procedió a cumplir con su parte del plan, debía conseguir que los cuatro púlpidos que se encontraban en el sector inferior subiesen a la recámara superior para posibilitar que Román se infiltrara en aquel sótano y rescatara al Prafto. La idea era que Alejandro llamara su atención provocando que lo siguieran, y al salir al exterior atravesando la puerta, los perseguidores deberían hacer uso de la vasija para poder salir de allí y no perderle el rastro, permitiendo a Román observar el funcionamiento del dispositivo desde su posición y sin ser detectado. De esta manera Román podría bajar, tomar el Prafto y volver a salir ya conociendo la mecánica de la salida.

Alejandro miró a su alrededor por última vez y luego comenzó su camino hacia la escalera, mientras caminaba pensaba que en realidad no sabía de qué manera iba a conseguir que llamar la atención de los púlpidos para que fueran detrás de él. Por la única experiencia de interacción que había tenido con ellos no eran inmediatamente agresivos, aunque si se los provocaba o atacaba reaccionaban de esa manera.

—Eso es lo que tengo que hacer —pensó casi llegando al primer escalón—. Pero cómo puedo hacerlo si no puedo tocar nada para arrojarles... tengo que pensar otra cosa —se detuvo en el primer escalón ante la mirada impaciente de Román.

Comenzó a bajar lentamente escalón por escalón hasta llegar al límite. Tenía que pensar en algo, o al menos improvisar. En ese momento se le vino a la cabeza una escena de una serie, o tal vez de alguna película que había visto hacía unos años, era algo bastante absurdo pero estos seres no parecían ser los más lúcidos que hubiera conocido sino mas bien autómatas programados para hacer algo. Decidió que no había tiempo para seguir pensando, terminó su descenso hacia el piso inferior y se paró de frente a ellos. Uno de los que estaba sobre un costado se giró para verlo pero luego regresó a su tarea sin darle mayor importancia. Alejandro se acercó cuidadosamente pasando por el medio de la habitación, hasta llegar a la orilla del líquido. En ese momento uno de los que estaba en la tarima se alejó hacia el lugar donde se encontraba uno de sus compañeros realizando otra tarea. Alejandro se sumergió en el líquido y se acercó a la tarima poniéndose delante del que quedaba con la tarima de por medio. Este lo miró al igual que el anterior y continuó con lo que estaba haciendo sin emitir palabra alguna. Alejandro sabía que había sólo una cosa que los había hecho reaccionar:

el Prafto, así que haciendo un visible ademán para asegurarse de que lo estuvieran viendo se preparó para tomar el Prafto a la vista de todos. En ese momento y de manera perfectamente sincronizada los cuatro alzaron la mirada hacia él y sacaron de una cavidad de sus cuerpos, que Alejandro todavía desconocía, una especie de armas con las que apuntaron los cuatro al mismo tiempo al intruso. Alejandro desistió de su supuesto intento de tomar el Prafto y comenzó a huir hacia la escalera al tiempo que las armas comenzaban a disparar un fluido azulado que él intentaba esquivar aun sabiendo que no podía hacerle daño. Los púlpidos fueron detrás de él extrañados por la forma en que lograba evitar sus disparos. Subieron la escalera hasta la recámara superior donde vieron cómo salía por la puerta sin accionar el mecanismo. Sin comprenderlo pero con la misma determinación de atrapar al intruso, tres de ellos se acercaron a la vasija para accionar el mecanismo mientras el cuarto arrojó su arma al piso aparentemente fuera de funcionamiento y se acercó velozmente a la mesa detrás de la cual seguía oculto Román que sintió cómo todo el esfuerzo se venía abajo en un segundo. Sin embargo el cuarto púlpido no iba tras él, tomó una de las herramientas que estaban sobre la mesa violentamente tirando en ese movimiento un gran panel que estaba apoyado contra la pared hasta entonces y que cayó bloqueando la visión que Román tenía de la vasija. Desesperado trató de asomarse y evitar la obstrucción que le creaba aquel panel y poder ver cómo funcionaba el mecanismo de salida pero no tuvo suerte, cuando consiguió re posicionarse para ver mejor los púlpidos ya habían salido bloqueando la puerta para quien quisiera acceder al exterior sin utilizar aquél dispositivo.

—¡La puta madre! —El insulto de Román retumbó en la habitación.

CAPITULO 28

«Escapar»

Román se quedó de pie en medio de la habitación sintiéndose derrotado, sabía que quedaba poco tiempo y que las posibilidades de que alguno de los púlpidos regresase y le permitiera salir de allí con el Prafto eran prácticamente nulas. De frente a la escalera pensaba en cómo el apuro de uno de ellos había causado el bloqueo de su visión condenando al fracaso a toda la misión. Comenzó a bajar por la escalera hacia la recámara inferior, y a cada escalón que descendía podía ver en su cabeza ráfagas fugaces de incontables momentos de su vida, algunos buenos, otros muy malos. En ese momento las pequeñas cosas de la vida cotidiana se veían tan lejanas y, al mismo tiempo, pensar en ellas le daba una sensación que lo reconfortaba y lo hacía sentir, al menos por un instante, más cerca de casa. Abstraído en sus pensamientos continuaba bajando escalón por escalón con el ánimo de un condenado a muerte que camina hacia su ejecución. A cada paso que daba la resignación iba en aumento sumada a una creciente depresión. Ya todo estaba perdido, ya no había vuelta atrás y moriría en aquel extraño lugar, lejos de todo, inclusive de su propio cuerpo. Luego de pensar esto se contradecía a si mismo diciéndose que en realidad, al fracasar la misión, moriría de cualquier manera, él y todos los habitantes del planeta. Esta idea no lo consolaba en lo más mínimo sino que, al contrario, le hacía sentir bronca. Si tan sólo su muerte sirviera para algo, si al menos pudiera salvar la pequeña criatura sobre la tarima y asegurar así la salvación de toda la raza humana, esa era una idea con la que podía morir en paz pero morir en vano y habiendo perdido la posibilidad de

hacer algo significativo lo torturaba al tiempo que terminaba de bajar la escalera. Una vez abajo, miró a su alrededor pensando que esas serían las últimas imágenes que viera antes de su muerte. Se acercó a la orilla y se lanzó al viscoso líquido desplegando automáticamente sus tentáculos que lo mantenían a flote y le permitían moverse. Se colocó frente a la tarima que estaba en el medio y tomo al Prafto con sus manos mirándolo fijo. Era increíble que todo un universo formara parte de un pequeño ser que, por más que se esforzara por encontrarle algo especial que le diera un sentido mayor, no dejaba de parecer un sapo común y corriente con algunas diferencias que le resultaban intrascendentes en este aspecto. Lo observó por un momento y luego, casi entregado a su inminente final, volvió a mirar a su alrededor contemplando las cosas que lo rodeaban hasta que lo vio... Su cuerpo dio un repentino respingo y sintió cómo la adrenalina aumentaba rápidamente en su cuerpo, donde sea que estuviese. Volvió a echar un vistazo a su alrededor para luego detenerse en el mismo lugar que antes tratando de corroborar que no estaba imaginando cosas y que eso realmente estaba allí.

—¡Pero claro! —Exclamó eufórico—. ¿Cómo puede ser que no me di cuenta antes?

Su mirada estaba clavada en el desagüe por donde escurría el líquido viscoso que llenaba los canales alrededor de la tarima. El orificio no era muy grande pero lo era lo suficiente como para que su cuerpo pudiera atravesarlo. Con mucho entusiasmo y a la vez muchos nervios tomó firmemente al Prafto y se dispuso a sumergirse. Cuando estaba por hacerlo se detuvo de pronto. Se dio cuenta que en realidad no sabía a dónde conducía aquel desagüe, si la lógica de la tierra se aplicaba a este lugar, debía conducir a algún tipo de canal mayor o bien a la costa del mar que se encontraba a no mucha distancia de allí. Pero en realidad no podía saberlo con certeza. Además, sabía que él era capaz de sobrevivir sumergido sin problemas, como lo habían comprobado en la etapa de preparación pero qué tal si el Prafto no lo lograba, si no estaba diseñado para adaptarse a la respiración en esas circunstancias, podía llegar a pasar que escapen pero que el pequeño animal no sobreviviera al trayecto.

Román dudó un momento pero luego se convenció, por más que el Prafto no sobreviviese, si lograban escapar la misión estaría completa. Porque no se trataba de asegurar la supervivencia de éste, aunque era

lo que siempre pensaron, sino de sacarlo de aquel lugar para evitar que hicieran con él los experimentos que estaban llevando a cabo y que eran los que ponían fecha de vencimiento a la existencia del planeta Tierra. No era la idea que hubiera preferido pero era la única que tenía y el tiempo se estaba agotando. Miró con culpa al Prafto como si intentara pedirle disculpas de antemano por lo que estaba a punto de hacer y se sumergió en el líquido, colándose a través del orificio de desagüe. El estrecho conducto apenas dejaba espacio para que Román avanzara junto con el Prafto y una reducida cantidad de líquido. A una mediana distancia divisó un destello de claridad hacia la cual avanzó con la mayor velocidad de la que era capaz. Cuando se acercaba al final la luz aumentaba y la corriente se volvía más fuerte, por reflejo sostuvo al animal con mayor firmeza como si estuviera a punto de sufrir un sacudón. Efectivamente, al llegar al final del túnel, éste desembocaba en un canal de recolección cayendo con un pesado y espeso chorro de líquido al torrente principal. Román cayó dentro de éste y volvió a emerger a la superficie sacando una parte de su cuerpo fuera del mismo. Varios otros desagües desembocaban allí provenientes de diferentes sectores y con diferentes niveles de intensidad, algunos eran más altos y otros más bajos y estaban insertos sobre grandes paredes de roca que se levantaban a ambos lados y que cubrían también la parte superior como si se encontrara dentro de una inmensa caverna subterránea. La corriente los llevó con prisa y sin darle oportunidad de desviarse hacia otro lado. Luego de un tramo de unos doscientos metros, el caudal de líquido se desviaba en tres nuevos túneles, uno iba hacia la derecha, otro un poco más grande en el medio, y el tercero sobre la izquierda. La corriente llevaba a Román hacia el orificio de la izquierda, sin embargo, en un esfuerzo por tratar de mantener el sentido de la ubicación y de recordar hacia donde debía ir, su instinto le decía que ese túnel conducía hacia la misma dirección de la que había venido, por lo tanto eso no podía ser bueno. Sabía también que si sus cálculos eran correctos, el mar al que debía dirigirse tenía que estar de frente a él, por lo que, si tenía razón, debía tomar por el túnel del medio. La corriente lo seguía llevando con fuerza hacia la izquierda, debía encontrar la manera de evitarlo y colarse por el medio. Juntando toda la fuerza que pudo comenzó a mover sus tentáculos tratando de vencer a la corriente. Primero lo intentó desde la superficie en la que flotaba y luego, al ver que de esa manera no lo estaba consiguiendo, se sumergió y trató de

lograrlo desde allí. La corriente era cada vez más fuerte y arrastraba una serie de objetos que al parecer traía por los otros desagües y que cada tanto golpeaban a Román mientras trataba de avanzar sin llegar a lastimarlo pero sí desestabilizándolo y dificultándole sus intentos de llegar.

—Sólo debo llegar hasta la pared de roca que separa los túneles —pensaba mientras se deshacía en esfuerzos por llegar—. Una vez allí será más sencillo acceder al túnel del medio.

Trataba de darse fuerzas y convencerse a sí mismo para no perder el envión anímico que lo había impulsado hasta allí. Continuó intentando con todas sus fuerzas desviar su trayectoria en dirección hacia la división de túneles pero por más que lo intentaba la fuerza de la correntada era más fuerte y frustraba toda intención de contradecirla. Lo máximo que había logrado hasta el momento era no seguir avanzando tan velozmente hacia la izquierda, se mantenía relativamente en el mismo sitio aunque de cualquier forma la fuerza del líquido lo empujaba lentamente. Una nueva roca lo golpeó por detrás desestabilizándolo nuevamente, la maldijo con todo su ser e intentó recomponerse para continuar su lucha. De repente, otra roca lo volvió a golpear, pero esta vez fue una roca mayor que lo impactó con violencia desde la izquierda generando que su cuerpo perdiera otra vez la estabilidad y saliera disparado violentamente hacia la derecha. Román hizo un gran esfuerzo por no perder al Prafto a raíz del golpe y por recuperar el sentido de la ubicación. Cuando, luego de un momento de gran confusión, logró percatarse de dónde había ido a parar, notó que se encontraba a muy corta distancia del lugar al que deseaba llegar. Con fuerzas renovadas por la cercanía de su meta inmediata y sin dejar de impulsarse con fuerza con sus tentáculos, cuidadosamente pasó el Prafto a sus brazos inferiores y lo sostuvo lo más firmemente que pudo con los pies. La corriente lo seguía llevando pero la pared de roca estaba casi al alcance de su mano.

—Un poco más...un poco más — Se decía a sí mismo mientras casi podía sentir la textura de la roca con sus manos— ¡Eso!

Finalmente logró poner una de sus manos, la más grande, en la roca deteniendo su marcha cuando ya estaba comenzando a entrar en el túnel de la izquierda. Se mantuvo aferrado únicamente de esa mano por un instante intentando dar un pequeño descanso a su cuerpo que había estado haciendo un esfuerzo enorme para llegar hasta allí. Luego de un respiro reunió un poco más de fuerzas y consiguió aferrarse con

su otra mano y, como si estuviera escalando, comenzó a salir de ese túnel contra la corriente tomándose fuertemente de la pared de roca. Una vez afuera se apoyó para descansar contra la pared divisoria donde impactaba el líquido que se desparramaba luego por los túneles. Después siguió con ímpetu utilizando la pared como guía hasta llegar al túnel del medio y una vez allí, y rogando estar en lo correcto, se soltó de la pared y se dejó llevar por el torrente que se introducía por el conducto central rumbo a lo que esperaba que fuera el camino correcto. La velocidad a la que marchaban era cada vez mayor, y ahora se encontraba sumergido nuevamente dado que el líquido cubría la totalidad del túnel. Unos quinientos metros más adelante ya todo estaba oscuro y no lograba distinguir dónde estaba ni hacia donde se dirigía cuando sin previo aviso sintió cómo su cuerpo golpeaba violentamente contra una superficie sólida. Enseguida pensó lo peor, su viaje finalmente había terminado, ya no habría escapatoria de esta situación. Sin embargo la parte racional de su cerebro le decía que si la corriente era tan fuerte tenía que ser porque desembocaba en algún lado, si sólo se estancara allí se hubiera llenado y no habría flujo alguno de líquido. Entonces prestó atención al hecho de que un poco más abajo el agua parecía continuar un camino. A ciegas y ayudándose con sus manos y tentáculos se dirigió hacia allí hasta llegar a tocar una abertura en la roca. El líquido se comportaba como el agua que se escurre por el agujero de la pileta de la cocina luego de que esta ha sido llenada y se ha destapado el orificio. Palpó como pudo el lugar, era un túnel mucho más estrecho, casi como el primero pero juzgó que cabía por él y sin dudarlo demasiado se introdujo allí dejando que el líquido lo arrastrara en su curso. Raspándose contra las rocas que lo formaban en cada pequeña curva que describía siguió avanzando sin saber hacia dónde hasta que luego de una curva pronunciada logró ver la claridad, cada vez más cerca, era inminente, la luz lo encandilaba luego de la profunda oscuridad, casi llegaba a ella.

—Es ahora o nunca —pensó entregado a su suerte.

El final del túnel llegó y Román salió despedido en un frenético chorro de líquido que caía al vacío al igual que le había pasado en el primer túnel, salvo que al caer de éste, y luego de que sus ojos se adaptaron a la claridad, pudo ver que se encontraba en las afueras, flotando en el viscoso mar que lo había acogido al llegar a ese lugar en principio.

Eufórico como nunca había estado en toda su vida sintió una alegría indescriptible mientras veía a la distancia el conjunto de casas que componían el pueblo y el edificio blanco que se levantaba sobre la elevación. Reconcomiéndose y dándose cuenta de que su misión todavía no terminaba, se alejó de allí lo más rápidamente que pudo hasta que encontró un lugar lejano de toda visión que consideró lo suficientemente seguro. Se acercó a la orilla y salió del líquido. Tomó al Prafto nuevamente entre sus manos deseando que se encontrara aún con vida, en su desesperado intento por escapar no había tenido oportunidad de cerciorarse de cómo se encontraba. Lo sujetó con cuidado y lo apoyó sobre una de las rocas de la orilla. El Prafto se mantenía inmóvil, era difícil saber en qué condición estaba. Román intentó moverlo para ver si reaccionaba pero no hubo respuesta. Intentó nuevamente, esta vez con más fuerza pero seguía inmóvil. Volvió a intentar, esta vez tomándolo entre sus manos y sacudiéndolo al tiempo que trataba de examinarlo para ver si encontraba alguna señal de vida. Finalmente lo volvió a dejar sobre la roca lamentándose por no haber sido capaz de salvarlo y dejándose caer sobre las pequeñas rocas que bañaban la orilla sin dejar de mirarlo. De pronto, como si hubiera estado esperando que dejaran de sacudirlo sin parar, el Prafto comenzó a moverse. Primero se puso de pie sobre sus pequeñas patas y luego, para sorpresa de Román, tras un extraño movimiento desplegó un par de brillantes alas de color amarillento y levantó vuelo alejándose de allí en dirección al horizonte que se dibujaba al final de aquel viscoso mar. Román se puso de pie emocionado y comenzó a festejar a los gritos.

—¡Eso! ¡Volá, volá bien lejos de acá! —le gritaba mientras daba saltos en el lugar como loco.

Cuando todavía estaba festejando y viendo cómo el Prafto se alejaba libremente, sintió como si de repente se quedara sin aire y notó cómo su propia presencia comenzaba a fluctuar, tal como lo había visto con la proyección de Juan.

—Me queda poco tiempo —pensó.

Con la alegría de ver que el Prafto había sobrevivido y que la misión había sido un éxito, había perdido por un segundo la noción de que tenía que dirigirse exactamente al mismo lugar que estaba cuando llegó si quería lograr regresar a salvo a la Tierra y a su propio cuerpo. Una sensación de urgencia lo invadió, comenzó a mirar a su alrededor en busca de puntos de referencia que le sirvieran para ubicarse. Había

visto la ubicación del edificio blanco y se había alejado en la dirección que creía correcta, no podía faltar mucho. Buscó un poco más a lo lejos hasta que distinguió a la distancia la caverna en la que habían estado con Alejandro.

—Alejandro...—pensó melancólicamente y deseando que se encontrara a salvo como había dicho Juan.

Román recordaba que el edificio blanco se encontraba a un kilómetro y medio de la caverna aproximadamente, y que el lugar donde habían aparecido al llegar se encontraba a medio camino entre uno y otro punto.

—Tengo que estar cerca —se dijo a sí mismo.

Decidió lanzarse nuevamente al mar pero cuando estaba por hacerlo una nueva fluctuación lo recorrió dejándolo sin aire y esta vez de manera más pronunciada que antes.

—Tengo que llegar...

Se zambulló como pudo en el líquido y se dirigió en la dirección que creía que debía ir. Apenas llegó a recorrer un corto trecho cuando una nueva fluctuación lo recorrió. Cada vez eran más fuertes y pronunciadas, y le provocaban un dolor en el centro de la cabeza que iba en aumento al igual que la intensidad de la fluctuación. Logró avanzar unos trescientos metros interrumpidos de manera cada vez más frecuente por estos ataques.

—Tengo que llegar... —continuaba repitiéndose a sí mismo.

Cincuenta metros después de decir esto un punzante dolor en el centro de la cabeza lo golpeó al mismo tiempo que una sensación de electrocución le recorrió todo el cuerpo y un instante después desapareció por completo.

CAPITULO 29

«El almuerzo»

La intensa luz volvía a encandilar a Román, por más que lo intentaba no lograba adaptar sus ojos al brillo que reinaba a su alrededor. Se sentía atontado, como si estuviera saliendo de una anestesia total. Tenía sus ojos entreabiertos pero el resto de su cuerpo permanecía inmóvil por el momento. Luego de un rato comenzó a ver con un poco más de nitidez y a recuperar poco a poco el movimiento. En ese momento vio cómo la brillante luz que tenía encima era tapada por una sombra que se acercaba a él mientras la visión se volvía cada vez más nítida hasta que vio una mano que se le acercaba y se cubrió la cara defendiéndose del desconocido.

—Veo que ya recuperaste la conciencia, tranquilo, no te voy a hacer nada —una dulce voz femenina llenaba sus oídos con la belleza de lo anhelado.

Román no entendía lo que pasaba y se frotó los ojos con las manos tratando de devolverles la definición que debían tener y se sentó velozmente en el lugar mirando a quién le hablaba. Una enfermera de unos cuarenta años pero con voz de veinteañera controlaba la manguera del suero que Román tenía conectado a la vena de su brazo derecho. Se encontraba en una habitación de hospital, reposando sobre una cama de sábanas blancas.

—¿Dónde estoy? ¿Qué pasó? —preguntó a la enfermera al tiempo que se recorría el cuerpo con las manos reconociéndolo como si lo hubiese extrañado largamente.

—Hace tres días que estás en el hospital, no sé qué te pasó pero te

trajeron inconsciente y al borde de entrar en estado de coma.

Román la escuchaba mientras se miraba las manos y se tocaba la cara con barba crecida de varios días.

—Igual te cuidamos bien, no te sacamos ningún órgano mientras dormías — Bromeó la enfermera mientras se disponía a retirarse y miraba detrás de Román — Si querés saber mejor qué fue lo que te pasó preguntale a tu amigo que está acá desde que te trajo.

Román giró la cabeza hacia el otro lado, donde estaba mirando la enfermera, y vio una pequeña cámara de video que lo estaba filmando, y detrás de ella estaba Alejandro sosteniéndola.

—¡Ale! ¡Estás bien! — Exclamó contento—¿Qué hacés con eso? ¿Por qué te quedaste callado?

—Le prometí a Juan que iba a filmar el momento en el que te despertaras para después poder reírnos de vos y de tu desorientación ¡jaja!

Alejandro dejó la cámara a un lado y le dio un fuerte abrazo a su amigo.

—Sabía que ibas a volver — Le dijo emocionado.

—¿Qué pasó al final? ¿Salió todo bien? —le preguntó mientras Alejandro se sentaba en una silla a un lado de la cama.

—En líneas generales sí pero después te cuento bien, ahora terminá de recuperarte.

En ese momento entró el médico para revisarlo y Alejandro salió de la habitación.

Al otro día a la mañana, luego de realizarle todos los estudios necesarios para asegurarse de que estuviera bien, Román fue dado de alta. Alejandro lo estaba esperando para llevarlo con su auto hacia la casa de Celeste donde lo estaban esperando los demás. En el camino lo fue poniendo al tanto de lo que había pasado mientras ellos habían estado allá y durante los tres días que había estado inconsciente.

A medida que el auto andaba por el camino Román miraba por la ventana el típico paisaje cotidiano del sur que tan acostumbrado estaba a ver y que, aun así, sentía como si lo estuviera viendo por primera vez.

Alejandro le volvía a relatar por tercera vez su historia de cómo había escapado y regresado a La Tierra.

—...Entonces cuando vi que me seguían empecé a correr como loco. ¿Sabés cómo corren los tipos esos? Es increíble. Y me los llevé lo más lejos que pude hasta que me alcanzaron y me acorralaron. Ahí ya

estaba jugado, sabía que no me podían agarrar pero no sabía si se las podían llegar a ingeniar para lastimarme de algún modo. Por suerte Milton estaba atento desde acá monitoreando todo y antes de que pudieran comprender lo que estaba pasando me trajo de regreso acá. La llegada fue muy emocionante. En cuanto abrí los ojos Celeste estaba delante de mí. No sabés cuanto extrañaba verla... lo primero que pensé fue en cómo me gustaría abrazarla fuerte, y antes que terminara de pensar en eso, ella se acercó y me dio el beso más dulce del mundo. Por un momento pensé que no había regresado, que estaba en algún tipo de estado de trance provocado por el trauma de la proyección pero al sentir sus labios contra los míos, y sentir que todo empezaba a estar donde debía estar me di cuenta de que era real. Sobre todo cuando Juan se asomó y dijo «Che, aflojá que lo vas a ahogar»

Román echó a reír. El camino conducía por diferentes paisajes, algunos más poblados y otros menos. En ese momento estaban pasando por un lugar donde varias casas habían sido derrumbadas porque algo las había golpeado durante alguno de los eventos y cuya destrucción fue profundizada a raíz del temporal que los había azotado unas semanas atrás. La sonrisa se fue desvaneciendo del rostro de Román.

—¿Y la gente cómo quedó con todo esto? — Le preguntó mirando por la ventanilla.

—La verdad que no muy bien —respondió Alejandro sincero—. Hubo muchas pérdidas y mucha gente se quedó sin nada. Recién ahora se está empezando a reconstruir algo de lo que se perdió.

Las imágenes que se reflejaban en sus pupilas empañaban la sensación de éxito y alegría que sentían por haber regresado.

—Es horrible —reconoció Alejandro—. Pero en comparación con lo que hubiera sido si llegábamos a fallar en nuestra misión... esta gente no sabe lo cerca que estuvo de su propia extinción.

El sol de la mañana continuaba su escalada hasta casi posarse en el medio del cielo, el vehículo en el que viajaban se iba acercando a su destino. La nieve que había cubierto la calle de la casa de Celeste se había ido derritiendo con el correr de los días dejando al descubierto el gris asfalto que la formaba. Alejandro condujo el auto los últimos metros hasta estacionarlo en la entrada de garaje de Celeste. Ella abrió la puerta al ver llegar el auto y los hizo entrar. Saludó a Román, primero con un apretón de manos y luego con un cálido abrazo. Luego se acercó a Alejandro y lo besó nuevamente tal como lo hacía cada vez que lo veía

desde que había regresado. El la besó también apretándola entre sus brazos aún sin creer que aquello estuviera pasando realmente. Juan se acercó y abrazó también a Román dándole unas palmadas en la espalda y riendo entusiasmado de verlo. Milton estaba en la otra habitación hablando por teléfono y les hizo señas de lejos que enseguida cortaba.

—Estábamos justo poniendo los fideos —dijo Juan sonriente — Te hubiéramos esperado con un asado o algo un poco más elaborado pero la cosa está complicada para abastecerse en estos días. Por suerte conozco un almacenero que es un amor.

Juan hizo un gesto que denotaba el sarcasmo de lo que acababa de decir. Celeste se rió cómplice porque ya había contado varias veces las anécdotas sobre sus encuentros con el almacenero y la gente en la fila para comprar.

Román y Alejandro se miraron ajenos a aquel chiste sin comprenderlo. En ese momento vieron a Milton que se acercaba a saludarlos. Luego del correspondiente abrazo al recién recuperado, lo miró a Alejandro y dirigiéndose a todos les dijo:

—Acabo de colgar con el secretario del Ministro de Ciencia y Tecnología. Le expliqué que teníamos información clave y reveladora respecto a lo sucedido a nivel global en el último tiempo. Al principio me había atendido una operadora, y no me creyó nada de lo que le dije, debe haber pensado que éramos unos caza fortunas que queríamos plata por algún invento o que buscábamos prensa... bueno, en definitiva, esta chica no me dio demasiado lugar hasta que la convencí de que chequeara nuestras identidades antes de descartar lo que le decía. Luego de comprobar que éramos científicos del centro atómico cambió el tono y me pasó con el secretario del Ministro.

—¿Y qué te dijo el tipo? — Preguntó Alejandro que ya estaba al tanto de que Milton iba a hacer ese contacto.

—Al principio se mostró reacio pero después, cuando notó que mi insistencia era mucha y le dije que era importante y que escucharnos podía llegar a traerle beneficios políticos de mediano plazo para él, decidió correr el riesgo y darnos una audiencia para la semana que viene. Tenemos que preparar la exposición con todos los datos y las pruebas.

—¿Una semana nada más?—Juan casi entra en pánico al escuchar el poco tiempo que tenían para organizar la inmensa cantidad de información de la que disponían.

—Es eso o nada probablemente —le dijo Celeste poniéndole una mano en el hombro—. Además, tenemos que dejar en claro que es imperativo dejar de utilizar energía nuclear por las nefastas consecuencias que eso trae para nuestro planeta y para los universos inferiores que quedan expuestos a su destrucción.

—Eso a los empresarios de la energía nuclear no les va a gustar nada —comentó Milton con seriedad—. Van a tratar de tapar todo el asunto.

—Por eso tenemos que armarlo bien, además de la exposición en el ministerio tenemos que asegurarnos que todo esto vea la luz de todas formas, con paquetes con copias de toda la información en el correo y listos para ser enviados en dos semanas si no los cancelamos nosotros en persona. Ese va a ser nuestro seguro. Por más que nos amenacen no nos van a poder hacer nada. Tenemos que dejarles eso en claro también. Además, en el último de los casos lo tenemos a Roque que puede aparecer en cualquier momento y salvarnos de alguna —bromeó finalmente para distender un poco la situación.

—¡Roque! —dijo Juan agarrándose la cabeza—. Le prometí que le iba a pasar una información que me pidió y me olvidé completamente... Tengo que ir para el laboratorio...

Juan fue hasta el sofá y tomó su campera dispuesto a retirarse

—¿No vas a comer? —le preguntó Celeste que había ido a la cocina a controlar los fideos—. Esto ya casi está.

—Es que tengo miedo de olvidarme de nuevo...

—Espera —le dijo Milton—. Quedate a comer que yo después te alcanzo. Tengo que ir a buscar a Norma al aeropuerto, ayer se reanudaron los vuelos y llega en un par de horas. Comamos y después te llevo antes de ir para allá

Juan asintió y volvió a dejar la campera donde estaba y se sentó a la mesa.

—Dale, levántate y ayudá que yo no soy mucama de nadie —le dijo Celeste por si alguno pensaba que su novedosa actitud afectuosa para con Alejandro significaba que hubiera perdido su carácter—. Allá tenés los platos, y ya que estás andá a colar los fideos.

Juan se levantó enseguida y fue para la cocina mientras que Alejandro, Román y Milton se reían de la situación.

El almuerzo fue ameno. Hacía mucho que ninguno de ellos tenía una comida tan relajada, sin miedo de que suceda algo o a la expectativa

de saber si alguno se recuperaba. Los chistes se sucedían uno tras otro, mayormente de Juan hacia Milton que en un momento ya no le causó tanta gracia y amenazó con no llevarlo al laboratorio. Durante alrededor de una hora hablaron y compartieron las distintas cosas que habían observado cada uno en los diferentes lugares que le había tocado estar. Después de una sobremesa con café, comenzaron a dispersarse. Milton y Juan se fueron rumbo al laboratorio uno y al aeropuerto el otro. Román, que si bien lo habían dado de alta todavía se sentía un poco débil, decidió recostarse en el sofá a ver una serie en la televisión y a descansar, quedándose dormido a los cinco minutos de acomodarse. Alejandro y Celeste terminaron de levantar la mesa acumulando todo en la cocina ya que no tenían ganas de lavar nada en ese momento. Se quedaron de pie un instante, uno frente a otro y mirándose a los ojos. La conexión entre ellos era más fuerte que nunca y Alejandro sonreía involuntariamente por la alegría que le generaba ese momento tan íntimo entre los dos. Se tomaron de las manos y se besaron suavemente. Ella comenzó a caminar sin dejar de sujetarlo, conduciéndolo hacia la habitación, esa habitación en la que había estado inconsciente y en la que ella descubrió gran parte los sentimientos que tenía por él. Se acercaron lentamente y cruzaron el umbral mientras Román dormía profundamente en el sofá sin darse cuenta de nada. Una vez adentro Celeste cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido y le dio una vuelta a la llave.

INDICE

Capítulo 01		
	– Un intento más	5
Capítulo 02		
	– El estallido	11
Capítulo 03		
	– El descubrimiento	17
Capítulo 04		
	– La grabación	23
Capítulo 05		
	– Rocklenmbrekstorf	29
Capítulo 06		
	– La dama	35
Capítulo 07		
	– Akfundria	41
Capítulo 08		
	– La bienvenida	47
Capítulo 09		
	– Seprexión	53
Capítulo 10		
	– El Norventork	59
Capítulo 11		
	– El corredor	67

Capítulo 12	– Milton	77
Capítulo 13	– Los ixtrones	85
Capítulo 14	– El C.I.D	93
Capítulo 15	– El teléfono	101
Capítulo 16	– La casa de Celeste	107
Capítulo 17	– ¿Estás seguro?	115
Capítulo 18	– Corlutti	123
Capítulo 19	– El gran logro	129
Capítulo 20	– La explicación	135
Capítulo 21	– La ventana	143
Capítulo 22	– Hormigas	151
Capítulo 23	– Adaptación	159
Capítulo 24	– En la espera	165

Capítulo 25		
	– El edificio blanco	171
Capítulo 26		
	– El calabozo	179
Capítulo 27		
	– La misión	187
Capítulo 28		
	– Escapar	193
Capítulo 29		
	– El almuerzo	201

